

MAR FERNÁNDEZ

MI CORAZÓN

Susurra tu nombre



SERIE SERENE FALLS 2

MI CORAZÓN SUSURRA TÚ NOMBRE

SERIE SERENE FALLS 2



MAR FERNÁNDEZ

MI CORAZÓN SUSURRA TÚ NOMBRE

(Serene Falls 2)

Copyright © 2024 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: violetamtcorreccion@gmail.com
Maquetación: valeriemillerescribe@gmail.com
Portada: carlarr2003@gmail.com
Imágenes: 123rf.com

All Rights reserved
1ª edición en Mayo 2024
www.safecreative.org
Número de registro: 2404187684288

Sello: Independently published

“Los latidos dicen lo que callan las palabras”.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

[MAR FERNÁNDEZ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

*Criadero de caballos Chapman,
una luminosa tarde de primavera*

Los primeros rayos del sol pintaban de tonos cálidos el criadero mientras Brianna, con mirada decidida y paso desafiante, se aproximaba a Jt Carpenter, el nuevo capataz que había asumido las riendas del negocio ocho meses atrás, tras la trágica pérdida de Morgan Chapman, el patriarca de la familia.

—Jt, necesito que revises los corrales del este. Algunos de los potros parecen inquietos hoy —dijo Brianna, con la determinación que la caracterizaba.

—Lo haré, pero no debería preocuparse, señorita Chapman. Es algo normal en esta época del año —afirmó, seguro de sí mismo, al tiempo que continuaba cepillando a uno de los ejemplares que se enviarían al día siguiente a uno de los compradores más importantes de la zona. Este había elegido el caballo unos días antes para regalárselo a su hijo mayor.

—¿No crees que es demasiado grande para un niño de nueve años? —cuestionó Brianna al observar la altura del purasangre negro que tenía ante sí.

Jt, con una sonrisa leve, detuvo su tarea y se volvió hacia la joven.

—Los niños suelen adaptarse más rápido de lo que pensamos. Además, este caballo tiene una docilidad excepcional. Será un compañero ideal para el pequeño.

—Si tú lo dices —replicó Brianna, aunque en su ceño fruncido se podía detectar aún la duda que rondaba por su cabeza.

Jt, sin percatarse, había dejado de cepillar el pelaje del animal y clavó su mirada en el rostro femenino. No podía evitar notar los pequeños detalles que hacían única a Brianna: la osadía de su mirada, su larga y característica melena rojiza, la manera en que sus manos expertas acariciaban con ternura a los animales y cómo su risa resonaba en el aire, las pocas veces que había tenido el privilegio de escucharla. Era un cuadro de fortaleza y belleza que le robaba el aliento.

—¿Y lo demás, está todo bien? —preguntó Brianna, ajena a los pensamientos de él en ese momento.

Jt despejó su mente y respondió con profesionalidad.

—Todo en orden. Los potros están saludables, y el nuevo lote de yeguas llegará mañana. Prepararé los corrales para recibirlos.

Brianna asintió, agradecida por la eficiencia del hombre.

—Gracias. Estoy segura de que a mi padre le gustaría tu trabajo al frente del criadero. No sé qué habría sido de mí sin ti todos estos meses.

Él sonrió, agradecido por el reconocimiento, mientras inconscientemente se rascaba la nuca con nerviosismo.

—Gracias, señorita Chapman.

—¡Oh, vamos, Jt! ¿Por qué no empiezas a llamarme Brianna? Solo tienes cinco o seis años más que yo —calculó la joven divertida.

—Gracias, señori... Brianna —replicó él, algo cohibido, pero con una sonrisa en los

labios.

Mientras sus ojos se encontraban, Jt no pudo evitar preguntarse si algún día ella llegaría a notar la chispa que él sentía cuando ella estaba cerca.

—Así mucho mejor —replicó Brianna sonriendo amigablemente—. Y ahora debería volver al despacho y seguir con las cuentas —dijo con evidente fastidio.

Él estaba a punto de replicar a sus palabras, cuando el rumor de un motor rompió los sonidos habituales del criadero. Giró el rostro y descubrió una *pick-up* del rancho Moonlight, sus vecinos más cercanos. Frunció el ceño al ver que quien bajaba de la furgoneta no era otro que el mayor de los Duncan.

—¡Mierda! —masculló Brianna al ver a Jared acercarse a ellos a grandes zancadas. Cada vez que ese hombre la visitaba, no era para algo amistoso, y estaba segura de que aquella ocasión no sería distinta.

—¿Puedo ayudarte en algo, Jared? —preguntó Brianna con evidente malestar.

—Necesito que hablemos en privado —dijo el recién llegado, dedicando una mirada torva al capataz, al que no tenía en gran estima.

Jt apretó los dientes, pero Brianna intervino con calma.

—Jt, por favor, ¿puedes volver a tus obligaciones?

—¿Estás segura, Brianna? —preguntó el aludido, que parecía reacio a dejar a la joven con aquel hombre hosco con el que ya había tenido la desgracia de coincidir.

Jared abrió los ojos algo más de lo habitual cuando escuchó cómo el capataz tuteaba a la joven, pero se ordenó morderse la lengua para no expresar lo que pensaba sobre aquel tipo.

—Sí, gracias. Estaré bien —le aseguró.

A regañadientes, Jt asintió con un gesto de cabeza y se adentró en el establo cercano. Jared esperó a que se fuera antes de dirigirse a Brianna.

—Tenemos que hablar sobre Hailey, estoy cansado de esperar a que sea el momento ideal...

—¡Maldita sea, Jared! ¿Quieres dejar de presionar? —preguntó Brianna notando cómo su cuerpo se tensaba.

—No, no puedo. Hailey y yo somos hermanos, y creo que tiene derecho a saberlo.

—No es el momento ni el lugar para discutir esto —dijo Brianna mirando a su alrededor para asegurarse de que su hermana no estaba cerca—. Además, Hailey es una niña, y debemos tener cuidado al manejar esta situación —replicó, tratando de mantener la calma ante la insistencia de Jared.

Él frunció el ceño, claramente frustrado por la respuesta de Brianna.

—No puedes seguir ocultándole la verdad. También somos su familia —le recordó con voz grave.

—Eso no te da derecho a forzar la situación. Además, ni siquiera estoy segura de que Hailey quiera saber la verdad.

La tensión entre ellos era palpable, y Brianna se preguntaba si alguna vez se podría suavizar la complicada relación entre los Duncan y los Chapman.

—Eso tendría que decidirlo ella, ¿no crees? —replicó el vaquero, y cruzó los brazos sobre el amplio pecho, cubierto por una camisa gris liviana.

Brianna suspiró, frustrada por la obstinación de Jared acerca de aquel asunto. Llevaba ocho meses discutiendo con ese hombre sobre la situación, pero ella aún no estaba preparada para confesarle a su hermana pequeña la oscura verdad de sus orígenes.

—No deberías ser tan egoísta. ¿Te has parado a pensar en cómo afectará todo esto a Hailey? —le recordó—. ¿De verdad piensas que es lo suficientemente madura para afrontar esta situación?

—Lo que quiero es lo mejor para ella. Y lo mejor es que sepa que somos hermanos, que tiene una familia más allá de lo que ha conocido.

Brianna resopló de nuevo, a punto de perder la paciencia. Mientras discutían, Jt, que había estado ocupado en la entrada de los establos, observaba la escena a distancia, indeciso sobre si debía intervenir.

—Lo siento, pero aún no es el momento —afirmó ella, rotunda—. Y ahora, por favor, no armes un espectáculo y vete. Tengo trabajo que hacer —dijo con firmeza, sin amedrentarse a pesar de la mirada hosca que le dedicaba Jared.

Jared inspeccionó su alrededor, notando la presencia de Jt, que los vigilaba desde su posición. La mirada entre los dos hombres chispeó con desconfianza mutua.

—Está bien, me iré. Pero esto no ha terminado —advirtió Jared antes de darse la vuelta y alejarse con paso firme.

Brianna observó su partida con exasperación y luego se dirigió hacia la casa con la intención de seguir ocupándose de la ardua tarea de la administración de la finca.

En el interior de la casa Chapman

El suave murmullo de la radio llenaba la habitación de Hailey. La niña yacía recostada en la cama, con la mirada fija en el techo. Habían transcurrido aproximadamente sesenta minutos desde su regreso del colegio. Aunque había empezado el octavo grado unos meses atrás y la posibilidad de ingresar a la preparatoria el próximo año estaba en el horizonte, a Hailey le importaban poco sus estudios. Sus calificaciones habían disminuido desde la muerte de su padre, hundiéndola en una apatía que parecía envolver cada aspecto de su vida.

La casa familiar llevaba semanas sumida en una penumbra melancólica. A pesar de haber celebrado su decimotercer cumpleaños unas semanas antes, en lugar de sentirse emocionada, Hailey se encontraba atrapada en un mar de cambios y tristezas.

Finalmente, se incorporó, sintiendo el peso de la pena en cada movimiento. Se acercó a la ventana y contempló el cielo, teñido de tonos anaranjados mientras el sol se despedía en el horizonte. La vida continuaba su curso, pero para ella, el tiempo parecía haberse detenido desde aquel fatídico día ocho meses atrás, cuando su hermana, con las mejillas plagadas de lágrimas, le confesó que su padre se había ido para siempre.

El anhelo de Hailey por reconectar con Brianna también se intensificaba. Las responsabilidades del criadero de caballos, que ahora recaían sobre sus hombros, eran abrumadoras, dejándoles escaso tiempo para compartir momentos juntas. Hailey recordaba con nostalgia los días en los que Bree no solo era su hermana, sino también su confidente, cómplice y, de alguna manera, la figura materna de la que no tenía ningún recuerdo. Sin embargo, esos momentos parecían haber quedado en el pasado, eclipsados por las cargas que ambas llevaban sobre sus espaldas.

En ese instante, un anuncio en la radio interrumpió sus pensamientos. Una voz masculina anunció emocionada el próximo concurso de rodeo en Bandera, que coincidiría con las fechas en

las que Hailey había planeado competir el verano pasado, antes de que todo cambiara en su vida para siempre.

—¡No te pierdas el rodeo de Bandera, el evento del verano! ¡Regístrate para competir y demuestra tus habilidades en el ruedo!

El corazón de Hailey dio un vuelco. Recordó el entusiasmo que había sentido cuando había decidido participar en el aclamado certamen que se solía celebrar cada verano en Bandera, a pesar de la oposición de su padre.

La voz de la radio continuó relatando la lista de actividades del conocido evento. La nostalgia y la tristeza se entrelazaban en su pecho.

«¿Y si volviera a intentarlo?», se preguntó en voz baja, sintiendo cómo la adrenalina fluía por sus venas al imaginarse de nuevo cabalgando sobre el lomo del caballo que le había prestado Jared Duncan. Una sonrisa se dibujó involuntariamente en sus labios al recordar la expresión hosca del rostro de su vecino.

La voz del locutor resonaba en la habitación, detallando los retos y premios que se otorgarían al vencedor. La idea de enfrentarse a la competición y superar los desafíos comenzó a cristalizarse en la mente de Hailey. Una chispa de entusiasmo brilló en sus ojos, como si una puerta a la esperanza se estuviera entreabriendo en medio de la oscuridad.

Hailey se imaginó a sí misma surcando el ruedo con gracia y destreza, desafiando y venciendo sus propios miedos. Aunque esta imagen existiera solo en su mente por el momento, le infundió una energía renovada. Se acercó a su escritorio, abrió su portátil y buscó la página web del rodeo, donde estaba la solicitud de inscripción.

A pesar de ser consciente de que estaba actuando de manera indebida al ser menor de edad y requerir la autorización de Brianna, finalmente, se aventuró a rellenar los campos con la información solicitada. Luego extrajo de un cajón su diario, donde había anotado el número y la clave de la tarjeta de crédito de su hermana. Minutos después, recibió la confirmación de su inscripción. Notaba la excitación recorrer su cuerpo, pero aún le quedaba una tarea más: visitar a Jared Duncan, con la esperanza de que él estuviera dispuesto a ayudarla de nuevo a pesar de todo lo sucedido entre sus familias.

La emoción se mezclaba con la incertidumbre cuando Hailey cerró su portátil, dejando a un lado la confirmación de su inscripción, que había impreso. Sabía que, en algún momento, tendría que enfrentar las consecuencias de sus acciones, pero la urgencia de recuperar un pedazo de su vida y la conexión con algo anterior al dolor de la pérdida de su padre era más fuerte.

En ese instante, un leve golpeteo resonó en la puerta de la habitación, haciendo que Hailey se sobresaltara y ocultara rápidamente la solicitud en un cajón. La puerta se abrió con cautela, revelando la figura de Brianna, que la observaba con expresión preocupada.

—Hailey, ¿estás bien? —preguntó Brianna con inquietud. Lina, la mujer que se encargaba de la casa, le había dicho que la niña no había bajado a merendar.

Hailey vaciló por un momento, sintiendo la necesidad de compartir sus pensamientos y planes con Bree, aunque sabía que su hermana se opondría rotundamente, como había hecho en los últimos meses con cualquier propuesta que ella realizara.

—Sí, estoy bien. Solo estaba pensando en mis cosas —respondió evasivamente.

—¿Y qué cosas son esas? —preguntó Brianna, demostrando su interés.

—En Amber y Lena, que han vuelto a pelearse —mintió.

—¿Seguro que es solo eso? —cuestionó su hermana con sospecha, captando la vacilación en la respuesta de su hermana.

—¡Claro! —afirmó Hailey con entusiasmo. Tratando de cambiar el tema, agregó—: ¿Por qué no bajamos a cenar? La verdad es que estoy hambrienta.

Brianna la observó con una mezcla de preocupación y comprensión, pero decidió no presionar más en ese momento.

—Está bien, tengo que confesar que yo también me muero de hambre. No se lo digas a Lina, pero hoy no he comido —confesó.

—Seré una tumba —afirmó Hailey con una sonrisa divertida mientras ambas abandonaban su dormitorio.

Juntas, descendieron hacia el aroma tentador que provenía de la cocina, dejando temporalmente atrás los pensamientos y planes que agitaban la mente de Hailey. Sin embargo, sabía que enfrentar las decisiones tomadas y compartir sus sueños con su hermana sería inevitable.

CAPÍTULO 2

Rancho Moonlight

La tranquila tarde se deslizaba hacia la noche cuando Jared regresó a casa. El sol pintaba tonos cálidos en el horizonte, perfilando las siluetas de los árboles y los caballos en los pastizales. Moira, que había regresado poco tiempo antes tras pasar varios meses con su sobrina, se encontraba ocupada en la cocina preparando la cena.

Al entrar, Jared sintió el aroma familiar de la comida casera, y su estómago protestó sonoramente, recordándole que no había comido nada desde el almuerzo. Mientras cruzaba el pasillo en dirección a la cocina, descubrió el suave murmullo de voces. Al entrar en la estancia, se encontró con que Colt no estaba solo: compartía risas y anécdotas con Harper y Liam, quienes no solían prodigarse por el rancho, a pesar de que poco a poco estaban logrando recuperar su vínculo.

Colt levantó la mirada y sonrió al ver a Jared.

—¡Hey, Jared, ya era hora! ¿Cómo es que llegas tan tarde? —preguntó mientras comprobaba la hora en su reloj de muñeca.

—Se me complicó un asunto —replicó él escuetamente. Por nada del mundo pensaba confesar que había vuelto a ir al criadero de caballos, a riesgo de que su hermana le acusara de estar acosando a Brianna Chapman. Aunque quizás tuviera algo de razón, ella sabía de esas cosas por su profesión—. ¿Se celebra algo? —preguntó con curiosidad, ya que la familia solía reunirse los domingos, y no todos.

Liam y Harper intercambiaron una mirada cómplice antes de hablar, centrando toda su atención en los rostros de sus hermanos. La joven sonrió, gesto que revelaba una mezcla de complicidad y emoción, y finalmente soltó lo que le quemaba en la lengua.

—Tenemos una noticia que compartir contigo, Jared —susurró Harper, haciendo una pausa dramática antes de soltar la bomba—. Nos mudamos.

Jared frunció el ceño, sorprendido por la noticia. Moira, que había estado entretenida con la preparación del guiso que burbujeaba en la olla, dejó la cuchara de madera sobre un plato y se acercó al grupo para asegurarse de que había escuchado bien.

—¿Mudanza? ¿A dónde?

Liam intervino con una sonrisa radiante.

—Hemos comprado una pequeña casa a las afueras del pueblo. Queríamos un lugar propio, algo que fuera solo nuestro.

—¿Y qué le ha parecido a tu madre? —preguntó Moira, refiriéndose a Amanda. Sabía que la mujer se entristecería ante la noticia.

—Ella está feliz por nosotros —respondió Liam a la pregunta—, pero también un poco melancólica por la idea de que la dejemos sola con mi hermano —añadió con cierto humor al recordar las peleas que su madre y Darrel solían protagonizar. Colt trató de agregar un toque de ligereza a la conversación y exclamó:

—Harper, ¿y en esa nueva casa no habrá un cuarto libre para Jared? No estaría mal independizarme —añadió con humor. Jared giró su cabeza y clavó su mirada molesta en Colt,

cuyos labios sonreían divertidos ante la expresión furibunda de su hermano mayor. Este, sin dejar de sonreír, levantó las manos en señal de inocencia—. Tranquilo, Jared. Era solo una broma. Aunque, ¿quién sabe? Podrías sorprendernos a todos y mudarte a Serene Falls.

La conversación continuó en un tono ligero, con bromas y risas llenando la habitación. Poco a poco, el humor se convirtió en el hilo conductor que tejía la complicidad entre los hermanos a lo largo de la cena que compartían.

—Bueno, ¿quién quiere pastel? —preguntó Moira, con su famosa tarta de manzana en las manos.

Un coro de voces celebró la llegada del postre, extendiendo la velada más allá de lo previsto. El aroma dulce de la tarta de manzana de Moira creaba un ambiente cálido y acogedor en la casa de los Duncan.

—¿Y cuándo será la mudanza? —preguntó Colt, depositando la cuchara en el plato, que ya estaba más que limpio.

—En una semana vendrán los pintores, y luego tendremos que esperar otra semana para que el equipo de construcción revise que todo está en orden. Supongo que en un mes, aproximadamente —respondió Liam, compartiendo los detalles del proceso.

—Pues podéis contar conmigo para la mudanza —se ofreció Colt con una sonrisa—. Soy un experto en cargar cajas y mover muebles.

Harper agradeció la oferta con una sonrisa sincera.

—Muchas gracias, hermanito —replicó, apreciando el gesto de solidaridad.

Poco después, la pareja se despidió y salió de la casa, dejando a Colt y Jared a solas. Moira, momentos antes, se había retirado discretamente a su habitación.

Colt, en ese momento, parecía sumido en la melancolía, como si la inminente mudanza de su hermana le trajera sentimientos tristes.

Jared, observando a su hermano menor, decidió romper el silencio.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

El más joven de los hermanos suspiró, como si intentara sacudir los pensamientos melancólicos que le asolaban en aquel momento.

—Es solo que ver a Harper y Liam mudarse, me hace reflexionar sobre el tiempo, que está pasando sin que apenas me percate.

Jared asintió, empatizando con las sensaciones expresadas por Colt.

—La vida es así, a veces está llena de sorpresas —replicó pensativo.

—¿Te das cuenta, Jared? Pronto podríamos ser tíos. La vida está cambiando. Me siento... no sé, ¿mayor? —expresó Colt.

Jared frunció el ceño al escuchar las palabras de su hermano.

—Colt, por el amor de Dios, todavía somos jóvenes—rebatió.

—Puede que tengas razón —replicó Colt—, pero es que antes éramos solo nosotros, la familia Duncan. Y ahora, Harper está construyendo su propia vida, y nosotros... bueno, aquí seguimos, y nada ha cambiado en años.

Jared asintió con comprensión, aunque la idea de nuevos comienzos y cambios a veces era difícil de procesar, especialmente para quienes estaban acostumbrados a la rutina del rancho.

*Serene Falls,
al día siguiente*

La tarde se deslizaba tranquilamente cuando Harper entró a la clínica veterinaria. Erin, la joven asistente de Brianna, la recibió con una sonrisa amigable desde el mostrador y le indicó que Brianna estaba en su despacho. Siguiendo las indicaciones, Harper entró y encontró a Brianna con los ojos cerrados, frotándose la frente con gesto cansado.

—Hola, Bree. ¿Estás bien? —preguntó Harper, preocupada.

Brianna abrió los ojos y esbozó una sonrisa forzada.

—Hola, Harper. Solo un poco cansada. ¿Qué te trae por aquí?

Harper evaluó a su amiga con detenimiento y no pudo evitar señalar:

—Tienes un aspecto espantoso.

—Hombre, muchas gracias por el halago —replicó la aludida con una sonrisa divertida ante la sinceridad de su amiga.

—Lo siento —se disculpó Harper avergonzada—. Pero, en serio, me preocupas —afirmó mientras estudiaba las marcas violáceas bajo sus ojos.

Brianna suspiró, permitiéndose un instante para desahogarse con su amiga.

—La combinación de la clínica, el criadero y la casa está comenzando a pasarme factura. Además, Hailey está actuando de manera extraña últimamente, y eso me preocupa —confesó Brianna al tiempo que se recostaba contra la silla que ocupaba.

—¿Hailey? ¿Qué le pasa? —inquirió Harper con genuino interés.

—No lo sé exactamente —confesó Brianna—. Está distante, como perdida en sus pensamientos. Me tiene preocupada.

Harper se acercó y se sentó frente a Brianna, dispuesta a ayudar a su amiga en lo que pudiera, aunque el tema de Hailey era un tema espinoso entre ambas familias. No había sido fácil asimilar que la niña era su hermana, y cuando al fin ella y sus hermanos lo habían aceptado y estaban deseando recuperar el tiempo perdido, Brianna les había rogado que esperaran, aduciendo que era demasiado pronto... y de eso hacía ya ocho meses.

—Bree, cargas demasiadas responsabilidades sobre tus hombros. Tal vez deberías tomarte las cosas con más calma, delegar algunas responsabilidades...

Brianna sonrió, agradeciendo la preocupación de su amiga.

—Lo sé, Harper. Pero sabes que soy terca. Me cuesta soltar las riendas.

—A veces, soltar un poco no es rendirse, sino cuidarse a uno mismo —expresó Harper sabiamente—. Y si no te cuidas, ¿cómo cuidarás de Hailey y de los demás?

Brianna asintió, reflexionando sobre las palabras de Harper. Fue entonces cuando decidió compartirle otra preocupación que la había afectado recientemente.

—A propósito, Jared estuvo en el criadero ayer. Me exigió que hablara con Hailey sobre... vuestra unión, insistiendo en que la niña tiene derecho a saber la verdad.

Harper frunció el ceño, maldiciendo a Jared por su falta de delicadeza. Era consciente de la complicada situación de Brianna desde la muerte de su padre y no necesitaba más preocupaciones.

—Lo siento —se disculpó, anotando mentalmente pegar un pescozón a Jared por su poca diplomacia.

—Harper, no es culpa tuya, sino del cabezota de tu hermano —replicó Brianna con expresión molesta.

—¿Y qué piensas al respecto? —indagó Harper con cautela.

Brianna soltó un suspiro pesado, tratando de enmascarar la vulnerabilidad que sentía,

como una mariposa débil batiendo las alas en medio de la tormenta.

—No lo sé, Harper. Es complicado. Sé que Hailey merece conocer la verdad, pero temo que la noticia pueda afectarla más de lo que pensamos.

—Tomar decisiones difíciles es parte de la vida. Pero recuerda que no estás sola. Puedes contar conmigo siempre, aunque sea del equipo enemigo —añadió con una sonrisa, haciendo referencia a la antigua rivalidad entre las familias Duncan y Chapman.

—Gracias —respondió Brianna agradecida—. Y, cambiando de tema, ¿ya les has contado a tus hermanos lo de tu próxima mudanza? —preguntó, sabiendo que la situación era delicada para su amiga.

—Sí, ayer mismo fuimos a cenar al rancho —confesó Harper.

—¿Y cómo se lo tomaron? —preguntó Brianna intrigada, imaginándose la posible reacción del mayor de los hermanos Duncan.

—Colt lo tomó muy bien, incluso se ofreció a ayudar con la mudanza —dijo Harper con una sonrisa—. Y bueno, Jared no dijo nada, ni para bien ni para mal, lo cual en el fondo es una buena noticia.

—Pues es sorprendente, considerando que Jared parece tener una opinión sobre cualquier tema —comentó Brianna, soltando una pequeña risa sarcástica.

—Bueno, no voy a negar que a veces se comporta de forma dictatorial —confesó Harper, incapaz de negar lo evidente.

—Por eso mismo me da miedo contarle la verdad a Hailey. Me aterra la idea de que tu hermano piense que tiene derecho a decidir sobre la vida de mi hermana... nuestra hermana. Ya hemos tenido un padre autoritario —añadió, expresando sus preocupaciones más profundas sobre la situación.

—Entiendo tu temor, Bree, pero te aseguro que ni yo ni Colt permitiremos que eso suceda. Llevamos más años que tú lidiando con Jared, y sabemos manejarle —afirmó con rotundidad—. No deberías estar sola en esto, y tampoco Hailey.

Brianna asintió, agradeciendo el apoyo y las palabras tranquilizadoras de su amiga. Sin embargo, la incertidumbre seguía latente en su mirada.

—Solo quiero lo mejor para Hailey, Harper. No quiero que sufra más —dijo, recordando el duro trance del entierro de su padre.

Harper fue consciente de la humedad en los ojos de su amiga y no dudó en abandonar la silla que ocupaba y acercarse a ella para agacharse y así poder abrazarla fuertemente contra su pecho.

—Somos amigas, Bree, casi como hermanas. Y estamos en esto juntas —afirmó Harper.

—Gracias, Harper —dijo Brianna conmovida.

Brianna apoyó su mejilla sobre el hombro de su amiga y dejó escapar las lágrimas que había contenido. Sabía que sus palabras eran sinceras y que siempre estaría a su lado. Ella, en una situación parecida, haría lo mismo sin dudar.

CAPÍTULO 3

*Criadero Chapman,
unos días después*

La actividad bulliciosa del criadero llenaba el aire con el sonido rítmico de pezuñas y los murmullos de los trabajadores entregados a sus tareas. En el centro de ese escenario, Jt Carpenter supervisaba con mirada aguda cada detalle, asegurándose de que todo funcionara con precisión. Sus gestos eran decididos, y su presencia imponía respeto. No era solo un capataz, sino un líder que se involucraba en cada aspecto del trabajo que había que realizar.

En una esquina del establo, Hailey observaba atentamente la escena. Aunque se había ordenado tener paciencia, comenzaba a inquietarse porque la oportunidad de llegar al apartado donde estaba Canela, su yegua, no parecía llegar.

Mientras tanto, Jt, en su papel de capataz, se acercó a un grupo de trabajadores.

—Aseguraos de que los corrales queden limpios antes de mediodía. Tenemos visitas importantes programadas, y quiero que todo luzca impecable —dijo Jt, exigiendo eficiencia y perfección.

Los trabajadores asintieron y se dispersaron para cumplir con las indicaciones. Jt, satisfecho, se dirigió al exterior con la intención de comprobar que los caballos que había apartado para la exhibición estuvieran listos.

Hailey, desde su posición, sonrió pícaramente, feliz porque había llegado su oportunidad. Con destreza, ensilló a la yegua y se encaminó hacia la salida del establo. Sin embargo, sus planes se vieron interrumpidos por la presencia de Jt, que había regresado y la había descubierto en pleno proceso.

—Señorita Chapman, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó con los ojos entornados.

Hailey, un tanto sorprendida por la repentina reaparición del capataz, respondió atropelladamente a su pregunta.

—Solo voy a dar un paseo con Canela. No se preocupe, señor Carpenter, no interferiré con las labores del criadero.

Jt arqueó una ceja, escéptico.

—¿Y lo sabe su hermana? —preguntó con astucia, consciente de la actitud protectora de Brianna hacia la niña.

Hailey titubeó un momento antes de responder, tejiendo una mentira sobre la marcha.

—Sí —aseguró con una sonrisa angelical—. Lo hablamos esta mañana en el desayuno.

Aunque Jt aceptó la respuesta, su mirada persistente dejaba entrever cierta desconfianza.

—Está bien —concedió finalmente tras dudar unos segundos—. Pero, por favor, tenga mucho cuidado —añadió.

—Lo tendré, señor Carpenter —aseguró Hailey con una expresión inocente antes de subirse ágilmente a lomos de Canela y abandonar el establo a medio trote, dispuesta a cabalgar hacia los previos de los Duncan, como había planeado.

Al tiempo que se alejaba, Hailey sintió un alivio palpable por haber eludido las preguntas del señor Carpenter. Su mente estaba enfocada en llegar al rancho vecino, donde esperaba

encontrar a Jared Duncan.

En el criadero, It observó la partida de Hailey con una mezcla de sospecha y curiosidad. No estaba del todo convencido de la explicación de la niña, pero tenía asuntos más urgentes que atender. Se sumergió nuevamente en la supervisión de las labores del criadero, pero en algún rincón de su mente, la extraña actitud de Hailey le intrigaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Jared estaba concentrado en la tarea de arreglar algunas tejas sueltas en el tejado. Sentía la brisa suave jugueteando con su cabello oscuro mientras sus manos trabajaban mecánicamente con las herramientas de carpintería. Aunque su mente estaba absorta en la tarea, los recuerdos de la última cena compartida con Harper y Liam en el rancho lo asaltaron.

La alegría que iluminaba el rostro de su hermana al compartir la noticia de la mudanza hizo que Jared se replanteara muchas cosas. Durante años, había creído que Harper merecía algo mejor que Liam, que él no era el hombre adecuado para su hermana. Sin embargo, en los últimos tiempos, había sido testigo de la complicidad entre ambos, la risa compartida y el brillo en los ojos de Harper. Comprendió que se había equivocado: Liam era el hombre de su vida, y la felicidad que le proporcionaba era imposible de ignorar.

Aunque se esforzaba por concentrarse en las tejas, una sombra de envidia se posó en el corazón de Jared. Era consciente de que su vida seguía un camino diferente. Nunca tendría una familia, una pareja o hijos que llenaran su hogar de risas y amor. La soledad se cernía sobre él como una sombra constante, pero se esforzaba por disimularlo bajo la fachada de un hombre fuerte y autosuficiente.

Mientras se mantenía en la cima del tejado, con la vista fija en el cielo, Jared suspiró profundamente. Las aves revoloteaban en el aire fresco de la mañana, recordándole la serenidad del nuevo día y la pequeñez de sus preocupaciones terrenales. A pesar de sus esfuerzos por demostrar que no necesitaba a nadie, el anhelo de conexión humana persistía en su interior, marcando una cicatriz invisible en su alma.

Al mismo tiempo, Hailey trotaba con Canela por los caminos que conectaban ambos ranchos. El viento acariciaba su rostro, y el relinchar de la yegua se fundía con los sonidos de la naturaleza que la rodeaban. A medida que se acercaba al rancho Duncan, la ansiedad se mezclaba con la emoción en su pecho.

Al llegar al conjunto de edificaciones en torno a la casa, Hailey avistó a Jared en el tejado. Descendió de Canela y se aproximó al edificio, esperando que él notara su presencia. Cuando finalmente dirigió su mirada hacia ella, Hailey lo saludó efusivamente con la mano y una sonrisa. Jared descendió del tejado con agilidad.

—Hailey, ¿qué haces aquí? —preguntó, mirándola sorprendido.

Hailey se mordió el labio inferior, buscando las palabras adecuadas.

—Quería hablar contigo sobre algo importante que no podía esperar —confesó, tratando de ocultar la emoción en su voz.

—Brianna no sabe que estás aquí, ¿verdad? —preguntó el vaquero con sospecha.

La niña negó con un vigoroso gesto de cabeza.

—No, pero eso es lo de menos. Esto queda entre tú y yo.

Jared se sorprendió por sus palabras, que parecían más de una jovencita que de una niña, pero se cruzó de brazos y asintió con un gesto de cabeza.

—Tú dirás —dijo finalmente.

Hailey tomó aliento antes de revelar su propósito.

—Quiero participar en el rodeo de Bandera —anunció, observando las reacciones del hombre del que dependía cumplir su sueño.

Jared mostró sorpresa, pero también un atisbo de admiración.

—¿El rodeo? ¿Estás segura, Hailey?

—Sí, estoy segura. Necesito hacerlo, ya que el año pasado al final no pude. —No se atrevió a expresar el motivo, ya que era demasiado doloroso. La trágica muerte de su padre había sido un duro golpe.

—Hailey, entiendo que quieras participar, pero quizás es demasiado pronto...

—Necesito hacerlo —replicó sin dejarle terminar la frase.

—¿Y tu hermana sabe algo de esto? —preguntó Jared con cautela.

Hailey dudó durante interminables segundos, sabiendo que mentir no estaba bien, y menos a Jared, que siempre se había portado bien con ella. Pero sabía que Brianna no le permitiría participar, alegando que debía centrarse en los últimos exámenes antes de acabar el curso. Por no hablar de que a su hermana no parecía gustarle demasiado Jared. Siempre que se encontraban podía percibir la tirantez entre ellos.

—Claro, sí lo sabe —mintió.

Jared achicó los ojos con sospecha y estudió su rostro. A pesar de sus dudas, la sola idea de pasar tiempo con Hailey le hizo sentir una cálida sensación en el pecho. Finalmente, decidió aceptar la explicación que la niña le había dado. La idea de que Brianna pudiera no estar al tanto le preocupaba, pero la determinación en los ojos de la joven y su evidente deseo de participar en el rodeo lo convencieron.

—Bien, Hailey. Pero quiero que seas honesta conmigo y contigo misma: ¿Estás preparada para competir? Sabes que tienes que dedicarle muchas horas a entrenar, además de tener completa concentración y sincronización con tu montura —le recordó.

Hailey asintió con firmeza.

—Sí, lo estoy. Además, tú me has ayudado antes y formamos un gran equipo.

Jared sonrió, recordando con nostalgia los momentos que habían compartido durante los entrenamientos y la amistad que se había forjado entre ellos.

Finalmente asintió.

—Está bien. Te ayudaré en lo que pueda, pero siempre que no interfiera en tus estudios —le advirtió Jared—. Es tu último año y no quiero que tus notas disminuyan. ¿Me lo prometes?

La expresión de Hailey se tornó más seria al escuchar las condiciones de Jared. Comprendía la importancia de sus estudios, pero su deseo de participar en el rodeo era igualmente fuerte. Miró a Jared con determinación antes de responder.

—Lo prometo, Jared. Puedo hacer ambas cosas, y sé que esto es lo que necesito.

Jared asintió, confiando en la convicción de la niña. La seriedad de la conversación se disipó un poco cuando Hailey dejó escapar una sonrisa radiante.

—¡Gracias, Jared! No te arrepentirás, lo prometo —dijo abrazándose a él, quien se quedó rígido—. Seremos imparables.

Jared, sorprendido por el abrazo espontáneo de Hailey, se relajó ante la calidez de su gesto. Aunque no era una persona especialmente expresiva, la energía positiva de Hailey logró contagiarle una sonrisa.

—Trabajaremos duro y nos aseguraremos de que estés lista. Y ahora deberías regresar al rancho antes de que tu hermana te eche en falta. No creas que me has engañado, sé que ella no

sabe nada de esto.

—¿Qué? —balbuceó Hailey, notando cómo sus mejillas se coloreaban, avergonzada porque Jared la hubiera descubierto.

—No te preocupes, hablaré con ella e intentaré convencerla para que te deje participar —le prometió Jared.

—¡Gracias! —exclamó emocionada—, te prometo que no desaprovecharé esta oportunidad. Eres el mejor —añadió efusivamente.

—No seas tan pelota, y por favor, vuelve al criadero, no quiero que Brianna esté enfadada cuando vaya a hablar con ella.

—¿Vas a ir hoy? —preguntó Hailey esperanzada.

—No, tengo mucho trabajo por hacer —se excusó Jared—, pero mejor que esté de buen humor, si es que alguna vez lo está —dudó.

—Gracias, Jared. Significa mucho para mí.

Él se encogió de hombros con una expresión despreocupada.

—Somos amigos. Haré lo que pueda para que puedas participar en el rodeo, pero recuerda, las cosas no siempre salen como planeamos.

Hailey sonrió, agradeciendo la sinceridad del vaquero.

—Entiendo, y te prometo que no me enfadaré si no logras convencer a Bree. Es un hueso duro de roer —añadió a modo de confidencia.

—Lo sé —afirmó Jared, que había perdido la cuenta de las veces que había intentado convencer a Brianna para que le dejara contarle la verdad a Hailey.

—Gracias de nuevo, Jared. Nos vemos pronto.

Con una última sonrisa, Hailey se montó sobre Canela y se alejó hacia el camino que la conduciría de vuelta al criadero. Jared la observó partir, sintiendo un atisbo de preocupación por la tarea que se le avecinaba al hablar con Brianna. Sin embargo, también experimentó una extraña sensación de felicidad que le embargó al imaginar el tiempo que podría compartir con Hailey si su hermana aceptaba.

Mientras contemplaba la figura de Hailey desvaneciéndose en la distancia, Moira apareció a su lado sin que él se percatara.

—¿Esa era Hailey? —preguntó la mujer intrigada—. Parece toda una mujercita —añadió al tiempo que se colocaba la mano sobre los ojos a modo de visera.

—Sí, es ella —respondió Jared escuetamente.

—¿Y qué hacía aquí? —siguió fisgando la mujer.

Jared se volvió hacia Moira, con una expresión molesta.

—¿Nunca te he dicho que eres demasiado curiosa para tu propio bien?

—Sí, pero aun así me adoras —replicó la mujer, sin dejar que la mirada hosca de Jared le afectara—. Y ahora, contéstame —le exigió.

—Está bien —afirmó Jared derrotado—, vino porque quería hablar conmigo —explicó—. Quiere participar en el rodeo de Bandera.

Moira arqueó una ceja, revelando su asombro.

—¿La pequeña Hailey? ¿En el rodeo?

Jared asintió con seriedad.

—Así es. Parece que está decidida, pero tenemos un pequeño obstáculo: Brianna no está al tanto, y me temo que tendré que hablar con ella.

Moira soltó una risa suave, disfrutando de la situación.

—¡Vaya, vaya! —exclamó la mujer divertida—. Eso sí que será interesante. ¿Tú intentando convencer a Brianna de algo?

—Sí, Hailey tiene un sueño, y quiero ayudarla a alcanzarlo.

—Esa niña tiene que importarte mucho si estás dispuesto a enfrentarte a Brianna.

—Haré lo que sea necesario —afirmó Jared rotundo.

Moir le dio un golpecito juguetón en el hombro.

—Eres un buen hombre, Jared. Te deseo suerte —añadió antes de girarse y regresar a la casa para seguir con sus tareas cotidianas.

CAPÍTULO 4

*Criadero Chapman,
al día siguiente.*

Jared llegó al criadero a media mañana, tras dejar organizado el trabajo del rancho y a sus empleados. Tras aparcar su *pick-up* frente a la puerta, se acercó a la entrada principal. Sabía que Hailey estaría en la escuela, y por ese mismo motivo había elegido esa hora del día para hablar con Brianna. No quería postergar más la conversación, que seguramente acabaría en discusión.

Cuando llegó frente a la puerta llamó al timbre y esperó pacientemente a que le atendieran. Minutos después, Lina, la mujer encargada de la casa, lo recibió. Su mirada oscura era escéptica y apenas se molestó en disimular su desaprobación ante su presencia, pero Jared no dejó que su actitud le afectara.

—Buenos días —saludó mientras se quitaba el sombrero en señal de educación—. ¿Está Brianna? —preguntó.

Lina soltó un suspiro y señaló con la cabeza hacia el interior de la casa.

—Está en el despacho, pero no creo que quiera que la interrumpen.

—Es urgente —insistió Jared, que no había ido hasta allí para nada.

Lina chascó la lengua, molesta, pero se apartó para dejarle pasar. A fin de cuentas, estaba segura de que el señor Duncan no tardaría en salir del lugar con paso enérgico. No era la primera vez que visitaba la casa y salía echando chispas tras un encuentro con Brianna. Si el señor Chapman, que Dios lo tuviera en su gloria, estuviera allí, ese hombre no habría vuelto a poner un pie en su propiedad.

Jared dudó unos instantes, pero finalmente entró y se dirigió al despacho, cuya ubicación conocía a la perfección.

La puerta de la estancia estaba entreabierta, y Jared se asomó con cautela para descubrir a Brianna sumida en la revisión de algunos documentos. La luz del día se filtraba por la ventana, bañando la habitación en una suave tonalidad dorada que resaltaba los reflejos cobrizos de la larga melena de la joven, la cual caía en cascada sobre sus hombros. Sus ojos azules, intensos y decididos, se deslizaban a través de las letras impresas con atención, revelando la inteligencia que se escondía tras su mirada.

Jared se quedó momentáneamente inmóvil, incapaz de apartar la mirada de ella. Un latido acelerado resonó en su pecho mientras la observaba. Ella, en ese momento, apartó con gracia un revoltoso mechón de pelo de su mejilla, colocándolo con delicadeza tras su oreja. Luego, su lengua roja y sugerente humedeció sus labios, y Jared sintió que se quedaba sin respiración unos instantes. Se encontraba atrapado en la escena, fascinado por la belleza que tenía frente a él y a la que nunca había prestado atención... o sí, y había intentado ignorar.

Brianna continuó con su labor, ajena a la presencia de Jared y a la tormenta de emociones que se agitaba en su interior. Estaba demasiado concentrada en su trabajo y en la larga lista de obligaciones que tenía por delante aquel día.

Finalmente, Jared recuperó la compostura, aunque su corazón seguía latiendo con fuerza en su pecho. Se aclaró la garganta con esfuerzo y habló para hacerse notar.

—Buenos días, Brianna. Necesito hablar contigo de un asunto.

Al oír su voz, la aludida se percató de su presencia y elevó la mirada con sobresalto. Sus ojos azules se encontraron con los verdes de él, que en ese momento tenían un brillo especial que hizo que un escalofrío recorriera su piel.

—Jared, ¿qué haces aquí? —preguntó Brianna, apartando la mirada, incómoda.

Él titubeó por un segundo antes de responder a su pregunta. Aún se sentía hipnotizado por aquellos ojos azules como un cielo despejado.

—Se trata de Hailey... —comenzó, pero Brianna lo cortó con un gesto de mano.

—No, lo siento mucho, pero no, ya te he dicho que aún es pronto —expresó, recordando la conversación recurrente que solían protagonizar cada vez que se encontraban—. ¿Cuándo lo vas a entender?

—No se trata de eso —expresó Jared con voz molesta.

—¿Entonces? —preguntó ella confusa.

—Hailey me ha pedido ayuda.

Brianna entrecerró los ojos, como si esperara una explicación más detallada.

—¿Ayuda? ¿Con qué?

—Quiere participar en el rodeo de Bandera.

La expresión de Brianna cambió instantáneamente, de cautela a una mezcla de incredulidad y preocupación.

—¿Hailey? ¿En el rodeo?

Jared asintió con seriedad a modo de respuesta, y esperó la reacción de ella ante la noticia que acababa de darle.

Brianna tardó unos minutos en reaccionar. Finalmente, se levantó de su asiento y se encaminó hacia una de las ventanas, donde permitió que su mirada se perdiera en los extensos campos verdes frente a ella. Una inquietud la embargaba a la vez que trataba de asimilar el significado de las palabras de Jared. Se veía obligada a añadir un nuevo problema a la ya extensa lista que había acumulado, y no estaba segura de poder soportar la presión que amenazaba con hacerla estallar.

—¿Por qué Hailey no me ha dicho nada? —inquirió, girando la cabeza con fuerza para clavar su mirada en el rostro masculino.

—Supongo que por miedo a que te negaras —dijo Jared a la vez que se acercaba a ella, sin entender del todo por qué lo hacía—. Brianna, creo que deberías escucharla antes de tomar una decisión. Participar en el rodeo podría ser beneficioso para ella.

La tensión en la habitación era palpable cuando Brianna se percató de que él estaba a su lado, tan cerca que podía percibir el almizcle de su colonia. Su cuerpo temblaba, y maldijo internamente a ese hombre por provocarle esas sensaciones. Dispuesta a librarse de la incomodidad, no dudó en girarse para enfrentarlo, aunque mantuvo los brazos cruzados sobre su pecho en actitud defensiva.

—Jared, Hailey es una niña y no puede tomar este tipo de decisiones por sí sola. Además, está en la recta final del curso y no quiero que sus notas se vean afectadas por un concurso —explicó, revelando sus razones para oponerse.

—Hailey está creciendo; ya no es una niña —argumentó Jared con determinación—. Entiendo tu preocupación por su educación, pero me aseguraré de que no descuide sus estudios durante los entrenamientos. Recuerda que los últimos meses no han sido fáciles para ninguno de nosotros. Quizás no le vendría mal tener una ilusión, una meta que alcanzar.

Brianna suspiró, liberando parte de la tensión acumulada.

—Puede que tengas razón —concedió finalmente—, pero no puedo evitar sentirme herida —confesó, sin comprender del todo por qué—. ¿Por qué te eligió a ti?

Jared dio un paso adelante, conmovido por el dolor reflejado en sus ojos. Sin comprender del todo sus propias acciones, elevó la mano y acarició su suave mejilla con el pulgar.

—No te sientas mal, te lo ruego. Hailey no pretendía menospreciarte. Estoy convencido de que eres la persona más importante en su vida. Pero recuerda que el año pasado la entrené durante unas semanas cuando se quería presentar al mismo rodeo... —sus palabras quedaron suspendidas en el aire cuando Jared no pudo evitar perderse en la marea de sus ojos azules, ahora oscurecidos por un intenso sentimiento que no podía determinar.

Brianna se mordió el labio inferior, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza contra su pecho. La mirada hipnótica de Jared parecía remover algo en su interior, algo que no estaba preparada para identificar.

Antes de que pudieran explorar más a fondo esos sentimientos, la puerta del despacho se abrió sin previo aviso. Jt, el capataz del criadero de caballos, entró con expresión inquisitiva.

—¿Todo bien aquí? —preguntó, sin poder apartar la mirada de Jared y Brianna, quienes parecían estar demasiado cerca.

Brianna y Jared intercambiaron miradas rápidas, como si hubieran sido sorprendidos en medio de algo inapropiado, y se separaron abruptamente.

Jared se sentía contrariado por la interrupción de aquel dichoso hombre que parecía tener la capacidad de estar en todas partes, no podía negar que le había cogido ojeriza desde el mismo día que Brianna los había presentado.

Por su parte, Jt parecía estar dispuesto a erigirse como su caballero andante. Su expresión inquisitiva se transformó en una mirada protectora, como si estuviera listo para defender a Brianna de cualquier amenaza, real o imaginaria.

Brianna, sintiendo la tensión en el aire, decidió tomar el control de la situación. Respondió a la pregunta de Jt con una sonrisa que buscaba transmitir tranquilidad.

—Sí, todo está bien. Solo estábamos discutiendo algunos asuntos familiares. Gracias por tu preocupación.

Jt asintió, pero sus ojos todavía lanzaban miradas cautelosas hacia Jared. Sin embargo, Brianna intervino antes de que la situación se volviera más incómoda.

—Jared, dame un par de días para pensarlo —le pidió, haciendo alusión al asunto que habían estado hablando minutos antes.

—Claro—aceptó el vaquero a regañadientes—. Tómame el tiempo que necesites. Ahora tengo que marcharme —dijo mientras hacía un gesto con su sombrero a modo de despedida—, tengo una cita con un cliente —se inventó.

—Gracias, Jared —replicó Brianna al tiempo que él se giraba y caminaba hacia la puerta con paso firme. A su pesar, no pudo evitar fijarse en su ancha espalda y estrecha cintura, así como en su trasero bien formado. «¿Qué demonios te pasa?», se reprendió mentalmente.

—Brianna —le sobresaltó la voz molesta de Jt, y giró su rostro con virulencia hacia el hombre que permanecía a su lado—, los Lauren han llegado —dijo en alusión a unos posibles compradores.

Ella asintió con determinación y se enfocó en el trabajo de inmediato. No podía permitir que sus asuntos personales afectaran los negocios.

—Está bien, Jt, dame diez minutos y luego hazlos pasar —ordenó con seguridad.

—Por supuesto —replicó el capataz antes de retirarse para atender a los visitantes.

Mientras tanto, Brianna se tomó unos minutos para recuperarse. Regresó a su silla y se sentó, sintiendo cómo la tensión empezaba a disiparse. Revivió las sensaciones que habían recorrido su cuerpo cuando Jared acarició su mejilla, y cómo un deseo no expresado flotaba en el aire. El anhelo de que él la hubiera besado se instaló en su mente, y se maldecía por permitirse tales pensamientos.

Cuando Jt regresó para indicar que los visitantes esperaban, Brianna se dirigió hacia la puerta, dispuesta a saludar a sus invitados. Sin embargo, al tiempo que estrechaba las manos de sus posibles clientes, no pudo evitar preguntarse cómo manejaría esa tensión recientemente descubierta y que amenazaba con cambiar el equilibrio de todo lo que conocía.

Jared regresó al rancho sumido en sus propios pensamientos, con la conversación que había mantenido con Brianna resonando de manera persistente en su mente. A pesar de la inicial resistencia de Brianna ante la idea de permitir que su hermana compitiera, él sabía que al final acabaría cediendo y permitiría que Hailey participara en el concurso. No obstante, eso no era lo que verdaderamente le preocupaba en ese momento.

Sus pensamientos giraban constantemente alrededor de Brianna. Le inquietaban las sensaciones que ella había despertado en su cuerpo, tras la inesperada cercanía que habían compartido. Recordaba la electricidad que recorrió su cuerpo cuando sus pieles se rozaron y el deseo palpable que surgió de la nada. Jared se maldijo internamente por la intensa necesidad que sintió de besarla, y el deseo al que habría sucumbido si no hubiera sido por la oportuna aparición del capataz.

Al llegar al rancho aparcó la *pick-up* a un lado y bajó del vehículo. Se sentía inquieto, sin saber muy bien qué hacer y decidió aproximarse al cercado de los caballos, que pastaban apaciblemente. Durante varios minutos estudió sus movimientos, y con ello encontró algo de paz.

Debía dejar atrás lo sucedido y enfocarse en sus obligaciones. Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, el eco del deseo y la incertidumbre persistían en la brisa que acariciaba las vastas llanuras del rancho.

Colt, quien había llegado unos minutos antes, observó sorprendido a Jared. Era inusual verlo quieto, como si formara parte del paisaje. Con paso cauteloso, se aproximó y solo habló cuando estuvo a escasos pasos de él.

—¿Todo bien, Jared? Pareces distraído.

Su hermano, quien no se había percatado de su presencia, giró la cabeza y clavó la mirada en el rostro de su hermano.

—Sí, Colt, solo que tengo muchas cosas en la cabeza —confesó.

—¿Vienes del criadero de caballos? —preguntó Colt, al tanto de la petición de Hailey y consciente de que Jared tenía planeado hablar con Brianna.

Jared suspiró pesadamente antes de responder a la pregunta de su hermano.

—Sí, le hablé de eso, y no pareció gustarle demasiado la idea. Aunque sé que al final accederá. Siente la misma debilidad que yo por esa niña.

—Estoy deseando conocerla también —confesó Colt, quien aún no había tenido la oportunidad de profundizar su relación con su recién descubierta hermana.

—Todo llegará —replicó Jared con la intención de consolar a su hermano. Comprendía cómo se sentía—. Quizás que yo entrene a Hailey ayude a normalizar la situación.

—Eso espero, hermano —dijo Colt palpando el hombro de Jared—, eso espero.

CAPÍTULO 5

Serene Falls

Tricia se encontraba instalada en una acogedora esquina del Whispering Oaks Café. Las luces tenues y la música suave se combinaban para crear una atmósfera relajante en el lugar, que ya se había convertido en el punto de encuentro predilecto para Tricia y sus amigas durante sus cenas quincenales.

Mientras aguardaba la llegada de Mackenzie, Harper y Brianna, Tricia observaba su reloj con creciente impaciencia. La puntualidad era una virtud que apreciaba profundamente, y la idea de esperar un minuto más le resultaba incómoda. La mesa estaba meticulosamente arreglada, y el menú permanecía cerrado en una esquina. Se mordió ligeramente el labio, preguntándose si sus amigas habrían olvidado la cena programada o si simplemente se encontraban atrapadas en algún contratiempo eventual.

En ese momento, la camarera reapareció en la mesa de Tricia, sosteniendo un exótico cóctel con una sonrisa intrigante.

—¿Qué es esto? —preguntó Tricia, desconcertada, cuando la mujer dejó la copa frente a ella en la mesa.

—Susurros en la Noche, un cóctel.

—Yo no he pedido nada —insistió Tricia, empezando a sentirse molesta.

—Lo sé —afirmó la camarera—, es una invitación del caballero de la barra —dijo, señalando el lugar con un gesto de cabeza.

Intrigada, Tricia dirigió su mirada hacia la barra y descubrió a un hombre de presencia imponente. Su estatura elevada y su cabello oscuro enmarcaban un rostro apuesto que no pasaba desapercibido. Sin embargo, lo que más la cautivó fueron sus ojos, profundos y enigmáticos, de un azul que parecía contener historias no contadas.

Al notar la atención de Tricia, él le dedicó un brindis al aire con una mirada intensa. ¿Quién sería ese misterioso hombre y por qué la invitaba?, se preguntó Tricia desconcertada, pero todas esas dudas quedaron suspendidas en el aire con la llegada de sus amigas.

—¡Lo siento por el retraso, chicas! Ha surgido un problema de última hora en el criadero —se disculpó Brianna. Harper se limitó a guiñar un ojo y sentarse a su derecha.

—¿Y Mackenzie? —preguntó Tricia, sorprendida por la falta de la cuarta integrante del grupo que solía reunirse.

—Me mandó un wasap hace un rato, le ha surgido algo de última hora y no puede venir —explicó Harper.

—¿Y eso qué es? —preguntó Brianna clavando la mirada en la copa de intenso color morado.

—Un cóctel —contestó Tricia incómoda.

—¿Y desde cuándo tomas tú esas cosas? —preguntó Harper sorprendida.

—Me ha invitado ese hombre —dijo señalando con un gesto de cabeza la barra, para maldecirse al instante al ver cómo sus amigas giraban su rostro con virulencia—. Por el amor de Dios, no hagáis eso —les reclamó molesta.

Brianna y Harper intercambiaron miradas cómplices antes de soltar risitas que solo aumentaron la contrariedad de Tricia. La camarera, ante la tensión creciente, decidió retirarse discretamente, dejando a las amigas a solas con sus preguntas sin respuesta.

—¿Y bien? ¿Nos vas a contar quién es ese apuesto desconocido y por qué te invita a cócteles misteriosos? —preguntó Brianna, con una sonrisa traviesa.

Tricia lanzó un suspiro resignado antes de responder:

—No tengo ni idea, y no me importa ni lo más mínimo —afirmó molesta.

Harper, consciente de lo incómoda que parecía su amiga, se apiadó de ella y decidió cambiar de tema drásticamente.

—Brianna, ¿qué has decidido al final sobre el concurso de Bandera? —preguntó distraídamente mientras cogía la carta.

—¿Tú también? —espetó Brianna. Parecía que últimamente todos sus asuntos eran de dominio público.

—Me encontré ayer con mi hermano y me lo comentó —replicó Harper sin comprender qué problema había—. ¿Suced algo? —indagó.

—No, por supuesto que no —replicó Brianna, sintiéndose culpable por su estallido de mal genio con Harper.

—¿Entonces dejarás que Hailey compita? —insistió Harper.

—No sé si ahora es el mejor momento —intentó rebatir Brianna—. Hay mucho trabajo en el criadero...

—¿Y no puede ayudarte ese tío bueno del capataz? —cuestionó Tricia, deseando devolverle el mal rato a Brianna.

—¿Jt? —cuestionó ella, confusa—. ¿De qué estás hablando?

—¿Aún no te has dado cuenta de que está loco por ti? —replicó Tricia divertida.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Brianna, intrigada.

Tricia sonrió pícaramente antes de responder:

—Bueno, la última vez que te fui a ver al criadero, Jt no dejaba de buscar excusas para acercarse a ti. Hubo un momento en que hasta se ajustó el sombrero, ¡como si estuviera posando para un anuncio! Es bastante obvio, ¿no crees?

Brianna, entre sorprendida y divertida, miró a Tricia con escepticismo.

—No creo que Jt tenga tiempo para esas tonterías. Él es todo un profesional y siempre se ha centrado en su trabajo.

Harper, que había estado escuchando la conversación en silencio, soltó una risa ligera antes de intervenir.

—Brianna, cariño, a veces es difícil ver lo que está justo frente a tus ojos. Quizás Jt está intentando impresionarte de una manera más... romántica.

Brianna frunció el ceño, pero Tricia continuó con su argumento.

—Solo te digo que observes la próxima vez que lo veas. Las miradas prolongadas, los gestos sutiles... ¡seguro que hay algo ahí!

Al tiempo que Tricia hablaba, Brianna no pudo evitar que su mente retrocediera al recuerdo del momento en el despacho con Jared. La cercanía, la electricidad en el aire y el deseo palpable que había compartido con él. Se recordó a sí misma que aquello era una completa locura por quién era ella y quién era él, pero la confusión seguía rondando su mente para fustigarla.

La camarera regresó con las bebidas, dándoles una pausa para cambiar el rumbo de la conversación. Mientras decidían qué pedir para cenar, Brianna intentó apartar esos pensamientos

de su mente.

—¿Y cómo va todo con el despacho? —preguntó Brianna, tratando de enfocar su mente en algo más que las complicadas relaciones amorosas.

Harper sonrió, disfrutando de la oportunidad de compartir sus logros.

—La verdad es que va bastante bien. Al principio, fue un reto establecerme en un pueblo pequeño, pero la comunidad ha respondido de manera positiva. Hay bastante trabajo legal por aquí, y parece que la gente confía en que puedo ayudarlos.

Tricia levantó una ceja con curiosidad.

—¿Has tenido algún caso interesante últimamente?

Harper reflexionó por un momento antes de responder.

—Bueno, sí. Hace poco trabajé en un caso de propiedad en disputa que resultó ser más complicado de lo que inicialmente parecía. Pero al final, conseguimos resolverlo de manera favorable para mi cliente.

Las amigas continuaron hablando del trabajo de Harper y de otros temas más ligeros, intentando dejar atrás los asuntos sentimentales por un rato. Sin embargo, Brianna no podía evitar que su mente divagara de nuevo hacia Jared, preguntándose cómo lidiaría con la complicada situación en la que se veía inmersa sin saber cómo ni porqué.

*Criadero Chapman,
unos días después*

Hailey notó a su amiga Jenna más callada de lo habitual. Aquella tarde habían quedado en casa para hacer un trabajo conjunto de ciencias naturales, y en ese momento estaban en su habitación. La luz tenue de las LED de colores destacaba los rincones decorados con pósters de caballos e ídolos musicales del momento. Aunque las amigas solían compartir risas y secretos, algo en la expresión seria de su amiga indicaba que algo no andaba bien.

—¿Está todo bien, Jenna? —preguntó Hailey con preocupación, buscando la mirada de la otra chica.

Jenna suspiró y jugueteó nerviosamente con un mechón de su cabello antes de atreverse a hablar.

—Es solo que... —comenzó, pero parecía reacia a compartir lo que la angustiaba.

Hailey se sentó a su lado y le ofreció una sonrisa amistosa.

—Puedes confiar en mí, ¿sabes? Si hay algo que te preocupa, estoy aquí para escucharte.

Jenna asintió, como si necesitara un momento para reunir el coraje necesario para confesar su sufrimiento.

—Es mi casa... —murmuró finalmente—. Mamá y papá han estado discutiendo mucho últimamente. No sé exactamente por qué, pero siento que las cosas no van bien. El otro día... —nuevamente se interrumpió. Aún le costaba asimilar la escena de la que había sido testigo unas noches antes, cuando se había asomado a la puerta entornada del salón y había visto a su padre golpear a su madre.

—Lo siento, Jenna —dijo Hailey comprensiva—. Pero a veces, contarle a alguien lo que nos angustia puede ayudar.

—Solo es eso —replicó Jenna, que creyó que lo mejor era guardar aquel secreto para sí

misma. No podía evitar sentirse avergonzada por el deplorable comportamiento de su padre—, no me gusta verlos discutir —concluyó, deseando dar por terminada aquella conversación.

Hailey envolvió a Jenna en un abrazo solidario, sintiendo la tensión que su amiga llevaba consigo. Sin necesidad de palabras, Hailey quería transmitirle que estaba allí para ella, dispuesta a escuchar y apoyarla en todo lo que necesitara. Sabía que las palabras no siempre eran necesarias en esos momentos; a veces, la simple presencia y el abrazo de quienes te importan pueden ser más reconfortantes que cualquier discurso.

Mientras sostenía a Jenna, la puerta se abrió suavemente, revelando la figura de su hermana. Brianna observó la escena entre las niñas con ternura, recordando cuando Mackenzie, Tricia, Harper y ella se reunían en la casa de alguna de ellas para ponerse al día sobre los últimos cotilleos.

Finalmente, Brianna rompió el silencio.

—Hailey, necesito hablar contigo un momento a solas, ¿puedes salir un momento? —preguntó, dirigiéndole una mirada de disculpa a Jenna.

Hailey asintió con un gesto de cabeza y soltó a Jenna con suavidad antes de seguir a Brianna fuera de la habitación.

Ya en el pasillo, Brianna miró a su hermana con seriedad antes de hablar.

—Hailey, después de pensarlo detenidamente, he decidido que puedes participar en el concurso de equitación. Pero quiero que lo hagas bajo algunas condiciones —le advirtió seguidamente.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio? —preguntó Hailey excitada, aunque se contuvo de saltar como le pedía el cuerpo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Primero, quiero que te comprometas a cuidar bien de tu caballo y de ti misma. No voy a permitir que te pongas en situaciones arriesgadas —declaró Brianna con firmeza.

Hailey asintió, comprendiendo la preocupación de su hermana.

—Segundo, tienes que prometerme que no descuidarás tus estudios por el entrenamiento. En el momento en que tu rendimiento escolar disminuya, cancelaré este acuerdo —le advirtió.

—Entendido, Brianna. Haré todo lo necesario. Gracias por darme esta oportunidad.

—Y, por último, debes seguir todas las indicaciones de Jared, te gusten o no —afirmó Brianna, aunque no estaba del todo segura de que aquello fuera a salir bien—. No has podido buscarte un entrenador más... antipático —añadió sin poder contenerse.

—Tampoco es para tanto —afirmó Hailey rotunda—. Se muestra como un ogro, pero en el fondo es tierno como un osito de peluche —añadió con humor.

Brianna sonrió ante la respuesta de Hailey, sabiendo que su hermana poseía la capacidad única de ver lo bueno en las personas, incluso cuando no era evidente para los demás. Ella no tenía tan claro que Jared fuera tierno y blandito.

—Bien, Hailey, solo quiero que estés segura y que disfrutes de esta experiencia. Ahora, vuelve con Jenna, parecía algo triste —aconsejó Brianna, dándole un abrazo antes de dejarla regresar a la habitación donde su amiga la esperaba.

CAPÍTULO 6

Rancho Moonlight

Brianna llegó al rancho cuando la luz del día había dejado paso a la oscuridad de la noche. El cielo nocturno se encontraba despejado, salpicado de estrellas brillantes, y la brisa fresca jugueteaba con su cabello al tiempo que descendía del coche y se dirigía a la puerta principal de la casa. Un nudo se formó en su estómago ante la perspectiva de la conversación que estaba a punto de tener con Jared, recordando la última vez que se encontraron, unos días atrás.

Tras unos minutos de indecisión, finalmente reunió el valor necesario para llamar a la puerta. Poco después, la hoja de madera se abrió, dejando entrar la luz en el oscuro porche. Moira la observó con cierta curiosidad reflejada en su rostro.

—Buenas noches, Brianna, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó con amabilidad.

—Necesito hablar con Jared —confesó Brianna, sintiéndose un tanto cohibida—, pero quizás es demasiado tarde —añadió, lamentando su visita.

—No te preocupes, preciosa —dijo Moira para tranquilizarla—, aquí nos levantamos muy temprano y nos acostamos tarde; siempre hay mucho por hacer. Jared no está en casa, pero seguramente lo encuentres en alguno de los establos o cobertizos —indicó, señalando unas edificaciones de madera y los contornos de los establos en la distancia, un refugio tranquilo en medio de la oscuridad.

—Gracias —respondió Brianna, dedicándole una sonrisa.

Mientras se encaminaba hacia el lugar indicado por Moira, la inseguridad y las dudas la envolvieron. ¿Había sido una buena idea permitir que Jared entrenara a Hailey? ¿Estaba preparada para ver a ese hombre rudo y hosco con más frecuencia? ¿Podría controlar lo que él había despertado en su cuerpo la última vez que se encontraron? Incógnitas sin respuestas.

El sonido de sus propios pasos resonaba en el silencio de la noche a medida que avanzaba por el suelo de grava del camino. Pronto llegó a uno de los cobertizos, del cual emanaba una luz tenue que se filtraba por la puerta semiabierta. Dudó un momento, temerosa de interrumpir la tranquilidad del rudo vaquero, pero finalmente se decidió. Brianna sintió que el latido de su corazón se aceleraba al colocar la mano sobre la superficie de madera, luego la empujó ligeramente para entrar. La puerta cedió lentamente, revelando la figura de Jared al fondo de la edificación.

Estaba concentrado en el motor de un tractor rojo que parecía haber conocido tiempos mejores. Brianna se detuvo un momento, quedando a medio camino. Lo observaba con detenimiento, maravillada por la imagen que tenía ante sus ojos. Percibió la destreza con la que Jared manipulaba las herramientas, la concentración en su rostro, y sintió un cosquilleo en el estómago. Su pelo oscuro, ligeramente ondulado, estaba revuelto. Vestía unos *jeans* desgastados que se ajustaban perfectamente a sus piernas y trasero, y una camiseta interior negra que resaltaba sus bíceps. Sin darse cuenta, Brianna tragó saliva y apartó la mirada de sus músculos, azorada.

Dudó unos segundos, pero después de estudiarlo por un momento, decidió hacerse presente.

—Jared —pronunció su nombre con suavidad, rompiendo la concentración del hombre, que alzó la mirada, encontrándose con los ojos de Brianna.

—Brianna... —murmuró él, como si el nombre se deslizara suavemente de sus labios.

—Siento haberte interrumpido —se disculpó la joven.

—No pasa nada —replicó Jared, algo cohibido, mientras cogía un trapo y se limpiaba las manos, llenas de grasa—. Por favor, pasa —le indicó con un gesto de mano, ya que ella permanecía en la entrada.

Brianna avanzó con timidez hacia el interior del cobertizo, percibiendo la mirada intensa de Jared posada sobre ella. La atmósfera se cargó de una tensión apenas perceptible, como una corriente eléctrica flotando en el aire.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? —preguntó Jared, tratando de disimular su sorpresa al verla.

—Necesitaba hablar contigo sobre Hailey —explicó Brianna.

Jared asintió, apoyando las manos en la superficie de trabajo donde yacían sus herramientas.

—Tú dirás —manifestó finalmente al notar que ella no continuaba.

—Acepto que la entrenes, pero será bajo mis normas —declaró Brianna, buscando dejar en claro su postura.

Jared entrecerró los ojos, observándola en silencio antes de responder.

—¿Y cuáles son esas normas? —preguntó con cautela.

Brianna se sintió momentáneamente abrumada por la mirada intensa de Jared, pero mantuvo la firmeza en su expresión.

—Primero, y ante todo, la seguridad de Hailey es mi prioridad. No quiero que la presiones más allá de sus límites, ¿entendido? —afirmó Brianna con determinación.

—Claro, ¿qué más? —preguntó, dejando claro que no era hombre de rodeos.

—Si las calificaciones de Hailey se ven afectadas por esto, cancelaremos la instrucción inmediatamente. Ya lo he hablado con ella. Y, por último, los entrenamientos se llevarán a cabo en el criadero —añadió Brianna, notando la sorpresa en la mirada de Jared ante esta última exigencia.

No sabía cómo se tomaría él esa condición, pero estaba decidida a establecer límites claros. La posibilidad de que los entrenamientos se realizaran en el criadero no solo aseguraba su supervisión constante, sino que también le proporcionaba la tranquilidad de tener a Hailey cerca.

—Está bien, acepto —afirmó Jared rotundo, extendiendo su mano en un gesto de acuerdo, una costumbre que solía emplear en sus negocios.

Brianna, dudó, pero finalmente extendió su mano para sellar el trato. Sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo cuando sus pieles se rozaron en un contacto breve pero impactante. Inevitablemente, sus miradas se encontraron con una intensidad que la abrumó. Sintió que se quedaba sin oxígeno cuando descubrió que Jared había acortado la distancia que los separaba, y que su rostro descendía lentamente para aproximarse al suyo.

Justo cuando la conexión entre Brianna y Jared estaba a punto de culminar con la unión de sus labios, separados por escasos milímetros, la puerta del cobertizo se abrió inoportunamente. Jared actuó con velocidad y se apartó de la joven unos pasos.

Colt, el hermano menor de Jared, quien había abierto la puerta, entró en el edificio sin percatarse de lo que había estado a punto de suceder segundos antes.

—Hola, Bree, qué sorpresa, ¿qué te trae por aquí? —preguntó.

—He venido a hablar con Jared sobre la posibilidad de que entrene a Hailey para un rodeo al que quiere asistir —explicó Brianna, que había logrado recuperar parte de su aplomo.

—Sí, algo me comentó —replicó Colt interesado—. Me alegro mucho por Hailey, sé que le hacía ilusión.

—Sí, eso parece —replicó Brianna—. Bueno, creo que será mejor que me marche, se hace tarde —añadió con la imperiosa necesidad de huir de aquel lugar y de Jared. Podía sentir la intensa mirada de él clavada en su persona—. Gracias por todo —añadió antes de caminar aceleradamente hacia la puerta.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Colt confuso cuando se quedaron solos.

Jared, aun procesando lo vivido, lanzó una mirada molesta a Colt, cuestionándose cómo su hermano podía ser tan inoportuno.

—No, Colt, no te has perdido nada —respondió, tratando de ocultar su frustración—. Dile a Moira que no tengo ganas de cenar, me voy directamente a la cama —anunció, despidiéndose con un tono más brusco de lo habitual.

Colt observó la salida apresurada de su hermano. Se sentía desconcertado por su extraña actitud. Estaba seguro de que algo le sucedía, pero no lograba discernir qué. Con un encogimiento de hombros, se quedó solo en el cobertizo sin saber muy bien qué hacer.

Criadero de caballos Chapman

Brianna salió del coche con la mente enredada en un torbellino de emociones. La escena en el cobertizo seguía fresca en su memoria, y la sensación de la cercanía de Jared la tenía los nervios a flor de piel. Con manos temblorosas, cerró la puerta del vehículo y se dirigió hacia la casa.

Subió los dos escalones del porche, pero en lugar de entrar, se detuvo y respiró profundamente. Necesitaba unos minutos para tranquilizarse antes de hablar con su hermana, quien probablemente estaría absorta en la televisión.

Caminó con paso lento hasta la balaustrada del porche y se acodó en ella. El aire fresco de la noche acariciaba su rostro, pero no lograba disipar la tensión que se había acumulado en su interior. Cerró los ojos por un momento, intentando apartar de su mente la imagen de Jared y la cercanía de aquel casi beso. Su corazón latía desbocado y la confusión nublaba sus pensamientos.

Cuando volvió a abrir los ojos, una figura imponente se destacó en la penumbra de la noche. Jt, el capataz del criadero, la observaba con ojos atentos desde la oscuridad. Brianna lo reconoció al instante y esperó pacientemente a que él se acercara.

—Buenas noches, Jt. ¿Qué haces aún por aquí? —le preguntó preocupada. Hacía varias horas que los trabajadores habían terminado su turno.

—Quería adelantar una tarea que tenía pendiente —mintió Jt, ya que la realidad es que se había quedado preocupado cuando Brianna había cogido la *pick-up* a una hora tan tardía para salir del criadero.

—Pues no pienso pagarte ni un dólar de más por esas horas extra —replicó Brianna con cierto tono humorístico.

—Pues es una lástima —respondió él con un destello travieso en la mirada—. Con esos

dólares tenía pensado comprarle un regalo a Lina para que me diera una ración extra de su famoso pastel de manzana.

Brianna rio suavemente, contagiada por el humor de Jt.

—Buen intento, Jt. Pero creo que tus encantos ya son el mejor regalo para ella, la tienes en el bote —añadió con una sonrisa.

Jt, ante la mirada cómplice de Brianna, inclinó la cabeza con una sonrisa ligera.

—Entonces supongo que tendré que conformarme con la ración estándar —respondió, jugando con la complicidad del momento.

—Eso parece —replicó Brianna—. Bueno, se ha hecho tarde. Buenas noches, Jt. Mañana más —se despidió Brianna, dedicándole una última sonrisa antes de dirigirse hacia la puerta de la casa.

—Buenas noches, Brianna —replicó Jt con cierta pena; le hubiera gustado seguir con aquella distendida charla.

Al abrir la puerta, el cálido resplandor del interior la recibió. Recorrió el amplio pasillo casi en penumbra y, como esperaba, al entrar en el cuarto de estar descubrió a Hailey acurrucada en el sofá, absorta en una película. Una manta le envolvía los hombros, y no pudo evitar sonreír ante la escena.

—Hola, cariño. ¿Te quedaste despierta esperándome? —preguntó, notando el destello de sorpresa en los ojos de Hailey mientras se sentaba a su lado y le rodeaba los hombros con el brazo.

—Quería verte antes de irme a dormir —respondió Hailey, aguantando un sonoro bostezo que hizo sonreír a su hermana—. ¿Dónde estabas? —preguntó la niña, curiosa, girando su cabeza y clavando la mirada en el rostro de Brianna.

Brianna acarició suavemente el cabello de Hailey y le dedicó una cálida sonrisa.

—Estaba hablando con Jared sobre el rodeo de Bandera, y ha aceptado mis condiciones. Este fin de semana empezarás con el entrenamiento —anunció Brianna con entusiasmo.

Los ojos de Hailey se iluminaron con una mezcla de sorpresa y emoción. Sin contener su alegría, la niña se abalanzó sobre Brianna y la abrazó con fuerza, depositando un beso emocionado en su mejilla.

—¡Gracias, Bree! ¡Gracias, gracias! —exclamó emocionada.

Brianna le devolvió el abrazo con ternura, compartiendo la emoción de su hermana. Era evidente que la noticia había llenado de alegría el corazón de Hailey, y para Brianna eso era lo más importante después de meses de preocupación por el estado anímico de la niña.

—Te lo mereces, cariño, además, sé que lo vas a hacer genial —declaró Brianna, acariciando el rostro radiante de Hailey.

La pequeña se separó del abrazo y, con una mezcla de gratitud y emoción en sus ojos, miró a su hermana.

—Gracias, Bree, ¡esto es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo! —dijo Hailey, antes de sellar su felicidad con otro tierno beso en la mejilla.

CAPÍTULO 7

*Serene Falls,
unos días después*

Tricia cerró la puerta de su apartamento con evidente cansancio. El día en el colegio había resultado agotador, y las tensiones con el señor Simons no habían ayudado en absoluto. Al llegar a casa, lo último que esperaba era enfrentarse a más contratiempos. Después de despojarse de la ropa que había llevado durante todo el día, se dio una ducha rápida y se vistió con un cómodo camisón corto de algodón azul marino. Su melena rubia caía desordenada sobre sus hombros, y su expresión reflejaba la fatiga acumulada.

Con la intención de disfrutar de una tranquila cena, Tricia se encaminó hacia la cocina cuando el timbre del apartamento sonó con insistencia. Un suspiro escapó de sus labios mientras se preguntaba quién podría ser a esa hora. Al abrir la puerta, la sorpresa se dibujó en su rostro al encontrarse con el hombre que la había invitado a una copa unos días atrás en el Whispering Oaks Café.

—Buenas noches, señorita Bale —saludó el hombre con una sonrisa amable.

—Buenas noches —replicó Tricia algo cohibida. Recordaba perfectamente aquel atractivo rostro—. ¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó con desconfianza.

—Mi nombre es Lucien Bolton —se presentó, tendiéndole la mano amistosamente.

Tricia achicó los ojos y clavó su mirada en él. Aquel apellido resonaba en su cabeza, aunque no recordaba por qué. Pero eso era lo de menos; no se sentía cómoda con la situación. No conocía a ese hombre de nada, y era la segunda vez que se cruzaba en su camino. Pero lo más inquietante era que no entendía cómo había dado con su dirección.

—No se preocupe, no soy un acosador —le dijo, como si hubiera leído sus pensamientos. Apartó la mano, ya que Tricia no parecía dispuesta al intercambio de cortesía—. Solo he llamado para presentarme y decirle que, de hoy en adelante, seremos vecinos.

—¿Vecinos? —repitió Tricia tontamente.

—Sí, vecinos —respondió Lucien con una sonrisa cautivadora y señaló la puerta situada frente a la de Tricia—. Tengo pensado hacer unas pequeñas reformas antes de mudarme —amplió la información.

Tricia abrió los ojos con incredulidad. Llevaba varios años viviendo en ese lugar, y el apartamento situado frente al suyo nunca había sido ocupado. Sin percatarse, volvió a echar una larga mirada al alto hombre ante sí y su ceño se frunció. Algo no cuadraba allí. ¿Por qué alguien como él querría mudarse a un pequeño pueblecito como Serene Falls cuando su traje, evidentemente hecho a medida, costaba el importe de un mes de su sueldo?

—Solo la aviso para que no se asuste cuando empiece a hacer ruido —indicó Lucien, disfrutando de la incredulidad reflejada en el rostro de la joven.

De repente, la cabeza de Tricia hizo *clic* con el apellido en cuestión, y sus ojos volvieron a abrirse en su máxima expresión.

—Lucien Bolton, ¿el dueño del edificio? —preguntó sin poder contenerse.

—Exactamente —confesó él.

La revelación dejó a Tricia boquiabierta. La sorpresa se mezclaba con la confusión mientras intentaba procesar la información.

—Pero... ¿cómo? —balbuceó Tricia, tratando de comprender la situación.

—He decidido mudarme a Serene Falls una temporada y supervisar personalmente algunas mejoras en el inmueble. Creo que es hora de darle un nuevo aire a mi inversión —explicó, observando la reacción de Tricia con sumo interés.

—¿Y por qué aquí? ¿Por qué Serene Falls? —inquirió finalmente Tricia, con un tono entre perplejo y desconfiado.

—Este lugar tiene un encanto especial, y me pareció el refugio perfecto para huir del mundanal ruido. Además, he oído que los habitantes son muy acogedores —respondió Lucien con una sonrisa que intentaba transmitir sinceridad.

Tricia asintió lentamente, aunque la desconfianza aún se reflejaba en sus ojos. El hombre, por su parte, parecía disfrutar del misterio que rodeaba su llegada.

—Bueno, señor Bolton, supongo que le doy la bienvenida al vecindario —dijo Tricia, tratando de superar su desconcierto inicial.

—Por favor, llámame Lucien. Y gracias, Tricia —dijo tuteándola—. Estoy seguro de que nos llevaremos bien como vecinos —respondió con expresión confiada.

A pesar de la cortesía de Lucien, Tricia no pudo evitar sentir un ligero escalofrío. La presencia del dueño del edificio como vecino no le gustaba ni un pelo. Al tiempo que cerraba la puerta, se preguntó qué cambios traería la llegada de aquel desconocido a su vida y a Serene Falls.

Mientras Lucien descendía por las escaleras, su expresión confiada no disminuyó en lo más mínimo. Un halo de misterio lo envolvía, y sus pensamientos eran tan impenetrables como su mirada. Con seguridad, emprendió camino en dirección a la calle principal, donde estaba situada la única pensión del lugar. Al llegar frente a la puerta, el sonido de su móvil rompió el silencio de la noche. Con evidente malestar, rebuscó en el bolsillo de su pantalón hasta que dio con el teléfono y lo sacó.

—Buenas noches, Victoria —respondió con resignación.

—¿Buenas noches? —replicó una voz airada al otro lado de la línea—. Llevo varios días llamándote y no te has dignado a cogerlo. ¿Se puede saber dónde estás? —añadió la mujer con voz evidentemente angustiada.

—Perdona, he estado muy ocupado —se excusó, aunque sabía que eso no haría disminuir el enfado de ella—. Llegué hace unos días a Texas —añadió.

—¿Estás en Serene Falls? —preguntó Victoria, evidentemente sorprendida.

—Sí, estoy aquí —respondió escuetamente.

—Y ¿cómo es?

—Pequeño y acogedor —describió Lucien observando los edificios de dos plantas, tan diferentes a los rascacielos a los que estaba acostumbrado.

La mujer al otro lado de la línea dejó escapar un suspiro intrigado y le instó a que le contara más detalles sobre el pequeño pueblo y sus gentes.

—Bueno, estoy cansado, hablamos mañana —dijo Lucien unos minutos después, con la intención de acabar con la conversación.

—Espera, antes de que cuelgues, quiero saber si has descubierto algo sobre lo que te llevó hasta allí —insistió Victoria con voz preocupada.

—No mucho, pero tampoco tengo prisa —confesó Lucien.

—Está bien —replicó Victoria resignada. Estaba claro que Lucien no pensaba darle más datos—, descansa, seguimos en contacto.

—Gracias, Victoria —concluyó Lucien antes de finalizar la llamada.

El eco de sus pasos resonó en el pasillo de la pensión. Al llegar a su habitación, Lucien se recostó en la cama, reflexionando sobre la singularidad de Serene Falls y sus habitantes. Las pequeñas ciudades siempre escondían secretos, y él estaba decidido a descubrir uno en concreto. Con esos pensamientos en mente, cerró los ojos y dejó que el sueño lo envolviera.

Jenna regresó a su hogar tras pasar la tarde en casa de un compañero con quien tenía que hacer un trabajo de lengua. La madre de Stefan la dejó amablemente frente a la puerta principal, y al llegar al pequeño porche, Jenna se despidió con un gesto de mano. La luz del salón no se filtraba por las cortinas, sumiendo la casa en una inusual oscuridad. Optó por rodear la casa para entrar por la parte trasera, evitando llamar la atención de su padre, quien desconocía en qué estado de ánimo se encontraría.

Mientras se acercaba a la verja del jardín, percibió voces que flotaban en el aire. Al asomarse discretamente, la escena que se desarrollaba la dejó paralizada. Leonard Slater, su padre, estaba enrojecido por la furia, y su actitud era violenta. En ese momento, culpaba a Mackenzie de ser una derrochadora.

—¡No sé cómo vamos a salir adelante si la tienda no mejora, Mackenzie! ¿No entiendes que no hay dinero? ¡Siempre estás gastando sin pensar en las consecuencias! —Las palabras de Leonard resonaban con tanta agresividad que Jenna no pudo evitar sentir cómo su cuerpo se tensaba.

Mackenzie permanecía con la cabeza gacha e inconscientemente se abrazaba a sí misma, encogiéndose en actitud defensiva como si fuera un animal acorralado por un depredador al acecho.

—¡Contesta, maldita sea! —gritó Leonard con frustración.

—Lo siento, Leonard. Estoy haciendo todo lo posible, pero no puedo ahorrar más. Los niños tienen necesidades...

—Me importan una mierda sus necesidades. Yo crecí con menos y no he salido tan mal —alegó Leonard rotundo.

La tensión en el aire se volvía palpable con cada palabra. Jenna se quedó inmóvil, sintiendo que había entrado en un territorio delicado e íntimo sin quererlo. Se debatía entre intervenir o retroceder silenciosamente, pero sus piernas parecían pesadas como plomo.

Mackenzie alzó la mirada, sus ojos empapados de lágrimas reflejaban una mezcla de dolor y desesperación.

—No puedo seguir así, Leonard. Estoy agotada, no puedes culparme por todo —susurró Mackenzie, buscando comprensión en los ojos de su esposo.

La respuesta de Leonard fue una bofetada repentina que cortó el aire. El sonido del impacto resonó en la tensa atmósfera, seguido por el silencio. Mackenzie llevó una mano a su mejilla enrojecida.

Jenna, testigo de la escena, sintió un escalofrío recorriendo su espalda. El miedo se apoderó de ella mientras observaba la crudeza de la situación familiar. Sin pensarlo, y sin mirar atrás, salió corriendo. Las lágrimas emborronaban su visión al tiempo que huía de la

confrontación, pero algo más la esperaba en la oscuridad.

Un coche apareció de la nada, sus faros cegadores iluminaron el camino justo cuando Jenna cruzaba la calle. El vehículo frenó a pocos centímetros de atropellarla. Jenna, desorientada y temblando, se detuvo en seco. Los faros del coche la cegaban, pero la luz intensa reveló un rostro preocupado en el interior del vehículo.

—¡Dios mío, lo siento! ¿Estás bien? —preguntó Colt Duncan, que había salido del coche con urgencia y se había aproximado a la niña para comprobar su estado. Casi se le había salido el corazón por la boca cuando Jenna se había cruzado a toda velocidad en medio del asfalto.

Jenna, aún sin aliento y con el corazón latiendo desbocado, asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. Colt, aliviado de que no hubiera ocurrido lo peor, la observó atentamente, buscando alguna posible lesión, aunque estaba completamente seguro de que ni la había tocado.

En ese momento, Mackenzie apareció corriendo, seguida por Leonard muy de cerca. Ambos habían escuchado el frenazo repentino. Mackenzie se agachó junto a la niña y cogió sus hombros antes de hablar.

—¿Estás bien, mi vida? —preguntó preocupada, acariciando la mejilla de su hija con dedos temblorosos.

—No la vi, apareció de repente —afirmó Colt sintiéndose culpable.

En ese momento, Mackenzie elevó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Colt. Volvió a agachar su rostro por temor a que él descubriera lo que había sucedido pocos minutos antes con su esposo. Se sentía avergonzada.

—¿En qué coño estabas pensando? —exclamó Leonard con voz furiosa—. Casi atropellas a mi hija —le reclamó.

Colt apartó la mirada de la mujer y la niña, y clavó sus ojos en Leonard, conteniéndose de darle un derechazo en plena cara a aquel individuo. Había visto la mejilla roja de Mackenzie y la angustia en sus ojos, aunque las lágrimas ya se habían secado. Estaba seguro de que ese sujeto había golpeado a su mujer; posiblemente la niña había salido corriendo por eso. Llevaba tiempo escuchando rumores al respecto, y aunque no era un hombre dado al chismorreó, en esta ocasión estaba seguro de que las habladurías respecto a la pareja eran ciertas.

—Papá, no es culpa del señor Duncan —intervino Jenna con valentía—. Yo crucé sin mirar —confesó.

—Maldita mocosa, ya hablaremos en casa —replicó Leonard avergonzado—. Lo siento, Colt —dijo con esfuerzo.

—No es nada —replicó el aludido a regañadientes—. Buenas noches —murmuró antes de regresar a su coche.

Colt se alejó del lugar, dejando a la familia Slater a solas. La tensión en el aire persistía y el silencio de la noche se cerraba alrededor de ellos. Mackenzie y Jenna quedaron frente a Leonard, que las observaba con mirada acusatoria.

CAPÍTULO 8

Criadero de caballos Chapman

La mañana del sábado encontró a Brianna y Hailey desayunando en la mesa redonda de la cocina. Hailey apenas había probado bocado, y la preocupación se reflejaba en el ceño fruncido de Brianna. Sin embargo, no quería enturbiar la felicidad de la niña con una discusión. Era la primera vez en meses que la veía sonreír y no quería estropear el momento. Brianna sabía que todo se debía a que era su primer día de entrenamiento y, aun así, decidió intentar que Hailey comiera algo más.

—Hailey, ¿por qué no coges una tostada? —preguntó con cautela—. Apenas has tocado tu desayuno —añadió.

Hailey levantó la mirada y se encontró con la de su hermana. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa que transmitía su alegría genuina.

—Estoy bien, Brianna. No tengo hambre, estoy emocionada por el entrenamiento de hoy —confesó—. Jared me dijo que va a estar genial, que tiene preparadas algunas pruebas nuevas —añadió con entusiasmo.

La mención de Jared hizo que el estómago de Brianna diera un vuelco, recordándole la imagen de su rostro cercano al suyo, sus labios a punto de encontrarse y la intensidad en sus ojos verdes. Durante noches aquel casi beso la había atormentado. Llevaba días intentando apartar esos pensamientos de su cabeza, pero sabía que iba a ser bastante complicado si Jared iba a compartir tiempo con su hermana.

—Entiendo que estés nerviosa, pero no puedes entrenar con el estómago vacío —advirtió Brianna, intentando convencer a su hermana.

—Está bien —aceptó la niña a regañadientes al tiempo que cogía una tostada del plato donde estaban apiladas.

Pasada media hora, Hailey se encaminó a su dormitorio para ponerse la ropa de montar y Brianna se dirigió a su despacho para revisar el correo de la mañana. Ni siquiera se sentó; pasó entre sus dedos carta tras carta, a punto de dejarlas sobre el escritorio, cuando Jared entró en la estancia, llenándola inmediatamente de una energía intensa.

—Buenos días, Brianna. ¿Dónde está la pequeña amazona? —preguntó con una sonrisa amistosa.

—Buenos días, Jared —saludó ella, tratando de ocultar la tensión que anidaba en su cuerpo—. Se ha ido a cambiar, no creo que tarde mucho —añadió.

—Bien —dijo Jared acercándose al escritorio—, porque quiero hablar contigo.

—¿Sobre qué? —preguntó Brianna con nerviosismo. Finalmente, dejó las cartas sobre la superficie de madera y se desplazó hacia la derecha, buscando la protección del escritorio.

El gesto de Jared se torció con malestar. No le parecía bien que Brianna intentara evadir la conversación haciendo como si no recordara lo sucedido. No pensaba permitirselo.

—¿No recuerdas que el otro día estuvimos a punto de besarnos? —le soltó directamente, logrando lo que pretendía: que ella reaccionara.

El corazón de Brianna dio un brinco ante la inesperada franqueza de Jared. Sus mejillas

se colorearon levemente y el nerviosismo se apoderó de ella.

—Bueno, eso fue... inesperado. Y verdaderamente no llegó a ocurrir nada —murmuró Brianna, desviando la mirada hacia las cartas dispersas sobre el escritorio como si de repente fueran la cosa más interesante del mundo.

Jared avanzó unos pasos, colocando el sombrero sobre la mesa con decisión. Cruzó los brazos sobre el pecho y clavó su mirada en el rostro femenino.

—¿Y qué sucederá cuando ocurra? —preguntó Jared con seriedad—, porque está claro que ocurrirá. No puedes ignorar lo que ha surgido entre nosotros, algo que va más allá de ser vecinos, casi familia o lo que quiera que seamos.

Brianna se mordió el labio inferior, sintiendo el peso de la verdad en las palabras de Jared. Era cierto, la conexión entre ellos iba más allá de lo que nunca hubiera imaginado, y eso la asustaba.

—Jared, esto no es apropiado. Eres el entrenador de mi hermana, y además su hermano, y yo...

—¿Y tú qué, Brianna? —interrumpió Jared, con su mirada penetrante clavándose en ella—. No puedes negar la atracción que hay entre nosotros. Lo vi en tus ojos.

La habitación parecía encogerse a su alrededor. Brianna se apoyó ligeramente en el borde del escritorio, buscando un sostén ante la intensidad de la conversación.

—No deberíamos mezclar las cosas. Hailey debería ser nuestra prioridad, y no quiero hacer nada que pueda afectarla.

—No podrás ignorar esto eternamente —le advirtió Jared.

Antes de que Brianna pudiera responder, Hailey entró en la habitación con su atuendo de montar, interrumpiendo el tenso momento entre los dos. La conversación pendiente quedó suspendida por el momento, pero la tensión entre ellos persistía como una sombra.

—Jared, ya estoy lista —afirmó Hailey emocionada, pero al descubrir el rostro tenso de él se inquietó—. ¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

Jared forzó una sonrisa para tranquilizar a Hailey.

—Todo bien, Hailey. Solo estaba hablando con Brianna sobre algunos detalles del entrenamiento. Nada de qué preocuparse —explicó Jared, tratando de desviar la atención.

Hailey asintió con confianza, aparentemente satisfecha con la explicación. Mientras los tres se dirigían hacia la zona de entrenamiento, la incomodidad flotaba en el aire.

Durante el entrenamiento, Jared intentó enfocarse en el progreso de Hailey, pero su mente seguía dando vueltas a la conversación sin resolver. Se esforzaba por mantener la profesionalidad, aunque le estaba costando un mundo con la cabellera rojiza de Brianna llamando su atención.

Al final del entrenamiento, Jared se despidió con un gesto formal y se retiró, dejando a Brianna y Hailey en un silencio incómodo. La pequeña había notado el ambiente tenso entre los adultos y miró a su hermana con curiosidad.

—¿Pasa algo entre vosotros dos? ¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó Hailey sin rodeos.

Brianna vaciló antes de responder, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—No te preocupes, Hailey. Solo estamos... resolviendo algunos detalles sobre tu inscripción en el campeonato —dijo Brianna, esbozando una sonrisa forzada.

Hailey asintió, aunque su expresión dejaba entrever una leve decepción. Estaba segura de que Brianna le estaba ocultando algo, y tarde o temprano descubriría lo que estaba pasando. A pesar

de que todos la veían como una niña pequeña, ya no lo era.

Serene Falls

Tricia se deleitaba en la comodidad de su cama en la apacible mañana de sábado. La suavidad de las sábanas y la idea de no tener que madrugar le ofrecían un raro lujo que no pensaba desaprovechar. Se estiró perezosamente y estaba a punto de dar otra vuelta cuando unos golpes resonantes, fuertes e inoportunos, hicieron que se incorporara de golpe sobre el colchón.

Frunciendo el ceño, se levantó de la cama y cruzó rápidamente el pasillo, espiando a través de la mirilla de su puerta. Como sospechaba, el sonido provenía del apartamento frente al suyo. Sin dudar, salió de su vivienda, dejando que la furia guiara sus pasos hacia el origen de su malestar.

La puerta estaba abierta, y no dudó en adentrarse en el pasillo hasta llegar al salón. Allí se topó con la surrealista escena de su nuevo vecino, el señor Bolton, desmantelando una pared con un mazo. Su atuendo informal, compuesto por unos *jeans* desgastados y una camiseta de tirantes blanca, resaltaba la musculatura de sus brazos. Al girarse, le dedicó una sonrisa, y Tricia no pudo evitar notar el brillo en sus ojos azules tras las gafas protectoras transparentes.

Furiosa, se colocó delante de él, sin percatarse de que solo llevaba un camisón que apenas cubría su cuerpo.

—¿Qué diablos está haciendo, señor Bolton? —inquirió, sin contener la irritación en su voz.

Lucien bajó el mazo y lo apoyó en el suelo. Luego, con tranquilidad, se quitó las gafas protectoras y los guantes que cubrían sus manos antes de hablar.

—Buenos días, Tricia. Creía que habíamos quedado en tutearnos —comentó Lucien como si nada—. Y, respondiendo a tu pregunta, he comenzado con las reformas, como te comenté el otro día —concluyó con una expresión inocente dibujada en su atractivo rostro.

—Sí, pero hoy es sábado —replicó Tricia, aún con el ceño fruncido.

—¿Y? —cuestionó Lucien.

—Pues que es el único día de la semana que no tengo que madrugar —protestó, aunque su queja sonó infantil hasta para ella.

Lucien mantuvo una expresión tranquila en su rostro, a pesar de la mirada gélida que Tricia le dedicó.

—Lo siento si te desperté —se disculpó—. No pensé que mis pequeñas reformas fueran a ser tan molestas —añadió con calma, observando a Tricia con evidente diversión en sus ojos azules.

Tricia, cruzó los brazos sobre su pecho, dejando claro que estaba molesta.

—No se trata de «pequeñas reformas», Lucien. Estás literalmente destrozando una pared con un mazo en plena mañana de sábado. ¿Por qué no lo hiciste durante la semana, cuando la mayoría de la gente está fuera trabajando?

Lucien se encogió de hombros con fingida inocencia.

—Supongo que no pensé en eso. Estaba fascinado con la idea de tener mi nuevo hogar listo lo antes posible. ¿No es emocionante?

Tricia bufó sonoramente al escuchar sus palabras.

—Emocionante sería poder disfrutar de mi tranquila mañana libre sin el ruido de la demolición. ¿No podrías haber esperado unas horas más antes de comenzar? —cuestionó ella con evidente enfado.

Lucien pareció reflexionar sobre las palabras de Tricia, aunque su expresión permanecía despreocupada.

—Bueno, ya que estás aquí, ¿quieres ayudar?

Tricia lo miró con incredulidad.

—¿Ayudar? ¿A demoler tu apartamento? Estás bromeando, ¿verdad?

Lucien sonrió, como si estuviera disfrutando del intercambio dialéctico que compartían. Le resultaba estimulante. La señorita Bale se ponía muy bonita cuando se enfadaba.

—Bueno, siempre es más divertido trabajar en compañía. Pero si prefieres no participar... Por cierto, bonito camisón —añadió con una sonrisa divertida al notar cómo las mejillas de Tricia se teñían de rubor y ella cruzaba los brazos sobre su pecho para intentar cubrirse.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un insolente? —replicó Tricia con los puños apretados a los costados.

—Alguna que otra vez —contestó Lucien con tono ligero—. Pero, volviendo al asunto. Aunque no tengas ganas de destruir paredes, siempre puedes observar y hacer sugerencias. Quién sabe, podrías descubrir una pasión oculta por la renovación de interiores

Tricia soltó un suspiro exasperado.

—Lo que descubriré es cómo lidiar con un vecino que no respeta la paz y tranquilidad de los demás.

—Podría intentar ser más cuidadoso en el futuro. Me gustaría tener vecinos felices —mencionó Lucien con una expresión reflexiva. Tricia negó con la cabeza, sin saber si debía reírse o enfadarse.

—Eres insufrible, Lucien Bolton —declaró con firmeza.

Él respondió con una sonrisa juguetona.

—¿Interesante? Eso también me lo han dicho.

Tricia puso los ojos en blanco, incrédula ante su respuesta, pero no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—Será mejor que me marche antes de cometer una locura —farfulló antes de girarse y caminar hacia la puerta.

Lucien la vio alejarse con una sonrisa divertida en los labios, sin dejar de admirar su bonita silueta. Había llegado a Serene Falls con un propósito, pero no había esperado encontrarse con la frescura y vitalidad de su atractiva vecina.

CAPÍTULO 9

Tricia regresó a su apartamento y cerró la puerta con la esperanza de poder mitigar así los ruidos que volvieron a sonar en el piso de al lado. Aunque deseaba regresar a la cama, estaba segura de que no podría conciliar el sueño de nuevo con aquel jaleo. Resignada, preparó el desayuno y minutos después disfrutaba de unas tostadas con mermelada de fresa, su favorita, y un café bien cargado.

Mientras pensaba en qué hacer durante el resto del fin de semana, ya que no tenía ningún plan a la vista, su teléfono comenzó a sonar insistentemente. Al comprobar el nombre de la persona que llamaba, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Buenos días, mamá —saludó animadamente.

—Buenos días, princesa —respondió Fiona al otro lado de la línea—. No te habré despertado, ¿verdad? —preguntó la mujer preocupada.

La imagen de Lucien Bolton se proyectó inmediatamente en la mente de Tricia y se sacudió para apartarlo de sus pensamientos.

—No, mamá, hoy decidí levantarme temprano para aprovechar un día tan bonito —mintió, al tiempo que sus ojos capturaban los rayos del sol que se filtraban por la ventana.

—¿Y qué planes tienes? —preguntó Fiona con cautela.

Tricia frunció el ceño con sospecha. Conocía a su madre mejor que a sí misma, y ese tono al hacer la pregunta indicaba que le iba a pedir algo que no le gustaría.

—Mamá, ¿qué quieres? —preguntó directa.

—Verás, había pensado que podrías venir a comer —ofreció la mujer—. A tu padre y a mí nos encantaría...

—Si van a estar Zack o Michael, olvídalos —afirmó rotunda.

—¿Qué problema tienes con tus hermanos? —preguntó Fiona frustrada.

Tricia soltó un suspiro exasperado.

—No tengo ningún problema con ellos, mamá. Simplemente no comparten la misma definición de «comida tranquila y familiar» que yo.

Fiona suspiró pesadamente, resignada a la dificultad de organizar encuentros familiares pacíficos.

—Tricia, cielo, son tus hermanos, deberías aprender a...

—A aceptar sus bromas pesadas y sus competiciones innecesarias, ¿verdad? —interrumpió ella, completando la frase para adaptarla a su parecer—. Lo he intentado, mamá, pero no todos somos tan aficionados a la adrenalina como ellos.

—Está bien, está bien. Entiendo —insistió Fiona con esperanza—. Entonces, ¿vendrás a comer, o no? Por favor —rogó finalmente, era una táctica que no le gustaba demasiado, pero que solía funcionar.

Tricia reflexionó por un momento mientras se mordía inconscientemente el labio inferior. Sabía que su madre estaba usando uno de sus trucos, Harper lo llamaría «coacción», pero no podía negarle nada porque la adoraba.

—Está bien, iré a comer, pero habla con esos dos neandertales.

Fiona rio suavemente al otro lado de la línea.

—Te lo prometo, cariño. Solo una comida tranquila en familia.

Tricia sonrió, aliviada por la respuesta de su madre.

—Está bien, estaré allí. ¿A qué hora?

—Digamos que al mediodía. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Nos vemos entonces.

Después de colgar, Tricia se permitió relajarse un poco. La perspectiva de enfrentarse a su familia siempre era un desafío, pero por alguna razón, la idea de compartir una comida sin incidentes le traía cierto alivio.

Mientras se preparaba para el día, no pudo evitar recordar la sonrisa juguetona de Lucien. A pesar de su actitud exasperante, no podía negar que algo en él despertaba su curiosidad. Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos y se dispuso a disfrutar del resto de su fin de semana, con la esperanza de que la comida en familia resultara más relajada de lo habitual.

Una hora después descendía por las escaleras, agradeciendo el aire fresco que acariciaba su rostro. La decisión de visitar a sus padres en el Rancho Bale la había tomado de improviso, pero algo en la conversación con su madre la había impulsado a conectarse con sus raíces y su familia, a la que extrañaba más de lo que era capaz de admitir.

Las llaves tintinearón en su mano, desbloqueó el vehículo y el motor cobró vida con un suave ronroneo. Tricia se acomodó en el asiento del conductor, dejando que la melancolía de la radio la envolviera.

El camino hacia el rancho le era más que conocido. Conducía por carreteras familiares, rodeada de paisajes que habían sido testigos de su infancia y que la transportaban a un tiempo más sencillo.

El polvo se alzaba en pequeñas nubes detrás del automóvil a medida que se internaba en el estrecho camino que conducía al rancho. Tricia recordaba los días en que montaba a caballo por aquellos senderos con su padre, explorando cada rincón junto a sus hermanos.

Al llegar frente a la casa apagó el motor y se bajó, aspirando el aire puro del lugar. Los recuerdos la envolvieron, y con cada paso hacia la entrada, la sensación de pertenencia se intensificó. Golpeó suavemente la puerta de madera y, después de unos segundos, la figura conocida de su madre apareció.

—¡Tricia! —exclamó Fiona con una sonrisa que iluminó su rostro—. No sabes cuántas ganas tenía de verte —confesó la mujer mientras la estrechaba fuertemente contra su pecho, a riesgo de asfixiarla.

—Mamá, por favor, que necesito respirar —dijo la joven con una sonrisa divertida.

—Lo siento, cariño, hace tanto que no te veía —afirmó Fiona apartándose de su hija a regañadientes.

—No seas exagerada, mamá, nos vimos hace un par de semanas.

—Sí, en el supermercado —replicó Fiona con el ceño fruncido al tiempo que le indicaba con un gesto de mano que entrara.

Una hora después, las risas resonaban en la cocina. Tricia ayudaba con la comida y compartía anécdotas de sus alumnos con su madre. Sin embargo, la atmósfera cambió ligeramente cuando, entre las risas, se escucharon pasos pesados acercándose desde el pasillo. La puerta se abrió y entraron Zachary y Michael, los hermanos mayores de Tricia.

—Mira quién ha decidido visitarnos hoy —bromeó Zachary, con una expresión de falsa sorpresa.

—Hola, Tricia. ¿Es que te has perdido y has acabado aquí? —añadió Michael, lanzando

una mirada burlona a su hermana.

Tricia puso los ojos en blanco al escuchar sus intentos de provocarla, pero no pensaba permitir que sus hermanos arruinaran el buen ambiente de la cocina.

—Hola, Zach, Mike. ¡Sorpresa! Ya veo que extrañabais mi encantadora presencia, ¿verdad? —respondió, con una mezcla de sarcasmo y humor.

—Por supuesto —replicó Zach al descubrir la mirada reprobatoria de su madre clavada en su persona.

—Claro —le secundó Mike peinándose el pelo con los dedos.

Poco después, la familia Bale se reunió en torno a la mesa. Durante la comida empezaron a rememorar viejas historias que hicieron sonreír a Fiona y Dexter, el patriarca de la familia.

—Mike, ¿recuerdas aquel verano en el lago cuando Tricia intentó remar y terminó volcando la canoa? —comentó Zachary, con una sonrisa traviesa.

—Fue divertido hasta que tuvimos que nadar hacia la orilla con la canoa a cuestas —añadió Michael, riendo.

Tricia suspiró pesadamente, resignada ante la inevitable exposición de las anécdotas más embarazosas de su infancia y adolescencia.

Los hermanos continuaron con sus bromas y competiciones, cada uno tratando de superar al otro con historias vergonzosas del pasado. Tricia, a pesar de su resistencia inicial, se vio envuelta en la risa contagiosa de los suyos. La tarde continuó con más risas y charlas. A pesar de las peculiaridades de sus hermanos, Tricia se dio cuenta de que, de alguna manera, disfrutaba de esos momentos caóticos y divertidos que solo una familia puede proporcionar.

Colt llegó a la casa de Harper bien entrada la tarde, después de haber completado sus labores en el rancho. Estacionó su *pick-up* frente a la casa y abrió la parte trasera para recuperar la caja de herramientas que necesitaría para la tarea que su hermana le había encomendado días antes a través de un mensaje desesperado. Al parecer, Liam estaba demasiado ocupado o simplemente no tenía ganas de lidiar con dicha labor. Había quedado harto tras montar los muebles de la oficina de Harper y no quería repetir la experiencia.

Con la caja de herramientas en una mano y una sonrisa amistosa, tocó la puerta.

—¡Colt, qué alegría verte! —expresó Harper con entusiasmo.

—He venido en cuanto he podido para montar la estantería —expresó Colt levantando la caja de herramientas con una gran sonrisa.

Harper rio suavemente, agradecida por la ayuda de su hermano.

—Eres mi salvavidas, Colt. Si no fuera por ti, mis libros seguirían en sus cajas eternamente —confesó con humor a modo de confidencia mientras se apartaba de la puerta para que su hermano entrara.

Colt entró y se dirigió hacia el salón, donde la estantería esperaba en su caja, lista para ser ensamblada. Al tiempo que organizaba las herramientas, Harper no pudo evitar preguntar:

—¿Cómo van las cosas por el rancho? Últimamente he estado muy liada y no he tenido tiempo de ir a veros —se excusó, algo avergonzada.

—Todo bien, no te preocupes —intentó tranquilizarla Colt—. Aunque hay algo que te va a sorprender —añadió con una sonrisa divertida.

—¿A qué te refieres? —preguntó Harper interesada.

—Al parecer, Hailey se ha empeñado en participar en la competición de monta y doma de

Bandera.

—¿Y? —cuestionó Harper sin entender.

—Pues que le ha pedido a Jared que sea su entrenador.

—¿Y qué ha dicho Brianna? —preguntó Harper, sabiendo que su amiga no tenía demasiada sintonía con su hermano mayor. Más bien, casi siempre acababan enzarzados en alguna discusión.

—Sorprendentemente, a pesar de que al principio se negó, al final ha aceptado que Hailey compita y que sea Jared quien la entrene.

La expresión de Harper reveló su sorpresa ante la noticia. Jared y Brianna, por lo general, no solían estar de acuerdo en muchos aspectos, y que Brianna aceptara que Jared fuera el entrenador de Hailey era, sin duda, algo inesperado.

—¿En serio? —preguntó Harper, con los ojos entrecerrados en un gesto de incredulidad—. Eso es increíble. ¿Cómo habrán logrado convencerla? —preguntó, sabiendo que su amiga no era de las que cedían fácilmente.

Colt rio suavemente y comenzó a atornillar las primeras piezas de la estantería con bastante pericia.

—No estoy seguro de todos los detalles, pero parece que Hailey fue bastante persuasiva —comentó con humor—. Me temo que nuestra nueva hermanita va a hacer de nosotros lo que le dé la gana —vaticinó.

—Eso parece —replicó Harper, reflexiva—. ¿Cuándo crees que Brianna nos dejará decirle la verdad? —lanzó la pregunta al aire.

—Me temo que no tengo respuesta para esa pregunta. Y, en todo caso, tú tienes más relación con ella que yo —le recordó su hermano.

—Me da miedo enfrentar la cuestión directamente. Sé que para Brianna todavía es un tema doloroso —confesó Harper.

—Lo comprendo —dijo Colt—, pero no puedes culparte por ello. Y cambiando de tema, ¿cómo va el bufete? —preguntó interesado.

Mientras Colt se ocupaba de ensamblar la estantería, Harper pasó a relatarle cómo había sido su día. Al parecer, estaba saturada de trabajo, algo que nunca hubiera imaginado cuando decidió ejercer su profesión de abogacía en Serene Falls. Su último caso había sido sobre una mujer que quería separarse de su marido por violencia de género. La mujer en cuestión vivía en un pueblo cercano y había decidido acudir a Harper para que su marido, que al parecer tenía poder en la zona, no pudiera influenciar a su posible abogado. El problema era que la pobre mujer no tenía demasiado dinero para costear sus honorarios y había quedado en que lo haría en cuanto encontrara un trabajo que la hiciera ser independiente de su abusador.

El sonido de las herramientas resonaba en la sala. Colt trabajaba, pero su atención estaba dividida entre la tarea que le mantenía ocupado y la historia que su hermana le contaba. La gravedad del caso y la responsabilidad que Harper sentía en su profesión se reflejaban en su expresión seria.

—Es un tema complicado, Harper. Pero estás haciendo un trabajo increíble al ayudar a esas personas que necesitan protección legal —comentó Colt, admirando la dedicación de su hermana.

Harper asintió con agradecimiento por las palabras de su hermano.

—Es solo que a veces siento que hay demasiada injusticia en el mundo y que no puedo abarcarlo todo. Pero bueno, paso a paso, ¿verdad?

—Exacto. Y siempre puedes contar conmigo para ayudarte a montar estanterías o escuchar tus historias complicadas de abogada. Por cierto —dijo Colt al recordar lo que le había sucedido unas noches antes, cuando estuvo a punto de atropellar a la hija de Mackenzie—, hay algo que creo que deberías saber.

—¿De qué se trata? —preguntó Harper, sorprendida.

—El otro día iba al bar Bluebonnet a tomarme una cerveza, cuando, de la nada, una niña apareció en medio de la calle. Casi se me sale el corazón del pecho y tuve que dar un frenazo de cojones —confesó, sintiendo que su corazón volvía a acelerarse.

—¿Quién era? —preguntó Harper preocupada—. ¿Le pasó algo a la pequeña?

—No, tranquila, gracias a Dios no pasó nada grave. Era la hija de tu amiga Mackenzie —contestó Colt, recordando el rostro de la pequeña, opaco por el miedo, y luego la aparición de sus padres. El recuerdo de la ira en el rostro de Leonard y la mejilla magullada de Mackenzie hizo que su cuerpo se tensara.

Harper dejó lo que estaba haciendo y se sentó en el sofá, interesada por la historia.

—¿Jenna? ¿Cómo es eso posible?

Colt asintió mientras continuaba ensamblando la estantería.

—Pasó de repente, y cuando bajé a comprobar cómo estaba, aparecieron sus padres, pero no parecían muy dispuestos a hablar. Noté algo extraño. Creo que algo no va bien en ese matrimonio —confesó Colt, aunque sabía que se estaba metiendo en un asunto que no le incumbía—. Pensé que deberías saberlo, ya sabes, por si acaso —añadió para justificar su relato.

Harper frunció el ceño, preocupada por la revelación de Colt. La mención de problemas en el matrimonio de Mackenzie no la dejó indiferente. Recordó que su antigua compañera no había podido asistir a las dos últimas cenas organizadas por las amigas.

—Eso suena grave —expresó en voz alta—. ¿Qué pasó después? —preguntó Harper, ansiosa por conocer más detalles.

Colt apretó los labios, reflexionando sobre cómo continuar.

—Bueno, cuando llegaron, Leonard estaba furioso. Mackenzie... —pronunció el nombre con cierto esfuerzo. Se sentía algo culpable por no haber hecho nada. ¿Pero qué podía hacer? Realmente no era asunto suyo— parecía asustada y preocupada. —No quiso mencionar su mejilla enrojecida, no fuera a ser que estuviera equivocado, que solo hubieran sido imaginaciones suyas—. Habla con ella —le pidió de repente.

Harper asintió, procesando la información. Colt había sido escueto, pero hilando situaciones pasadas con Mackenzie y algunas de sus reacciones, tenía cierta idea de lo que podía estar sucediendo. No por nada se había dedicado gran parte de su carrera a defender mujeres abusadas por sus maridos y sabía cómo solían comportarse. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?, se reprendió mentalmente.

—Esto suena mucho más complicado de lo que imaginaba —confesó sin ocultar su preocupación—. Te prometo que hablaré con ella —añadió Harper rotunda.

Colt dejó momentáneamente de ensamblar la estantería y miró a su hermana.

—¿Y ya está? —cuestionó molesto—. ¿Y ese tipo se va a ir de rositas? —insistió—. Estoy seguro de que él la había pegado —confesó finalmente.

—¿Tienes pruebas? —rebatía Harper, aunque entendía el malestar de su hermano—. No, ¿verdad? No es la primera vez que me enfrento a algo parecido. Deja que lo haga a mi manera —le pidió.

—Claro, perdona, tienes razón —contestó Colt volviendo a centrarse en su tarea.

CAPÍTULO 10

Serene Falls

Lucien Bolton paseaba por las calles de Serene Falls con paso lento, disfrutando de cada rincón de aquel encantador pueblo que contrastaba con la bulliciosa vida de la ciudad en la que se había criado. El aire fresco y limpio era un cambio bienvenido, y el murmullo apacible de la pequeña comunidad le resultaba tranquilizador.

Sus pasos lo llevaron hasta el edificio que había adquirido unos meses atrás. Contempló la fachada de ladrillos rojizos con expresión reflexiva, observando cómo la arquitectura, simple pero acogedora, se integraba perfectamente con el resto de construcciones de la zona centro del pueblo. Para Lucien, acostumbrado a los rascacielos y la jungla de cemento, era un gran cambio.

No obstante, su atención se desvió inevitablemente hacia el Bluebonnet, el bar ubicado en la parte baja del edificio. Había descubierto que el local gozaba de una reputación notable en el pueblo, al igual que el hombre que lo regentaba. Como si hubiera convocado su presencia con el pensamiento, en ese instante la puerta se abrió para dar paso Oliver Witman.

Era un hombre de madurez marcada. A sus sesenta y tantos años, su cabello castaño ya mostraba mechones de plata que conferían a su apariencia un aire distinguido. Las líneas en su rostro contaban historias de desafíos superados y experiencias acumuladas. Sus ojos avellana reflejaban la sabiduría adquirida a lo largo de los años, expresando una mezcla de calma y perspicacia. La barba, cuidadosamente recortada, enmarcaba su mandíbula firme, otorgándole un aire de seriedad matizado por la amabilidad que emanaba de su mirada.

En ese momento, cuando estaba a punto de cruzar la calle con la intención de enfrentarse al hombre para presentarse, cosa que había pospuesto demasiado, se cruzó en su camino Darrel Mayers, el alcalde del pueblo, a quien había conocido recientemente durante el proceso de solicitud de permisos para la remodelación del edificio.

—Buenos días, señor Bolton —saludó Darrel con amabilidad al tiempo que le tendía su mano—. ¿Dando un paseo por nuestro humilde pueblo? —preguntó, ya que imaginaba que Serene Falls debía ser algo muy diferente para él—. Espero que no nos juzgue demasiado duramente; no tenemos tantas comodidades como en la gran ciudad.

—De ninguna manera —rebatía Lucien con una ligera sonrisa, aunque no fue ajeno a cómo el señor Bluebonnet desaparecía a un par de calles de distancia—. Serene Falls ha resultado ser un lugar encantador.

—Me alegro de que le guste, y de que haya decidido invertir aquí —replicó Darrel, que no era estúpido. Había estado investigando a Bolton y había descubierto que era un pez gordo de Seattle.

—La verdad es que estaba cansado de la ciudad, y por eso tomé la decisión de mudarme a un lugar pintoresco como Serene Falls por una temporada. Necesitaba un break —dijo Lucien, aunque no era la verdadera razón de su estancia en el lugar.

—¿Y cómo le están tratando mis conciudadanos? —preguntó Darrel.

—Muy bien, la verdad, aunque he cometido un error.

—¿Cuál? —preguntó Darrel diligente.

—Ir al supermercado un domingo pensando que estaría abierto—confesó Lucien guiñándole un ojo a su interlocutor—. Tengo la nevera vacía, y me temo que tendré que ir a comer a un restaurante —comentó divertido.

—De ninguna manera, se viene a comer conmigo a la casa de mi hermano —afirmó Darrel rotundo.

—Gracias, pero no puedo aceptar su invitación —replicó Lucien algo cohibido.

—Tonterías, claro que puede. Además, no le vendría mal socializar un poco si piensa vivir aquí. Espero que le guste la comida casera, recientemente hemos descubierto que mi hermano Liam es un excelente cocinero. Lástima que solo haya demostrado sus dotes culinarias después de mudarse con su novia —dijo Darrel con humor.

—Está bien, señor Mayers —aceptó Lucien agradecido, apreciando la oferta de compartir una comida y conversación con alguien local. Aunque tenía asuntos pendientes, como revisar los últimos documentos que le había enviado su secretaria, la oportunidad de conocer más sobre Serene Falls a través de las experiencias de Mayers y su familia era algo que no podía rechazar.

Caminaron juntos hacia la casa de Liam, ubicada en una calle tranquila que emanaba ese característico ambiente acogedor de los pueblos pequeños. Darrel continuó compartiendo anécdotas sobre la comunidad, destacando los eventos locales y las tradiciones arraigadas en la historia del lugar.

Al llegar frente a la puerta de la casa, Darrel golpeó con los nudillos la madera, en un abrir y cerrar de ojos, esta se abrió para revelar a un hombre con una presencia tan imponente como la de Darrel, aunque su mirada era reservada. Liam Mayers, el *sheriff*, saludó al desconocido que acompañaba a su hermano con una inclinación de cabeza y una sonrisa amistosa.

—Lucien Bolton, este es mi hermano Liam. Liam, te presento a Lucien Bolton, un nuevo habitante de Serene Falls y dueño del edificio donde se encuentra el Bluebonnet —anunció Darrel, haciendo las presentaciones pertinentes—. Le he invitado a comer, espero que no te importe —añadió cruzando su mirada con la de su hermano.

—Por supuesto que no, siempre que te comprometas a fregar los platos —aceptó Liam con humor.

—¡Oh, vamos, Liam! ¿Cuándo narices piensas comprarte un lavavajillas? No estamos en el medievo —protestó Darrel.

—Un placer conocerte, Lucien —dijo Liam ignorando expresamente a su hermano—. Espero que disfrutes de la comida —añadió con calidez, ofreciéndole su mano amistosamente.

Lucien estrechó la mano de Liam con firmeza, devolviéndole la sonrisa.

—Gracias, es usted muy amable, señor Mayers.

—¡Oh, por favor, con Liam bastará! —exclamó haciendo un gesto de mano a los invitados—. ¿Y cómo te está tratando la gente? —preguntó el *sheriff* interesado mientras cruzaban el amplio pasillo.

—Pues la verdad es que he descubierto que los habitantes de Serene Falls son bastante hospitalarios —confesó Lucien con sinceridad.

Liam sonrió ante el comentario de Lucien y asintió.

—Siempre es agradable tener caras nuevas en el pueblo, pero si tienes algún secreto que ocultar no te confíes, nuestros conciudadanos son bastante cotillas —le advirtió con diversión.

Lucien sintió cómo su cuerpo se tensaba por una milésima de segundo, pero cuando descubrió una sonrisa en los labios de su interlocutor se relajó. Era cierto que él ocultaba un

secreto, y que el hermano del alcalde era agente de la ley, pero estaba claro que solo le estaba tomando el pelo.

—La comunidad aquí es acogedora, y he encontrado todo lo que necesito para establecerme cómodamente —expresó, agradeciendo la cálida bienvenida.

Al traspasar el umbral de la cocina, Darrel, Liam y Lucien se vieron envueltos en un aroma delicioso que saturaba el aire. El tintineo de voces femeninas indicaba claramente que no estaban solos. La atención de Lucien se dirigió hacia un rincón de la cocina, donde una mesa redonda estaba ocupada por tres mujeres deleitándose con copas de vino y un tentador aperitivo compuesto por una tabla de quesos.

Harper fue la primera en percatarse de la llegada de los hombres, y una sonrisa iluminó su rostro al dirigirse a Liam. Mientras tanto, Tricia experimentaba un nudo de nerviosismo en el estómago. Cuando sus ojos se encontraron con los de Lucien, un estremecimiento recorrió su espina dorsal, y su corazón latió con fuerza. Por su parte, Brianna pareció distanciarse, perdiéndose en sus propios pensamientos.

—Vaya, amor, no sabía que tendríamos invitados —comentó Harper levantándose para acercarse a ellos.

—Cielo, ya sabes que Darrel es de apuntarse a última hora. Y este es Lucien Bolton. Se ha instalado recientemente en Serene Falls.

—Encantada de conocerte, Lucien —exclamó Harper amigablemente, extendiendo la mano hacia él—. Soy Harper, la novia de Liam.

—Encantado, Harper.

Por su parte, Tricia intentaba pasar desapercibida, o eso pensó Lucien tras una mirada fugaz. Estaba quieta en su silla, con la mirada perdida sobre la superficie de madera, sin emitir ni un solo sonido.

—Y estas dos —añadió Harper de manera divertida— son mis mejores amigas, Brianna Chapman y Tricia Bale.

—Tengo entendido que sois vecinos, ¿verdad? —preguntó Liam, volviendo su atención a Lucien.

—Sí, así es —replicó él escuetamente—. Me alegra verte, Tricia —añadió educadamente.

—Hola, Lucien. Bienvenido —respondió la joven con cierto esfuerzo—. Espero que disfrutes de la cena —añadió, elevando la cabeza para encontrarse con la mirada divertida de él, que parecía disfrutar con su incomodidad.

—Gracias, Tricia. Estoy seguro de que será maravillosa, considerando la compañía —replicó él a sus palabras.

Veinte minutos después, la mesa estaba decorada con una variedad de delicias que convertían el lugar en un festín. Platos humeantes ocupaban el centro: un asado jugoso acompañado de guarniciones de verduras frescas y gratinado de patatas. El aroma tentador de hierbas y especias inundaba la cocina, despertando el apetito de todos los presentes.

El bullicio amistoso continuó en la mesa mientras todos se acomodaban y comenzaban a disfrutar de la succulenta cena preparada por Liam. La charla se extendía, abordando anécdotas divertidas y chismes ligeros que fluían como el vino que Harper servía con entusiasmo.

Liam, el *sheriff*, se involucraba en la conversación con su característico humor, compartiendo historias de la comunidad y haciendo reír a todos. Lucien, a pesar de ser nuevo en Serene Falls, se integraba con naturalidad, respondiendo con ingenio y participando activamente en las bromas y risas.

Tricia, sin embargo, luchaba contra la incomodidad que sentía en presencia de Lucien. Su nerviosismo persistía, y sus respuestas eran breves, como si temiera revelar demasiado de sí misma.

Lucien, por su parte, percibió la tensión y no pudo evitar sentirse intrigado por la reacción de la joven. Cada vez que sus miradas se cruzaban, percibía una mezcla de nerviosismo y curiosidad en los ojos de ella.

Harper, observadora silenciosa de la situación, notó la dinámica peculiar de su amiga y el recién descubierto señor Bolton. Su mirada perspicaz se posó en Tricia, detectando el sutil juego de emociones que se reflejaba en su expresión. Eran amigas desde la infancia, conocía los secretos y pensamientos más íntimos de la joven y estaba segura de que aquel atractivo hombre no le era indiferente.

—Tricia, ¿se puede saber qué está sucediendo? —preguntó Harper en voz baja, inclinándose hacia la aludida para que nadie escuchara sus palabras.

—Nada —mintió ella con sobresalto. No esperaba una pregunta tan directa.

—¡Oh, vamos, no mientas! —replicó Harper esforzadamente en un susurro—. La tensión entre tú y ese hombre podría cortarse con la hoja de un cuchillo. Por no hablar de que no nos habías contado que el tipo misterioso de la otra noche de chicas es el mismo que ahora está en esta mesa y que resulta ser tu vecino.

—¡Harper, por favor, podría oírte! —protestó Tricia incómoda.

—Lo siento —se disculpó Harper—, pero comprende que me preocupe por ti —intentó excusar su curiosidad.

Tricia pudo ver el arrepentimiento en el rostro de su amiga, y finalmente se atrevió a confesar lo que la atormentaba.

—La presencia de Lucien me pone nerviosa, y no sé por qué. Es como si hubiera algo más, algo que no entiendo.

—¿Podría ser atracción sexual? —cuestionó Harper con una sonrisa divertida dibujada en sus labios.

Tricia abrió sus ojos como platos y no pudo evitar fruncir el ceño, pero antes de que pudieran profundizar en la conversación, Darrel propuso un brindis, desviando la atención de la charla. La velada continuó entre bromas y risas, pero el misterio alrededor de la conexión entre Tricia y Lucien permanecía latente en el aire.

CAPÍTULO 11

La última risa resonó alegremente en la mesa, marcando el final de una deliciosa cena. Los platos, ahora vacíos, y las copas, medio llenas, testificaban la culminación de una velada sumamente agradable. Con su habitual efusividad, Darrel propuso un brindis final.

—¡Por la familia y la amistad! —exclamó, levantando su copa.

Todos siguieron su ejemplo, brindando con alegría. Sin embargo, en medio de la celebración, Tricia sintió la necesidad de salir de la casa cuando accidentalmente su piel se rozó con la de Lucien y sus miradas se encontraron por una milésima de segundo. Durante toda la cena, la presencia de aquel hombre la había incomodado más de lo que estaba dispuesta a admitir, y eso la preocupaba.

Cuando la oportunidad se presentó, Tricia se levantó con cautela, expresando brevemente su gratitud por la hospitalidad de sus anfitriones. Sin embargo, su intento de retirarse fue interrumpido por la voz amigable de Harper.

—¡Oh, Tricia, no puedes irte tan pronto! —protestó su amiga—. ¿No te apetece un postre o algo más? —añadió con amabilidad.

—No, de verdad, estoy llena —afirmó Tricia con una sonrisa.

—¿Quieres que te lleve? —se ofreció Harper, quien no veía con buenos ojos la idea de que su amiga se aventurara sola hasta su piso, al otro lado del pueblo, tan tarde.

Antes de que Tricia pudiera articular una respuesta, Lucien intervino con cortesía.

—Harper, no te preocupes, me encargaré personalmente de que llegue a casa sana y salva. Vamos en la misma dirección, recuerda que somos vecinos —dijo, guiñándole un ojo de manera juguetona mientras esbozaba una sonrisa pícara—. Y a mí tampoco me vendría mal un paseo nocturno por Serene Falls —añadió, frotándose el vientre como si hubiera ganado varios kilos en un par de horas.

La propuesta de Lucien sorprendió a Tricia, quien no había anticipado ese giro en la situación. Lo miró con una mezcla de frustración y malestar.

—Muchas gracias, Lucien —dijo Harper con una sonrisa amable, aunque no le pasó desapercibida la mirada asesina que le dedicó su amiga.

Finalmente, ambos abandonaron la casa al mismo tiempo. El exterior estaba bañado por la luz de la luna, y el aire fresco de la noche acariciaba sus rostros.

Durante un tiempo indeterminado, caminaron juntos en silencio. Tricia se sentía atrapada en esa situación, maldiciendo su mala suerte al tiempo que intentaba mantener una distancia prudente con ese hombre que alteraba sus sentidos.

—¿No vas a hablarme en toda la noche? —preguntó Lucien, rompiendo el silencio que los envolvía.

Tricia, sorprendida, giró su rostro y se encontró con sus ojos azules, oscuros y penetrantes, que la observaban con atención. Parecía un científico estudiando el extraño comportamiento de algún animal salvaje.

—Aprecio que me acompañes a casa, pero podrías haberte quedado disfrutando de la compañía de los demás —contestó finalmente.

Él dejó escapar una risa suave, provocando un sonido que reverberó en la tranquilidad de

la noche.

—Oh, pero la compañía que prefiero está justo a mi lado en este momento —respondió con una sonrisa juguetona.

Tricia apretó los labios, incómoda con la seductora contestación. Era plenamente consciente de la tensión que había surgido entre ellos, pero no pensaba caer en la trampa en la que él parecía dispuesto a atraparla. Ese hombre tenía algo que la desconcertaba, una mezcla de misterio y peligro que la inquietaba profundamente.

—No deberías preocuparte, puedo cuidar de mí misma —murmuró, tratando de mantener su tono firme—. Además, Serene Falls es una comunidad tranquila donde nunca pasa nada —añadió.

Lucien la miró con una expresión intensa, y en sus ojos descubrió un destello de desafío.

—No lo dudo, pero hay otro motivo por el que me he ofrecido a acompañarte —dijo mientras elevaba su rostro y estudiaba las estrellas.

—¿Cuál? —preguntó Tricia, y se maldijo al instante por ello.

—Me gusta estar contigo, así de simple —zanjó Lucien la cuestión.

Tras esas últimas palabras, el silencio volvió a envolverlos. A medida que avanzaban por la amplia acera iluminada por farolas que proyectaban una luz amarillenta, Tricia se esforzaba por mantener sus emociones bajo control. Lucien la hacía sentir vulnerable, pero también despertaba en ella un anhelo profundo. Intentaba recordar las razones por las que debía mantenerse alejada de él, según lo dictaba su instinto, pero la atracción que sentía cuando él estaba cerca se volvía cada vez más difícil de ignorar.

Lucien, por su parte, se sentía intrigado por Tricia. Parecía una mujer fuerte, independiente y orgullosa, y a su vez, su dulzura le recordaba a un algodón de azúcar rosado que le invitaba a probar uno de los sabores que más añoraba de su infancia. Eso le hizo recordar la subida de azúcar que tuvo una vez en la feria, cuando se pegó un atracón de caramelos y refresco y tuvieron que llevarlo a urgencias.

Cada uno iba perdido en sus propios pensamientos cuando llegaron al edificio donde se encontraban sus apartamentos. Subieron las escaleras en completo silencio, y cuando Tricia sacó la llave y estaba a punto de abrir la puerta, la voz de Lucien detuvo su movimiento.

—¿Sabes, Tricia? —comentó Lucien, situado a la espalda de la joven—. A veces, el peligro puede estar más cerca de lo que pensamos. A veces, incluso puede ser lo que más deseamos.

Ella giró su cuerpo por completo y lo miró con curiosidad, buscando respuestas a sus enigmáticas palabras. Sin embargo, toda esa búsqueda se desvaneció de su mente cuando la tensión entre ambos se volvió palpable, como una corriente eléctrica fluyendo entre sus cuerpos.

El rellano compartido parecía encogerse a medida que Tricia y Lucien se enfrentaban el uno al otro. El silencio, interrumpido solo por el suave murmullo de la noche, hacía crecer el magnetismo entre los dos. Lucien, incapaz de resistirse a la atracción, inclinó su rostro y, con una determinación apasionada, la besó. Fue un beso que comenzó con suavidad pero que rápidamente se convirtió en una vorágine de emociones intensas.

El mundo alrededor de Tricia se desvaneció cuando se entregó al beso ardiente de Lucien. Cerró los ojos, dejándose llevar por la oleada de sensaciones que la envolvía. Él la sostenía con firmeza, como si temiera que fuera a desaparecer si la soltaba.

Cuando finalmente se separaron, Tricia se encontró sin aliento y su corazón latiendo desbocado. Aturdida, se apartó de Lucien y del calor que emanaba de su cuerpo y se giró con

virulencia hacia la puerta de su apartamento, por la que desapareció a toda velocidad, como si el mismísimo diablo la persiguiera.

Lucien, por su parte, se quedó allí plantado, con una sonrisa divertida asomando a sus labios a pesar de la frustración que embargaba su cuerpo.

—Pequeña brujita cobarde —susurró al tiempo que daba la vuelta y caminaba hasta su propio apartamento.

*Seattle,
unos meses antes*

La elegante ciudad de Seattle, iluminada con cientos de luces, se extendía ante la terraza de un lujoso restaurante situado en un rascacielos. La familia Bolton disfrutaba de una cena familiar. Lucien, el hijo mayor, lucía un impecable traje oscuro que resaltaba su presencia imponente y su aspecto exitoso. Sus padres, Mark y Evelyn Bolton, irradiaban orgullo mientras compartían anécdotas y risas con sus hijos en medio de la animada conversación.

—Lucien, no dejas de sorprendernos con tus éxitos. Esa última adquisición de la empresa ha sido brillante —comentó Mark, levantando su copa en un brindis no solo por los negocios, sino también por la familia.

—Gracias, papá. Solo me aseguro de mantener el legado familiar —respondió Lucien con modestia, aunque sus ojos revelaban la satisfacción por sus logros.

La hermana menor de Lucien, Victoria, una mujer elegante y decidida, observó a su hermano con una chispa de curiosidad en los ojos. El día anterior había estado comiendo con una amiga y le había contado un rumor sobre su hermano que la tenía desconcertada, pero no quería expresar sus dudas delante de sus padres por si era un chisme más, otro de los muchos que pululaban en su círculo sobre su exitoso y atractivo hermano mayor.

Cuando Mark y Evelyn decidieron internarse en la pista, donde sonaba una dulce melodía, fue el momento que Victoria aprovechó para dar rienda suelta a su curiosidad.

—Lucien, he escuchado algunos chismes de lo más jugosos sobre ti.

—¿Y qué tiene de raro eso? —preguntó el aludido con una sonrisa burlona.

—Bueno, solo quiero confirmar si es cierto o no.

—Está bien, ¿de qué se trata? —preguntó Lucien con un deje de aburrimiento en la voz al tiempo que se llenaba la copa de vino.

—Se dice que has contratado al mejor detective privado de la ciudad, ¿es cierto? —preguntó Victoria directa.

Lucien, consciente de la mirada interesada de su hermana pequeña, asintió con una sonrisa leve.

—Sí, no voy a mentirte.

—¿Y para qué? —preguntó Victoria sin comprender.

—Digamos que estoy investigando algo de mi pasado —respondió evasivamente, sin entrar en detalles.

Victoria, siempre curiosa, no dejó pasar la oportunidad para seguir indagando.

—Y también me llegó la noticia de que has comprado un edificio en un pequeño pueblo de Texas. ¿Hay algo que estés ocultando, hermanito?

Lucien soltó una risa ligera, disfrutando del juego de su hermana, pero interiormente se sintió contrariado. Había pensado que estaba siendo discreto sobre aquel asunto, pero parecía que no lo suficiente.

—He decidido invertir en un nuevo proyecto lejos de Seattle, no hay mayor misterio, pero no quiero que papá se entere antes de tiempo. Ya sabes que no está muy de acuerdo con la idea de expandirse —comentó para justificar sus acciones.

—Oh, vamos, Lucien. Los dos sabemos que hay algo más. Comprende que me inquieta tu actitud. Eres conocido por ser un hombre cabal, concienzudo y exitoso. Si no fuera por tu afición a las mujeres, no tendrías mácula en tu historial.

Lucien clavó la mirada en el rostro atractivo de su hermana y la estudió. Victoria había hecho un retrato bastante exacto de su persona, pero le había sorprendido descubrir en su tono de voz la preocupación.

—¿En serio estás intranquila por mis asuntos, Victoria? —preguntó alzando una de sus oscuras cejas.

Su hermana asintió con un gesto de cabeza, dejando ver un destello de vulnerabilidad en sus ojos marrones, tan diferentes a los azules de él.

—Eres mi hermano, Lucien. A veces me pregunto si detrás de esa fachada segura hay algo más que no permites que nadie vea para poder protegerte, pero recuerda que yo nunca haría nada que pudiera dañarte.

Lucien suspiró, reconociendo la sinceridad en esas palabras. Se inclinó ligeramente hacia ella y adoptó un tono confidencial.

—Cielo, lo sé, pero hay ciertos asuntos que es mejor que maneje con total discreción. No quiero que te preocupes innecesariamente.

—Entiendo, Lucien. Pero no dejes que esos asuntos personales afecten al resto de tu vida, a nosotros. De verdad que me tienes preocupada —afirmó con rotundidad.

—Está bien —aceptó a regañadientes—, te prometo que cuando tenga todo más claro, serás la primera en conocer la verdad. De momento solo te puedo confirmar la localización del edificio que he comprado. Está situado en Texas, como bien sabes, en un pequeño pueblo llamado Serene Falls.

—¿Serene Falls? Suena como el nombre de un lugar tranquilo y pacífico. ¿Qué interés puedes tener allí? ¿Y qué pinta en todo eso un investigador privado? —insistió con cabezonería.

—Victoria, por favor, no le des más vueltas —le rogó Lucien con expresión cansada—. Te juro que te contaré todo en cuanto tenga claro lo que voy a hacer. Y por favor, no comentes nada con papá y mamá. Será un secreto entre nosotros —le rogó.

—Está bien —aceptó Victoria a regañadientes, aunque su gesto se torció, delatando su malestar.

—¿Por qué no hablamos de algo más ligero? —propuso Lucien, dispuesto a cambiar radicalmente de tema—. ¿Cómo va tu vida amorosa?

—Está bien, Lucien —cedió Victoria, decidida a darle un respiro—. Dejando de lado tus misterios, he conocido a alguien interesante —confesó.

La expresión de Lucien cambió de seria a curiosa.

—Ah, ¿sí? Cuéntame más. ¿Quién es el afortunado?

Victoria compartió detalles sobre el hombre que había conocido recientemente, describiendo su personalidad, intereses y cómo se habían encontrado. Lucien escuchaba con atención, y Victoria notó que su hermano mayor mostraba un genuino interés en su vida.

amorosa.

—Bueno, parece que has encontrado a alguien interesante —comentó él con una sonrisa—. Solo asegúrate de no dejarte llevar por las apariencias —le aconsejó.

Victoria sonrió, enternecida por los desvelos de su hermano. La noche continuó con risas y conversaciones ligeras, pero la sombra de los secretos que Lucien ocultaba persistía en la mente de Victoria.

CAPÍTULO 12

*Serene Falls,
unos días después*

Harper enfiló la calle principal con paso firme. Llevaba varios días dando vueltas a cómo enfrentar el asunto de Mackenzie y había determinado que lo mejor era actuar de frente, aunque le costaba, porque era una de sus mejores amigas. Poco después llegó a la casa en cuestión, con un nudo en el estómago. Al tocar el timbre, la puerta se abrió y su amiga la recibió con sorpresa en su rostro.

—Harper, ¿qué haces aquí? —preguntó Mackenzie, visiblemente incómoda.

—¿Podemos hablar? —pidió Harper, ya que no quería mantener aquella conversación en la calle.

Mackenzie dudó, pero finalmente se apartó de la puerta y la invitó a entrar con un gesto de mano. Cruzaron la casa a través de un estrecho pasillo y llegaron a la cocina.

—¿Quieres un café? —preguntó Mackenzie por compromiso.

—No, gracias, acabo de tomar uno —mintió Harper.

—Bien, pues tú dirás —dijo Mackenzie cruzándose de brazos y mirando a su amiga.

—Está bien, iré al grano —afirmó Harper—. Colt me contó lo del incidente con Jenna el otro día y lo de tu mejilla. Estoy aquí porque me preocupa. ¿Todo está bien?

Mackenzie desvió la mirada y maldijo a Colt Duncan por ser un bocazas. No podía evitar sentirse violenta con la situación.

Mientras esperaba la respuesta, Harper estudió la cocina. Todo parecía ordenado y limpio, pero notó que la puerta tenía golpes y algunos muebles mostraban desperfectos evidentes. La tensión en el ambiente era palpable, como si cada rincón de la casa guardara secretos.

—Mackenzie, ¿qué está pasando aquí? —insistió Harper.

—No sé por qué Colt te contaría algo así —replicó Mackenzie con brusquedad—. Fue solo un pequeño susto, nada grave. Y sobre mi mejilla, fue un accidente doméstico, no tiene importancia —respondió Mackenzie, tratando de restar magnitud a la situación.

Harper no estaba convencida y se acercó a ella con expresión seria.

—Te conozco lo suficiente como para saber cuándo algo no está bien. No estoy aquí para juzgarte ni meterme donde no me llaman, pero si necesitas ayuda o alguien con quien hablar, estoy aquí para ti. No puedes cargar con todo sola.

Mackenzie evitó la mirada de Harper, pero sus ojos reflejaban una mezcla de frustración y vulnerabilidad.

—No es nada que no pueda manejar, Harper. De verdad, aprecio tu preocupación, pero no hay necesidad de que te involucres.

Harper suspiró y decidió no presionar más en ese momento, pero estaba determinada a seguir de cerca la situación. Sabía que algo no cuadraba y no iba a ignorarlo.

—Está bien, Mackenzie. Pero recuerda que puedes contar conmigo si cambias de opinión. No estás sola en esto.

Harper se despidió de Mackenzie, pero al salir de la casa, su mente seguía trabajando en busca de respuestas. Sabía que la situación requeriría más que unas palabras tranquilizadoras, y estaba dispuesta a descubrir la verdad detrás de la aparente normalidad que Mackenzie intentaba proyectar. No era el primer caso de esas características al que se enfrentaba, y lamentablemente no sería el último.

Serene Falls

Brianna había decidido dedicar la tarde a la clínica, que últimamente tenía descuidada. Quería revisar minuciosamente los registros médicos de los animales de varios ranchos. Su trabajo se vio interrumpido abruptamente cuando su teléfono empezó a sonar insistentemente. Con renuencia, extendió la mano y atrapó el dispositivo, sintiendo que su respiración se detenía al descubrir el nombre en la pantalla. Con premura, respondió la llamada.

— Jared, ¿qué sucede? ¿Hailey está bien? —inquirió con rapidez, dejando que la preocupación resonara en su voz.

— Buenas tardes, Brianna —saludó Jared con tranquilidad—. No es Hailey; supongo que está en casa. No tuvimos entrenamiento hoy —aclaró.

Brianna sintió cómo la presión disminuía, pero la vergüenza se apoderó de ella.

—Lo siento, Jared. Tengo tantas cosas en la cabeza —confesó.

—No te preocupes, lo entiendo —respondió él con amabilidad.

—Entonces, si no se trata de Hailey, ¿qué necesitas de mí? —inquirió confundida.

—Es una urgencia —reveló Jared—. Estoy en los pastos del sur, y una de mis vacas está en proceso de parto. Llevo más de una hora intentando ayudar con el nacimiento, pero no hay manera —explicó concisamente.

Jared, un ganadero experimentado, había enfrentado muchas situaciones parecidas, pero esta vez reconocía que era necesario contar con la ayuda de un profesional.

—Estaré allí en veinte minutos —dijo Brianna al tiempo que recogía los papeles dispersos por su mesa, captando la urgencia en la voz de Jared antes de cortar la llamada.

Se apresuró a salir de la clínica, cerrando la puerta con llave. No perdió tiempo y se dirigió hacia su robusta camioneta *pick-up*, encendiendo el motor con determinación. La adrenalina corría por sus venas mientras se dirigía hacia los pastos del sur del rancho Moonlight.

Cuando llegó al lugar, descubrió a Jared arrodillado junto a una vaca. El aire estaba cargado de tensión, y los sonidos de la naturaleza se mezclaban con los mugidos angustiados de la vaca que protestaba.

Brianna se acercó con paso seguro, llevando consigo su maletín médico. El rostro concentrado de Jared estaba marcado por la preocupación y el esfuerzo.

—Jared, ya estoy aquí, he venido lo antes posible —dijo Brianna, situándose a su lado junto al dolorido animal.

Jared levantó la mirada, revelando una mezcla de alivio y gratitud al verla.

—Brianna, gracias por venir tan rápido. Tengo la sensación de que la cría viene mal colocada.

Ella se agachó junto a él, evaluando la situación. La vaca se retorció en el suelo, evidenciando su incomodidad. Brianna palpó su hinchado abdomen y comprobó que Jared tenía

razón en el diagnóstico: la cría venía de nalgas.

—Vamos a resolver esto, Jared, pero necesito que te concentres en mantener a la vaca tranquila, ¿de acuerdo?

Jared asintió con determinación y comenzó a acariciar con suavidad el costado de la res, susurrándole palabras tranquilizadoras. Brianna, por su lado, se sumergía en la difícil tarea de entrar en el interior del cuerpo del animal para aferrar y agrupar sus patas. La tensión en el aire era palpable. Brianna trabajaba diligentemente para reposicionar al ternero, y Jared, con paciencia, sostenía a la vaca, ofreciéndole consuelo en el duro trance que atravesaba.

Después de casi una hora, Brianna logró con destreza facilitar el nacimiento del ternero. La vaca, agradecida y exhausta, se recostó, y Jared sostuvo en brazos al pequeño recién nacido. La emoción y el alivio se reflejaron en su rostro.

—No sé cómo agradecértelo —dijo Jared mientras dejaba al ternero junto a su madre—. Sin tu ayuda esto habría salido de otra forma muy distinta.

Brianna sonrió, agradeciendo el cumplido.

—Es mi trabajo, y me encanta —confesó con una sonrisa tierna en los labios.

—Sí, se nota que naciste para esto —afirmó Jared, aunque sus pensamientos estaban en otro lugar.

Jared, situado a poca distancia de Brianna, era incapaz de apartar la mirada de su dulce rostro. Su piel, normalmente clara, en ese momento estaba ligeramente coloreada en sus mejillas, denotando el esfuerzo realizado y la excitación del momento.

Conocía a Brianna desde que era una niña traviesa con su llameante pelo rojo confinado en dos largas trenzas, pero la Brianna que tenía ante sí nada tenía que ver con esa niña o la adolescente desgarbada que la siguió. Ahora era una mujer extremadamente atractiva que estaba alterando su respiración y su ritmo cardíaco.

Era verdad que había intentado negar lo que había despertado en él en los últimos tiempos, pero ya no podía tapar el sol con un dedo. Se sentía irremediablemente atraído por ella. Sin ser consciente de lo que hacía, se acercó a ella un poco más, acortando la distancia que separaba sus cuerpos, y elevó su mano para poder rozar con los dedos su suave mejilla, acariciándola con ternura y dejándose llevar por el deseo contenido.

Brianna sintió que su corazón golpeaba fuertemente contra su pecho cuando los dedos de Jared, ásperos por el duro trabajo, acariciaban su piel. Parecía que sin saberlo había estado esperando aquello con todo su ser, y no pudo evitar que un leve gemido escapara de su garganta.

Sin decir una palabra, Jared inclinó su cabeza y descendió hasta que sus labios se encontraron en una suave y tenue caricia. Pero nada comparado a cuando sus lenguas entraron en contacto y sus sabores se mezclaron en uno solo. Fue entonces cuando comenzó una lucha donde no habría vencedor o vencido.

Jared cerró los ojos, disfrutando de cada roce, de cada caricia, pero parecía que no tenía suficiente, lo quería todo de Brianna. En las últimas semanas había fantaseado en más de una ocasión con probar aquellos labios, a pesar de saber que era la peor idea del mundo, pero ahora que lo había conseguido, quería mordisquear y saborear cada centímetro de su piel. No era suficiente con el dulce sabor de su boca, por no hablar de su olor embriagador, que logró que su masculinidad engrosara en milésimas de segundo. Todo en ella le atraía de una forma animal que le desconcertó.

Brianna se sentía igual de perdida que él en la marea de la pasión. El deseo, que apenas había probado en su vida, se volvió algo oscuro con la proximidad de Jared, peligroso e incitante.

Sin embargo, en su cabeza se encendió una voz de alarma. Su mente comenzó a tejer una red de pensamientos. La realidad se coló en su éxtasis, recordándole la complejidad de la situación en la que se encontraban: había demasiadas cosas que les separaban.

En un instante de claridad, Brianna colocó sus manos sobre el amplio pecho y se separó de Jared. Instintivamente, sus ojos buscaron los de él con una mezcla de remordimiento y angustia.

—Esto no debería haber sucedido —expresó con su voz temblando ligeramente y dando unos pasos hacia atrás.

Jared frunció el ceño, confundido y frustrado por la repentina retirada de Brianna. Pero antes de que pudiera expresarse, ella continuó.

—Ha sido un error. Por favor, te pido que no vuelvas a besarme nunca más. Si no lo haces por mí, hazlo por Hailey —rogó Brianna con voz angustiada.

Antes de que Jared pudiera articular palabra, ella corrió hacia su *pick up*. Subió rápidamente al vehículo, arrancó el motor y se alejó, dejando atrás el rancho Moonlight y a un Jared Duncan completamente excitado y desconcertado.

Mientras Brianna conducía por el polvoriento camino hacia el criadero de caballos, sus manos temblaban sobre el volante. El viento soplaba a través de la ventanilla abierta, acariciando su rostro acalorado, cosa que agradeció. El corazón le latía con fuerza y su mente estaba inundada de pensamientos caóticos.

«¿Habré tomado una buena decisión?», se preguntó una y otra vez, sintiendo una mezcla de dolor y confusión. Aunque intentaba convencerse de que poner fin a aquel beso y lo que habría venido después era lo correcto, una parte de su ser lamentaba no haberse dejado llevar por lo que su cuerpo pedía a gritos.

La carretera se extendía ante ella, pero su mente estaba atrapada en un laberinto de emociones. Apretó los dientes con determinación, tratando de dejar atrás las dudas y centrarse en la carretera.

Necesitaba tiempo para procesar lo ocurrido y encontrar una forma de lidiar con las complejidades de la situación que se le presentaba. Todo habría sido más fácil si Jared no estuviera entrenando a Hailey, si no tuviera que verle todos los días, si nada enlazara sus vidas. Pero la situación era la que era y tendría que buscar la manera de controlar lo que Jared la hacía sentir. Tendría que poner una distancia prudencial entre ellos hasta que esa absurda atracción desapareciera.

CAPÍTULO 13

*Rancho Moonlight,
un tiempo después*

Tras asegurarse de que la vaca y el ternero estaban bien, Jared se subió a su caballo y cabalgó hasta la casa. Le dio la bienvenida la soledad de un hogar vacío. Sabía que Colt había quedado con su amigo Michael y que Moira tenía la noche libre.

Después de darse una ducha, se vistió con ropa limpia y bajó a la cocina, donde calentó la comida que Moira les había dejado en el horno para cenar. Luego se sentó frente al televisor, pero se sentía como un animal enjaulado. Su cabeza no dejaba de rememorar el tórrido beso que había compartido con Brianna y el deseo tensaba su cuerpo.

—¡Maldita sea! —exclamó frustrado, apagando la televisión y levantándose del sofá antes de caminar con paso enérgico hasta el exterior.

Veinte minutos después, llegó a Serene Falls y aparcó frente al Bluebonnet. Era una tranquila noche de miércoles, y, como esperaba, el local estaba casi vacío. Se acercó a la barra, donde Oliver estaba colocando unas botellas en la cámara, y ocupó uno de los taburetes altos.

Jared se hundió en el asiento, con expresión de desánimo. El suave murmullo de la música *country* de fondo creó un ambiente melancólico que reflejaba su estado de ánimo.

Oliver terminó su tarea y se giró para dar la bienvenida a Jared mientras cogía un trapo para empezar a secar vasos. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció al ver la expresión en el rostro de su cliente.

—Jared, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

Este suspiró profundamente antes de responder, su mirada estaba fija en el vaso vacío que Oliver estaba secando con el trapo.

—No, Oliver, no estoy bien. Necesito hablar de esto que tengo aquí —dijo señalando su pecho con un dedo—. Llevo tiempo intentando ignorarlo, pero hoy me he dejado llevar y la he besado.

—¿A quién has besado?

—A Brianna —confesó Jared con abatimiento.

—¿Brianna Chapman? —Abrió la boca con sorpresa. Conocía la historia de ambas familias y sabía la complicación que podía suponer aquel beso.

Jared, ajeno a los pensamientos de Oliver, le relató la historia, desde el beso apasionado hasta el repentino rechazo de Brianna y su sensación de desconcierto.

—No sé qué hice mal, Oliver. Pensé que estábamos en la misma sintonía, pero... ella me rechazó. Fue como un puñal en el corazón.

Oliver salió de la barra, se sentó en un taburete junto a Jared, y le puso una mano reconfortante en el hombro para mostrarle su apoyo. Podía comprender la confusión de Jared, su malestar, y a su vez empatizaba con Brianna, que seguramente se había percatado de las consecuencias de una posible relación entre ambos después del escándalo que supuso el conocimiento de la relación existente entre el padre de Jared y su madre estando casada.

—A veces las personas tienen sus propios tiempos y razones. No todos procesamos las

cosas de la misma manera —expresó sabiamente.

Jared asintió, aunque la frustración seguía reflejada en sus ojos.

—Supongo que tienes razón. Pero ¿cómo manejo esto? Me siento tan perdido.

—Dale tiempo, amigo. Las cosas no siempre suceden como queremos, pero eso no significa que no puedan mejorar.

—Espero que tengas razón —afirmó Jared con un gesto de cabeza.

Sentía que la carga que llevaba sobre sus hombros se aligeraba un poco con las palabras comprensivas de Oliver, que se había convertido en una especie de padre para él desde que el suyo murió. Cuando tenía cualquier problema o duda, el dueño del Bluebonnet era la única persona en la que podía confiar para pedir un consejo.

*Serene Falls,
al día siguiente*

Mackenzie estacionó su coche frente a la escuela y suspiró profundamente mientras observaba a sus hijos dirigirse hacia la entrada. Después de despedirse con un gesto de mano, sintió la necesidad de enfrentar el nuevo día con algo reconfortante, y decidió dirigirse al Darks Café. El tintineo del timbre resonó cuando entró, y el envolvente aroma a café recién hecho la recibió.

Louise Keller, la propietaria del lugar, la saludó con una cálida sonrisa desde el mostrador, y Mackenzie no dudó en dirigirse directamente hacia ella. Louise había sido la mejor amiga de su madre.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no venías a visitarme —le reprochó Louise.

—He estado muy ocupada —se excusó Mackenzie, aunque la verdad era que Leonard no aprobaba sus visitas a la cafetería. Según él, Louise era una chismosa, y no le gustaba que Mackenzie se relacionara con ella. Aunque, para ser justos, a Leonard no parecía gustarle nadie.

—Te veo más delgada —observó Louise, clavando la mirada en el rostro demacrado de Mackenzie—. No me digas que te has apuntado a una de esas dietas que están tan de moda —añadió con el ceño fruncido.

—No, por supuesto que no —replicó Mackenzie con una sonrisa tímida—. Es simplemente el estrés de la vida cotidiana.

—Pues vamos a solucionar eso, tengo un remedio infalible —afirmó al tiempo que se giraba y tomaba una taza. En cuestión de segundos, volvió a situarse frente a Mackenzie con una humeante taza de café y un plato que sostenía una generosa ración del bizcocho de limón, su favorito—. Disfruta de tu desayuno —dijo Louise, guiñándole un ojo antes de atender a otro cliente que esperaba su turno.

Mackenzie agradeció con una sonrisa las consideraciones habituales de Louise y se encaminó hacia una mesa cercana, buscando un momento de calma. Dejó la taza y el plato sobre la mesa antes de sentarse.

Al dar el primer sorbo a su café, Mackenzie sintió el amargo elixir recorrer su paladar, brindándole un atisbo de consuelo. Se dejó llevar por la familiaridad reconfortante del lugar, pero

su tranquilidad se vio interrumpida cuando, al girar la cabeza casualmente, se encontró con Colt Duncan sentado en la mesa de al lado.

Colt levantó la vista del periódico que estaba leyendo al sentir la mirada de Mackenzie, y sus ojos se encontraron por un instante. Un incómodo silencio flotó en el aire antes de que Colt decidiera romperlo.

—Buenos días, Mackenzie —la saludó con educación.

Ella frunció el ceño, sintiendo un nudo en el estómago. La última persona que deseaba ver en ese momento era Colt Duncan, especialmente después del mal rato que le había hecho pasar el día anterior con su incontinencia verbal.

—Serán para ti —replicó, sin poder contenerse.

Fue testigo de la sorpresa reflejada en el rostro de Colt, pero, decidida a ignorarlo, giró su rostro y clavó la mirada en el amplio ventanal que daba a la avenida principal del pueblo. La calle, normalmente animada, ahora parecía un telón de fondo borroso mientras intentaba concentrarse en cualquier cosa que no fuera la incómoda presencia de Colt en la mesa vecina.

El comportamiento de Mackenzie y su airada respuesta hicieron que Colt se levantara y se sentara frente a ella, logrando lo pretendido: llamar su atención.

—¿Podemos hablar sobre lo que sucede? —preguntó directo. Sus ojos azules se encontraron con los grises de ella.

Mackenzie titubeó por un momento, sorprendida por la intromisión de Colt en su espacio vital. La atmósfera se cargó de tensión al tiempo que él se acomodaba en la silla, y los ojos de ambos se encontraron nuevamente en un silencio incómodo.

—No puedo evitar sentir que tienes un problema conmigo —comentó Colt al ver que ella no decía nada, solo buscaba entender la razón detrás de la arisca actitud de ella.

—No tengo ningún problema —mintió—, y ahora, si no te importa, me gustaría disfrutar de mi desayuno en soledad.

Tras la airada respuesta desvió la mirada hacia su café, dispuesta de nuevo a ignorar a Colt. Los recuerdos de cómo se había sentido cuando Harper había llegado a su casa para hacerle preguntas incómodas sobre su vida familiar afloraron nuevamente y solo había un responsable de que hubiera pasado ese mal rato: Colt Duncan.

Él achicó los ojos y estudió el semblante de la mujer, que había desviado la mirada, dispuesta a ignorarle.

—Lo siento mucho, Mackenzie, pero no pienso irme de aquí hasta que me digas qué es lo que pasa.

Mackenzie volvió a elevar su rostro y clavó su mirada molesta en él antes de contestar a sus palabras.

—¿No te han dicho nunca que eres un pesado? —preguntó con tono cortante—. Está bien, sí, estoy enfadada contigo. No me gustó nada que fueras con chismes a Harper. El otro día fue a visitarme a mi casa y me sometió a un interrogatorio de tercer grado sobre mi vida familiar, y todo te lo debo a ti —concluyó mientras cruzaba los brazos sobre su pecho y sus ojos grises echaban chispas. Colt, sorprendido por la respuesta directa de Mackenzie, abrió la boca para articular alguna palabra, pero ella no le dio la oportunidad de intervenir—. Espero que aprendas a mantenerte al margen de asuntos que no te conciernen en el futuro. Y ahora, ¿puedo tomar mi desayuno en paz? —inquirió con un tono de voz que dejaba claro que no quería prolongar la conversación.

Colt, aún atónito, asintió en silencio. Se levantó de su silla y se encaminó hacia la puerta.

Sin embargo, antes de cruzar el umbral, se giró y dedicó una última mirada a la amiga de su hermana.

La puerta del café se cerró tras Colt, dejando a Mackenzie aliviada. Observó cómo él se alejaba con paso firme por la calle principal y suspiró pesadamente antes de volver la atención a su desayuno.

Los demás clientes en el café observaban la escena con sumo interés, algunos murmurando entre sí. Mackenzie volvió a maldecir a Colt por ponerla en evidencia. El temor de que lo sucedido llegara a los oídos de Leonard atenazó su cuerpo y le quitó el apetito.

CAPÍTULO 14

Serene Falls

Tricia salió del colegio después de una larga jornada de trabajo, sumida en sus pensamientos. La luz del atardecer pintaba tonos cálidos en el horizonte cuando se detuvo frente a su coche. Al dar unos pasos más cerca, notó algo extraño: una rueda desinflada.

Con una expresión de frustración, se agachó para inspeccionar el daño. Un pequeño objeto puntiagudo todavía estaba clavado en la goma. Tricia se mordió el labio, sintiendo una mezcla de enojo e impotencia.

Miró a su alrededor, en busca de ayuda, pero la calle estaba desierta. Suspiró profundamente antes de sacar su teléfono y llamar a la grúa para que la ayudara con su inesperado contratiempo.

—¿Necesitas que te eche una mano? —la sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que se trataba de Lucien Bolton.

No le había vuelto a ver desde aquel abrasador beso, y a pesar de ser una mujer adulta, no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rubor al recordar cómo sus lenguas se habían encontrado y como una corriente eléctrica había recorrido su cuerpo.

—¿Tricia? —la llamó él, con una sonrisa divertida adornando sus labios.

Ella frunció el ceño, molesta ante su sonrisa ladina, pero finalmente se decidió a aceptar su ayuda.

—¿Sabes cambiar una rueda? —espetó.

—¿Dudas de mí? —replicó él con una sonrisa prepotente.

Lucien se acercó al maletero, de donde extrajo las herramientas y la rueda de repuesto. Después se remangó la camisa, mostrando unos músculos bien definidos, y se agachó para comenzar a cambiar la rueda. Tricia, sin poder apartar la mirada, observaba cómo sus fuertes manos trabajaban con destreza.

La luz del atardecer delineaba la figura de Lucien, resaltando cada contorno de su espalda ancha. Tricia se encontró hipnotizada por la escena, admirando en silencio su habilidad.

Lucien, tras completar la tarea, se incorporó y se giró hacia Tricia, descubriendo una expresión embobada en su rostro. Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios mientras se acercaba a ella.

—¿Te ha gustado el espectáculo? —bromeó, disfrutando de la situación.

—Bueno, la verdad es que no pensé que fueras capaz —replicó Tricia algo más repuesta—. Gracias, Lucien —añadió—. Te debo una.

—Bueno, ¿qué tal si me das un anticipo? —aprovechó él la ocasión—. Podrías invitarme a cenar.

Tricia se vio sorprendida por su propuesta.

—¿Cenar? Claro, supongo que eso estaría bien... pero no sé qué tengo en la nevera —contestó, intentando evitar la situación.

—Cualquier cosa estaría bien —replicó Lucien, quien no estaba dispuesto a renunciar a la posibilidad de pasar más tiempo con ella—, y si no, pediremos comida a domicilio —añadió al

tiempo que abría la puerta del coche y la invitaba a ocupar asiento.

—Está bien —aceptó Tricia resignada. Estaba claro que Lucien no era la clase de hombre que se conformaba con un no por respuesta.

El trayecto estuvo acompañado por la suave brisa nocturna y la música relajante que provenía de la radio. Tras aparcar, se dirigieron al edificio donde ambos vivían. Cuando llegaron al rellano, Tricia abrió la puerta e invitó a Lucien a entrar, siendo consciente de que era la primera vez que él pasaba a su humilde hogar.

La cocina, decorada con tonos cálidos, invitaba a sentirse cómodo. Poco después el ambiente se llenó con el tintineo de los utensilios y el aroma de la comida que se hacía al fuego. Lucien, con destreza, cortaba algunos ingredientes y Tricia preparaba la mesa.

—Así que, Lucien, cuéntame más sobre ti —dijo Tricia con una sonrisa, intentando mantener la conversación en un tono ligero mientras vertía el vino en las copas, aunque lo que realmente buscaba era recabar información sobre él, ya que era un completo desconocido.

Lucien detuvo por un momento su tarea y su mirada esquivó la de Tricia. Después de un breve instante de silencio, finalmente habló:

—Bueno, no hay mucho que contar, en realidad. Me crie en Seattle en el seno de una familia amorosa. Mi padre forjó de la nada una empresa de construcción que fue creciendo con los años y se convirtió en una de las mayores promotoras del estado. A mi hermana y a mí nunca nos faltó de nada.

—¿Y qué te motivó a comprar este edificio en Serene Falls? —preguntó Tricia interesada. Le resultaba extraño que un hombre cuya familia parecía prestigiosa hubiera acabado en un lugar como Serene Falls.

Lucien dejó escapar una risa irónica antes de responder:

—Podría decirse que todo es fruto de la casualidad —dijo con naturalidad, aunque la pregunta de Tricia le había incomodado—. Un cliente me habló del lugar, me enseñó unas fotos y decidí emprender un proyecto inmobiliario. Nada emocionante, créeme.

La mirada de Tricia se intensificó, mostrando su agudo ingenio.

—Casualidad, ¿verdad? —dijo con una ceja alzada—. Aunque suene cliché, a menudo creo que nada sucede realmente por casualidad.

Lucien sonrió, pero sus ojos revelaron una cautela momentánea. La desconfianza de Tricia podía complicar las cosas, por lo que decidió cambiar el enfoque de la conversación.

—Suficiente sobre mí —dijo Lucien con tono ligero—. Ahora quiero que me cuentes más sobre ti.

Tricia, consciente de la maniobra de desvío, aceptó la transición.

—Mi vida no es nada interesante. Nací y crecí aquí, y decidí quedarme, a diferencia de muchos de mis amigos de la infancia. Me encanta la tranquilidad de este lugar y mi vida simple.

—Te envidio —dijo Lucien.

—¿A mí? —cuestionó Tricia sorprendida—. ¿Por qué?

—Tu vida será sencilla, tranquila, pero tienes raíces a las que aferrarte —contestó Lucien con un gesto serio.

—Tienes razón —afirmó Tricia, meditando sobre sus palabras—, soy afortunada.

Lucien asintió con un gesto de cabeza y la conversación continuó, alternando entre temas ligeros y la sutil intriga que flotaba en el aire mientras preparaban unos espaguetis a la parmesana. Cuando finalmente se sentaron a cenar, el ambiente se volvió más relajado. El resto de la velada transcurrió entre risas, historias y gestos amigables.

Criadero de caballos Chapman

Brianna estaba sumida en la tarea de revisar las cuentas del día, pero tras varias horas con la vista fija en la pantalla del ordenador, sintió que la visión se le nublaba, por no hablar del dolor de espalda que se centraba en la parte baja de su columna. Se removió inquieta en la silla, y estaba a punto de levantarse para estirar sus músculos entumecidos cuando unos suaves golpes en la puerta le anunciaron la llegada de alguien.

Cuando la hoja de madera se abrió, descubrió que se trataba de Jt sosteniendo una bandeja. La sorpresa iluminó el rostro fatigado de Brianna.

—¿Qué haces aquí, Jt? —preguntó. Él avanzó hacia el escritorio.

—Pensé que podrías necesitar un descanso y algo para comer —contestó el hombre, y dejó la bandeja sobre la mesa. En el plato había un succulento sándwich, un bol de ensalada y un zumo de naranja.

—¿Y esto? —preguntó Brianna sorprendida.

—Vi que llevas horas metida aquí y me pareció que merecías un respiro —contestó Jt con una sonrisa.

—Gracias, Jt, pero no deberías haberte molestado.

—Siento no tener mayor pericia en la cocina, pero este sándwich es mi especialidad —dijo mientras señalaba tímidamente el plato.

—Es exactamente lo que necesitaba —expresó Brianna con una sonrisa agradecida—, pero no tenías que haberte molestado.

—Bueno, el caso es que también quería comentarte algunas cosas sobre el criadero. Hace días que no hablamos —replicó Jt.

—Claro, por favor, siéntate —le invitó Brianna, señalando la silla situada frente a ella—. Han sido días de mucho trabajo en la clínica. Menos mal que está Erin —se desahogó.

Mientras saboreaba la improvisada cena, Jt pasó a relatarle las últimas novedades con los animales y los empleados. A medida que la conversación fluía, Jt notó que Brianna se relajaba, y eso le brindó una sensación de satisfacción. Los dos compartieron risas y anécdotas, sumergiéndose en una atmósfera de camaradería.

—Hailey tiene un gran potencial con los caballos —comentó Jt, cambiando de tema.

Brianna asintió, admirando la pasión y la habilidad natural de su hermana menor con los animales, aunque no era de extrañar, teniendo en cuenta que había crecido en un criadero de caballos.

—Sí, definitivamente. Pero en los últimos tiempos, con todas mis responsabilidades aquí, me está resultando complicado supervisar su entrenamiento de manera constante —confesó Brianna, aunque la verdadera razón por la que no había asistido a los últimos entrenamientos de Hailey era que intentaba evitar a Jared a toda costa tras el beso que habían compartido una semana antes.

Jt la observó por un momento antes de sugerir algo que sorprendería a Brianna.

—¿Y si me encargo yo de entrenar a Hailey? Puedo asegurarme de que reciba la formación que necesita. No creo que sea necesario que Duncan esté aquí todos los días. Yo me ocuparé de ello.

La propuesta de Jt tomó por sorpresa a Brianna, dejándola completamente desconcertada. Tardó unos minutos en reaccionar.

—Aprecio mucho tu ofrecimiento, pero Hailey tiene una conexión especial con él y no quiero crear tensiones innecesarias —respondió Brianna, mostrando gratitud, pero también consideración por las dinámicas familiares.

La mandíbula de Jt se tensó al escuchar su negativa. Había tenido la esperanza de poder librarse de la presencia de Jared Duncan en el criadero. No le agradaba aquel hombre, que parecía moverse por el lugar como si fuera de su propiedad. Además, le molestaba la confianza y conexión que tenía con la niña. Pero lo que más le irritaba era estar seguro de que Jared tenía interés en Brianna como mujer. Lo había descubierto en más de una ocasión observándola con intensidad cuando pasaba cerca del cercado. Aunque le habría gustado que Brianna apartara a ese hombre de ella y de la niña, Jt comprendía que no era nadie para decidir lo que debía o no ocurrir en el criadero, al menos por el momento.

—Por supuesto, Brianna. Entiendo. Pero si en algún momento decides que necesitas mi ayuda, estaré encantado de colaborar.

—Eres muy amable —replicó Brianna, ajena a los pensamientos del hombre.

—Bueno —prosiguió Jt con la intención de seguir con su plan inicial—, ¿qué tal si dejamos de lado el trabajo por una vez? El viernes hay un concierto en un pueblo a quince millas. Es de música *country*, Rustic Rhythms; ¿los conoces?

—Sí, claro, me encantan —confesó Brianna, que seguía al grupo desde hacía tiempo.

—Pues tengo un par de entradas. ¿Te gustaría acompañarme? —propuso Jt, con una sonrisa segura, aunque por dentro estaba temblando por miedo a su rechazo. Las dichas entradas le habían costado un dineral y llevaba días planeando aquella salida.

—Eres muy amable, Jt, pero realmente tengo mucho trabajo y no creo que pueda acompañarte —respondió Brianna evasiva.

—¡Oh, vamos! —exclamó Jt—. ¿Qué tiene de malo que lo pases bien una noche? —insistió al ver la duda en sus ojos azules.

La oferta de Jt dejó a Brianna indecisa. Por un lado, notaba la atracción que él sentía por ella y sabía que no era la mejor idea alimentar ese interés. Sin embargo, la tentación de apartar a Jared de sus pensamientos por un instante se volvía cada vez más atractiva.

—Vamos, no me hagas rogar —insistió Jt.

—Está bien —aceptó finalmente Brianna, sorprendiéndose a sí misma.

La sonrisa triunfal de Jt iluminó su rostro. Había temido que ella dijera que no, pero parecía que los astros se habían alineado a su favor por una vez.

—Bueno, pues no te entretengo más —dijo él, abandonando la silla que había ocupado hasta el momento y colocándose el sombrero sobre la cabeza—. Mañana concretamos la hora, si te parece.

—Sí, claro, mañana hablamos —replicó Brianna.

Jt asintió con expresión confiada y se despidió con un gesto amistoso antes de abandonar el despacho con paso firme. Brianna lo observó alejarse mientras una mezcla de nervios y temor bullía en su interior. No estaba segura de haber tomado la decisión correcta al aceptar salir con Jt, pero había pensado que quizás distraerse la ayudaría a dejar atrás lo sucedido con Jared. Suspiró pesadamente y regresó a sus tareas.

CAPÍTULO 15

*Serene Falls,
al día siguiente*

La tarde descendía suavemente sobre Whispering Oaks Café, un lugar acogedor y tranquilo. Brianna y Liam habían decidido tomarse un café y charlar sobre sus vidas, como solían hacer. Aunque habían pasado semanas desde su última reunión. Si no fuera por la insistencia de Liam, no estarían allí esa tarde.

El *sheriff* removía su café con gestos pensativos, y en un momento dado elevó el rostro y clavó la mirada en Brianna antes de romper el silencio que los rodeaba desde que se habían encontrado. Si antes había estado preocupado por Brianna, ahora estaba más seguro que nunca de que algo no iba bien.

—Brianna, ¿dónde estás? —preguntó, y como esperaba, ella dio un respingo y lo miró, sorprendida.

—Pues aquí, ¿dónde si no? —respondió Brianna evasivamente.

Durante varias semanas había intentado evitar a Liam, consciente de que él notaría de inmediato que ocultaba algo. Aunque lo consideraba como a un hermano, temía confesarle lo que estaba surgiendo entre ella y Jared, pues sabía que Liam no tenía en buena estima a su cuñado.

—En serio, cuéntame qué está pasando —insistió Liam al ver la duda en su expresión—. Estoy aquí para ti, sabes que puedes confiar en mí.

Brianna suspiró, agradecida por la preocupación genuina de Liam. Aunque no se sentía preparada para hablar abiertamente de Jared, pensó que una verdad a medias era mejor que una mentira.

—No te preocupes, solo es que he tenido algunos cambios en mi vida personal últimamente, y todo está siendo un poco caótico. Me siento abrumada.

Liam asintió con empatía.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó curioso—. Espera, ¿se trata de Jt Carpenter? —indagó con una sonrisa divertida.

—Sí, mañana voy a ir con él a un concierto —confesó.

—¿Y cuál es el problema? —cuestionó Liam confuso, ya que no había alegría en el tono de la voz de Brianna—. A mí me parece un buen tipo, las mujeres dicen que es guapo, y ambos estáis solteros. ¿Por qué no te veo más animada? —insistió Liam en busca de la verdad.

—¿No te han dicho nunca que eres demasiado insistente? —replicó Brianna, evidentemente molesta.

—Será deformación profesional —se excusó Liam con una sonrisa—. Lo siento, solo es que me preocupo por ti, y no te veo... emocionada con tu cita.

—Es que hace mucho tiempo que no salgo con nadie, y me siento insegura —mintió a medias.

—Comprendo, pero tienes que aprovechar la oportunidad. ¿Hace cuánto tiempo que no

sales con un hombre?

—Hace demasiado. Ya sabes cómo es la vida en el criadero, y súmale mantener la clínica... Siempre estoy muy ocupada —respondió Brianna—. Por eso acepté ir con Jt al concierto, quizás me venga bien distraerme.

Liam asintió, complacido.

—Me parece una excelente idea. Todos merecemos un poco de diversión en nuestras vidas. Y Jt parece un buen tipo.

—¿Eso quiere decir que le das el visto bueno de hermano mayor? —replicó Brianna con diversión.

—Algo así —replicó Liam en el mismo tono distendido.

La charla continuó de manera ligera, con risas y anécdotas compartidas. Brianna se relajó, en parte a causa de la capacidad de Liam para aliviar cualquier tensión con su humor amistoso. Siempre había sido así desde que tenía uso de razón, y se sentía agradecida porque Dios hubiera puesto en su vida al hermano mayor que nunca tuvo.

Mackenzie se movía por la cocina, inmersa en la preparación de la cena. El aire estaba impregnado con el seductor perfume de especias y hierbas que emanaba de la olla y las sartenes situadas sobre los fogones.

Las paredes de la cocina, decoradas con fotografías de momentos felices, revelaban la calidez y la historia que impregnaban el lugar. Una luz suave colgaba sobre la mesa de la cocina, iluminando la escena en la que los hermanos, Jenna y Leo, compartían animadamente historias sobre su día en la escuela mientras terminaban de hacer los deberes.

El sonido rítmico de los cuchillos al golpear la tabla de cortar se mezclaba con las risas juveniles, creando una sinfonía familiar.

—¡Y de repente la señorita Philips dejó caer su taza de café y manchó todos los ejercicios que acabábamos de entregarle! No veas qué cara puso, yo creía que los ojos se le iban a salir —narraba Leo con teatralidad.

—Ahora lo entiendo —intervino Jenna—, por eso cuando llegó a nuestra clase estaba tan enfadada y nos puso un examen sorpresa.

De repente el ambiente cálido y familiar cambió cuando la puerta trasera se abrió y entró Leonard. Un silencio tenso se apoderó del lugar y las sonrisas de los niños se desvanecieron con la llegada de su padre.

Mackenzie dejó de cortar los ingredientes y observó a su marido, leyendo la tensión en sus facciones.

—Hola, cariño, ¿cómo fue tu día? —preguntó, intentando romper el hielo y mantener la normalidad.

Leonard, sin embargo, no respondió. Se quitó la chaqueta y dejó sus llaves en la mesa, manteniendo la mirada fija en el suelo. La preocupación se apoderó de Mackenzie al tiempo que sus hijos observaban la escena, intuyendo que algo no iba bien.

—Jenna, cariño —dijo ella dirigiéndose a su hija mayor—. ¿Por qué no llevas a Leo a ver un rato la tele? —indicó, con la única intención de sacar a sus hijos de la cocina antes de que la tormenta que se avecinaba estallara.

—Sí, mamá —respondió la niña, tan tensa como su madre.

Mackenzie se sintió aliviada cuando los niños desaparecieron por el pasillo en dirección al salón, situado en la parte delantera de la casa.

La cocina, minutos antes llena de actividad y fragancias reconfortantes, se convirtió en un lugar hostil.

—¿Puedo saber qué sucedió hoy en la cafetería con Colt Duncan? —preguntó Leonard rompiendo el tenso silencio que se había mantenido hasta el momento.

Su tono de voz era tan serio como la expresión en su rostro. Mackenzie respiró profundamente, sintiendo la intranquilidad en el aire, y elevó su rostro para encontrarse con la mirada gélida y reprobatoria de su marido.

—No sucedió nada —se apresuró a negar—, solo charlamos unos minutos. A la gente le gusta exagerar.

Leonard frunció el ceño, seguro de que su mujer le estaba mintiendo, y la paciencia en su rostro se disipó.

—Jerry estaba allí y me dijo que hablasteis un buen rato, que incluso él se sentó en tu mesa —cuestionó enarcando su ceja derecha.

Mackenzie notó un estremecimiento recorriendo su cuerpo al escuchar sus palabras. Conocía bien a Leonard y no había cosa que le fastidiara más que la mentira. Estaba perdida, lo sabía, y más si Jerry estaba de por medio.

—Bueno, la verdad es que Colt quería que... —«piensa, rápido piensa», se ordenó mentalmente—. Me pidió que colaborara con una de mis tartas en la feria de ganaderos de dentro de un mes. Lo recaudado será destinado a una buena causa. Le dije que no estaba interesada —concluyó mientras volvía su atención a la sartén que tenía delante, temiendo que la verdura acabara achicharrada si no la apartaba del fuego.

—Pues no es eso lo que me ha dicho Jerry, más bien te vio coqueteando descaradamente con ese tipo.

La mirada de Leonard se volvió intensa. Mackenzie captó la chispa de celos en sus ojos y no pudo evitar echarse a temblar.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me gusta que hables con hombres? —le recordó Leonard cerniéndose sobre ella amenazante.

—Leonard, te juro que... —sus palabras quedaron sesgadas cuando su marido la interrumpió con un gesto de desdén.

—No quiero oír tus excusas, Mackenzie. Ya he tenido suficiente de tus juegos y mentiras. ¿Crees que no sé cómo te comportas cuando no estoy presente?

Mackenzie se sintió acorralada. Leonard siempre había sido posesivo, pero últimamente sus celos se volvían más evidentes y opresivos. La situación empeoraba por segundos y Mackenzie se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas para calmar la furia que ardía en los ojos de su esposo.

—Leonard, por favor, no saques conclusiones precipitadas. No ha pasado nada inapropiado. Colt es el hermano de Harper, una de mis mejores amigas. Estás malinterpretando las cosas.

Leonard soltó una risa sarcástica, y su expresión se volvió aún más dura.

—No me tomes por tonto. He tolerado demasiado todos estos años, pero esto es el colmo. Voy a enseñarte cómo debe comportarse una buena esposa cristiana —dijo mientras comenzaba a quitarse el cinturón.

—Leonard, no, por favor —le rogó Mackenzie, aunque sabía que ya no había nada que

hacer. Tendría que pagar con dolor y sufrimiento la ira de Leonard.

Jenna apretó el mando con fuerza hasta que sus dedos se pusieron blancos. Aumentó el volumen para no escuchar los golpes y los quejidos apagados que llegaban desde la cocina. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos, pero se ordenó no llorar; tenía que ser fuerte.

—Jenna, ¿por qué lo pones tan alto? —preguntó Leo, confundido por el comportamiento de su hermana.

Jenna esbozó una sonrisa forzada, tratando de proyectar calma.

—Oh, es solo que me encanta esta canción. Ya sabes que adoro los musicales —le recordó—. ¿Recuerdas cuando vimos «La Bella y la Bestia»?

Leo la miró con escepticismo, pero aceptó la explicación.

—Sí, pero no me gustó demasiado —confesó el niño—. No habría ido si no fuera porque mamá me obligó.

—Bueno, si quieres podemos ver otra cosa. Tú eliges —ofreció Jenna.

Leo se sorprendió por la generosidad de Jenna, algo poco común en su hermana, pero cogió el mando entusiasmado, pensando en la serie de dinosaurios que tanto le gustaba y que Jenna nunca quería ver.

CAPÍTULO 16

Criadero de caballos Chapman

La tarde del viernes extendió sus luces anaranjadas sobre el criadero de caballos. Jared Duncan, con su sombrero de vaquero y mirada concentrada, dirigía el entrenamiento de Hailey en la pista, especialmente acondicionada en uno de los cercados. Mientras el sol descendía en el cielo, el caballo y su amazona galopaban en elegantes círculos.

Jared había diseñado una serie de ejercicios para Hailey, enfocados en perfeccionar su técnica y fortalecer la conexión con su caballo. Saltos, giros y maniobras precisas desafiaban a Hailey, quien, con determinación, superaba cada obstáculo.

—¡Muy bien, Hailey! ¡Esa fue una vuelta excelente! —animó Jared, con un destello de satisfacción en sus ojos al observar el progreso de la joven.

Durante uno de los breves descansos del entrenamiento, Hailey se aproximó a Jared con entusiasmo, tomando la botella de agua que él le ofrecía.

—Oye, Jared, ¿falta mucho para que termine el entrenamiento? —preguntó Hailey, con un toque de nerviosismo.

Jared comprobó la hora en su reloj y luego clavó su mirada en el rostro expectante de Hailey, que parecía nerviosa.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —inquirió curioso.

—Es que mi hermana va al concierto de Rustic Rhythms esta noche, es su grupo preferido —expresó con emoción—. Y como nunca tiene tiempo para arreglarse, pues no tiene mucha práctica, por eso quiero ayudarla a elegir su vestuario —añadió emocionada.

—¿Y con quién va? —indagó Jared, sin poder contener su interés.

—Con Jt, el capataz del criadero. ¡Va a ser genial!, ¿no crees?

La expresión de Jared cambió drásticamente. La simple mención de aquel tipo lo ponía de mal humor, aunque trató de ocultarlo.

—Oh, sí, suena divertido. Me alegra que Brianna vaya a disfrutar del concierto con Jt —comentó con un deje de sarcasmo en la voz que no pudo ocultar.

Hailey notó el cambio en la actitud de Jared y le lanzó una mirada curiosa.

—¿Te pasa algo? ¿Es que no te cae bien Jt?

Jared intentó disimular su incomodidad con una sonrisa forzada.

—No, no es eso, se le ve buen tipo —mintió.

A pesar de sus palabras, Jared no pudo evitar sentir una punzada de celos al imaginar a Brianna compartiendo la velada con el capataz. Como había mencionado antes, quizás Jt no era un mal hombre, podrían haberse llevado bien en otras circunstancias, pero no soportaba al capataz desde el momento en que notó cómo miraba a Brianna. Y si antes no entendía el motivo de su malestar, ahora estaba más que claro: Jt Carpenter era su rival, y no pensaba ponerle las cosas fáciles. Invitar a Brianna al concierto de su grupo musical favorito había sido una jugada maestra, pero solo había ganado una batalla, no la guerra.

—¿Seguimos? —preguntó Hailey, ajena a los pensamientos de Jared.

—Sí, claro. Vamos, aún tenemos mucho trabajo por delante.

La tarde avanzó, y con cada ejercicio, la conexión entre Hailey y su caballo se volvía más evidente. Jared estudiaba con atención cada uno de sus movimientos, sin embargo, un nubarrón de tensión se cernía sobre él. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Brianna y Jt compartiendo el concierto.

La conversación con Hailey dejó en evidencia sus propios sentimientos, y aunque trató de ocultarlos, la incomodidad persistía. Cuando el entrenamiento llegó a su fin, Jared se acercó a Hailey.

—Lo has hecho muy bien, pequeña —la felicitó.

—¿De verdad?

—Has mejorado mucho desde el año pasado —afirmó con rotundidad.

—Gracias —replicó la niña emocionada.

Jared iba a añadir algo, pero la aparición de Brianna en el área de entrenamiento lo distrajo por completo. Su atuendo desprendía un encanto rústico que lo dejó momentáneamente atónito. Una falda vaquera corta en un tono azul vibrante realzaba sus largas piernas y una camisa de encaje blanco acentuaba su figura con elegancia. Las botas de montar color crema completaban el conjunto, armonizando con el sombrero que llevaba en la cabeza y que contrastaba con su larga melena pelirroja, suelta a su espalda. El leve maquillaje realzaba la belleza natural de Brianna, y la visión de ella con ese atuendo desató una reacción involuntaria en él.

—¡Brianna, estás preciosa! —exclamó Hailey feliz, con la mirada fija en su hermana—. Aunque me hubiera gustado ayudarte —confesó con cierta decepción.

—Gracias, Hailey, y lo siento, pero se me hacía tarde —replicó Brianna, intentando ignorar la presencia de Jared.

—No te preocupes, otro día será —dijo su hermana con una sonrisa.

—Bien, he venido a despedirme. Cuando entres, no olvides darte una ducha, cena todo lo que te diga Lina y acuéstate pronto —le indicó.

Su presencia allí era puramente para dar instrucciones a Hailey; nada tenía que ver con que Jared la viera arreglada, se intentó convencer a pesar de que, mientras se vestía y maquillaba, no pudo evitar especular sobre qué pensaría él si la viera. Sabía que era una actitud infantil y del todo injusta con Jt, pero no lo podía evitar.

—Sí, ya sé lo que tengo que hacer —dijo Hailey con aburrimiento.

—Pero antes, debes cepillar a tu caballo, que te ha ayudado tanto en el entrenamiento —intervino Jared.

—Siempre dando órdenes —farfulló Hailey molesta, antes de tomar las riendas de su caballo y dirigirse hacia el establo.

—Bueno, yo me voy —dijo Brianna, comenzando a sentirse incómoda.

—Sí, me ha dicho Hailey que ibas a un concierto. Pásalo bien —deseó Jared, intentando ser amistoso—. Y ten cuidado, la noche podría refrescar y esa falda es muy corta —añadió sin poder contenerse.

Brianna percibió cómo la ira ascendía por su cuerpo cuando escuchó su inapropiado comentario, y no pudo evitar clavar sus ojos azules en el rostro masculino antes de hablar.

—No es asunto tuyo cómo elijo vestirme —replicó airada.

Jared parpadeó, luchando por recuperar la compostura. Sabía que había metido la pata hasta el fondo, pero ya no podía borrar las palabras pronunciadas. No le molestaba que enseñara sus preciosas piernas con esa falda que se ajustaba perfectamente a su trasero; lo que no le

gustaba era la idea de que Jt, ese individuo, estuviera más cerca de disfrutarlas que él.

—Claro que no. Solo es que no esperaba... bueno, nunca te había visto tan bonita — intentó arreglarlo.

Ella le lanzó una mirada burlona.

—Vaya, gracias por el halago, Jared. Es un cambio ver algo más que polvo y estiércol, ¿verdad? —respondió Brianna con sarcasmo, sin darle la oportunidad de suavizar la situación.

—Brianna, no fue mi intención...

Ella lo interrumpió, levantando una mano para silenciarlo.

—No hay necesidad de explicaciones, Jared, y si me disculpas, tengo algo de prisa — añadió antes de girarse y caminar airadamente hacia el establo para despedirse de su hermana pequeña.

San Antonio, Texas

La música *country* resonaba en el aire, envolviendo el lugar en una atmósfera vibrante y embriagadora. Brianna y Jt disfrutaban del concierto de Rustic Rhythms, compartiendo risas y complicidad mientras la noche avanzaba inexorable.

Después de una actuación electrizante, Jt propuso a Brianna tomar algo antes de regresar a Serene Falls. Contagiada por la alegría del momento, ella aceptó con entusiasmo. Jt conocía un acogedor local en San Antonio, que se encontraba en un edificio estrecho pero encantador del centro de la ciudad. Al entrar, fueron recibidos por una mezcla de luces tenues y la suave melodía que sonaba en el local. A pesar de su tamaño reducido, el lugar emanaba un ambiente acogedor y bohemio, con mesas estratégicamente dispuestas para crear lugares más íntimos. Se dirigieron a un rincón tranquilo, donde la música aún se dejaba sentir, pero permitía mantener una conversación sin dificultad.

El ambiente relajado invitaba a bailar, y Jt no dudó en tomar la mano de Brianna para llevarla a la pista. Entre risas y giros, se movieron al compás de la música, disfrutando del momento que estaban compartiendo. La risa de Brianna resonaba, contagiando a Jt con su alegría.

—¿Sabes, Brianna? —dijo él, deteniéndose por un momento al tiempo que mantenía sus ojos fijos en el rostro femenino—. Nunca pensé que una noche de concierto podría convertirse en algo tan especial.

Brianna sonrió, encontrándose con la mirada cálida del capataz.

—Sí, la verdad es que está siendo increíble. Gracias por traerme.

—Ha sido un verdadero placer —replicó Jt, elevando su mano para acariciar con su dedo el brazo desnudo de ella—, y espero que lo repitamos más a menudo —añadió inclinándose levemente sobre Brianna.

Brianna, intuyendo sus intenciones, procuró evitar la situación.

—No me vendría mal otra copa —dijo, situando su vaso frente a los ojos de él—. ¿Te importaría? —añadió con una sonrisa inocente.

—Por supuesto que no —respondió Jt, tomando la copa antes de dirigirse a la barra más próxima.

Un rato después, mientras bailaban, Jt detuvo suavemente a Brianna aferrando sus brazos con dedos cálidos y temblorosos, buscando sus ojos con una mezcla de nerviosismo y deseo. En un gesto cargado de intenciones, se inclinó hacia ella, procurando capturar sus labios en un beso apasionado.

Brianna había esperado que aquello sucediera tarde o temprano, y a pesar de saber que liarse con el capataz del criadero de caballos no era la mejor de las ideas, no se apartó y aceptó lo que estaba a punto de suceder. Tenía la esperanza de que eso la ayudara a olvidar lo que había compartido con Jared Duncan. Durante días había intentado borrar de su cabeza aquel encuentro, pero había resultado imposible. Quizás Jt podía actuar como el antídoto que tanto necesitaba.

Finalmente, permitió que sus labios se encontraran. Fue un contacto breve e intenso. Sin embargo, no experimentó la oleada de emociones que a menudo acompañaban un beso apasionado. Colocó sus manos sobre el amplio pecho masculino y lo apartó.

—Jt, esto es... inesperado —dijo Brianna, buscando las palabras adecuadas.

Él sonrió levemente, acariciando su mejilla con el pulgar y luego se apartó antes de continuar bailando como si nada hubiera sucedido. No quería ir demasiado deprisa, prefería ganarse a Brianna poco a poco.

—A veces, las mejores cosas son inesperadas, ¿no crees? —expresó sonriente.

—Puede ser —balbuceó la joven, algo confusa.

La noche continuó entre bailes, risas y bromas, y aunque Brianna estaba disfrutando del momento presente, sabía que había una conversación pendiente consigo misma sobre lo que quería y sentía.

El trayecto de regreso a Serene Falls estuvo lleno de silencios cómodos y una sensación peculiar que flotaba en el aire. Al llegar al rancho, Jt la acompañó hasta el porche, donde la luz tenue de la lámpara creaba una atmósfera íntima.

—Gracias por esta noche, Brianna. Ha sido especial —dijo Jt con su mirada buscando la de ella.

Ella asintió, esbozando una sonrisa.

—Sí, ha sido una noche diferente, Jt. Gracias por todo.

En ese momento, él, dejándose llevar, volvió a besarla. Y nuevamente Brianna no sintió nada, ni un leve aleteo de mariposas en su estómago.

—Buenas noches —dijo Jt con una sonrisa dulce.

—Buenas noches —respondió ella antes de abrir la puerta y entrar en la casa.

Cuando llegó a su habitación, se sentó en el borde de la cama, reflexionando sobre los eventos de la noche. A pesar de haber disfrutado del concierto y de la compañía de Jt, no podía evitar comparar sus sentimientos por el capataz con lo que sentía por Jared. Indiscutiblemente, el malhumorado y brusco vaquero ganaba la partida.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó a sí misma mientras se quitaba las botas. La confusión la envolvía, la dualidad de sus emociones la dejaba perpleja. Se tumbó sobre la cama y su mirada se fijó en el techo. Las dudas y preguntas se agolpaban en su mente, formando un torbellino de pensamientos.

Al mismo tiempo, Jt se dirigía al cobertizo que compartía con otros trabajadores. Su cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que acababa de suceder en el porche. Recordó con nostalgia el suave roce de los labios de Brianna y su dulce olor.

Suspiró pesadamente al tiempo que se adentraba en el cobertizo, que estaba en completo silencio. Sin necesidad de luz, llegó hasta su cama y se desvistió, dejando su ropa sobre una silla

cercana. Luego se tumbó sobre el colchón y entrelazó los dedos tras la nuca y clavó su mirada en el techo, sintiendo el peso de la incertidumbre respecto a lo que pasaría con Brianna.

«Quizás debería darle tiempo. Apenas hace unos meses que su padre ha fallecido de una forma trágica», se dijo a sí mismo. Pero a pesar de sus intentos de racionalizar la situación, no podía negar la esperanza que albergaba en su corazón, y que pendía de un hilo. La noche había sido especial, sí, pero Brianna no había respondido por completo a los besos compartidos. La había notado distante y tensa y eso no presagiaba nada bueno.

CAPÍTULO 17

Serene Falls

El Bluebonnet estaba lleno de vida, con luces tenues delineando las siluetas de los clientes que disfrutaban de sus bebidas. Colt se encontraba frente a la barra, charlando animadamente con Oliver mientras esperaba a su amigo Michael, que siempre llegaba tarde.

De repente, la puerta del bar se abrió con fuerza, atrayendo la atención de todos. Una morena despampanante entró con seguridad. Su larga melena le llegaba casi hasta la cintura, sus piernas iban enfundadas en *jeans* oscuros y una blusa sin mangas azul eléctrico, que dejaba poco a la imaginación, completaba su atuendo. Su presencia no pasó desapercibida, y la atmósfera del bar se cargó de energía.

La mujer se acercó al mostrador contoneando las caderas y se situó frente a Oliver, que parecía tan sorprendido como el resto de los parroquianos.

—Buenas noches —saludó la mujer con una sonrisa coqueta—. Buscaba al dueño, ¿es usted? —preguntó educadamente.

—Sí, soy yo —afirmó Oliver.

—Bien, me alegro —replicó la joven antes de dejar una hoja de papel sobre el gastado mostrador—. Me he mudado hace poco a un pueblo cerca de aquí, y he pensado en dejar mi currículum —explicó.

—Bueno, en principio no necesito a nadie —confesó Oliver dubitativo al tiempo que se rascaba la cabeza—, pero te tendré en cuenta... Steisy —leyó su nombre en el folio que sostenía ante sus ojos.

—Pues muchas gracias, ha sido muy amable. La verdad es que sería un placer poder trabajar aquí —añadió la joven clavando su mirada en Colt, que había sido testigo de toda la situación.

La tal Steisy no se molestó en ocultar su interés por Colt, quien era conocido por su atractivo. Tras una breve interacción, la mujer se despidió con una insinuante sonrisa y se alejó en dirección a la puerta, dejando un rastro de perfume tras de sí.

Oliver, testigo involuntario de la escena, se rio entre dientes y palmeó el hombro de Colt, divertido.

—Parece que tienes una nueva admiradora, amigo. Tal vez debería considerar contratarla. ¿Qué opinas?

Colt sonrió con complicidad, acostumbrado a ese tipo de situaciones.

—No estaría mal, pero creo que eso añadiría más distracciones a mi trabajo. Además, ya tengo suficientes admiradoras, ¿no crees? —expresó con fanfarronería.

Ambos rieron, compartiendo esa conexión que solo los años de amistad podían forjar. La puerta del bar volvió a abrirse, pero esta vez reveló a un hombre vestido con elegancia, unos segundos en el umbral de la puerta, pero finalmente se animó a adentrarse en el local y caminó con paso rápido y seguro hasta la barra.

—Buenas noches —saludó educadamente, clavando su mirada azul con intensidad en el barman—. ¿Es usted Oliver Witman? —preguntó con voz fría.

El aludido achicó los ojos, que clavó en el desconocido, mientras seguía secando un vaso con un trapo de color blanco impoluto. Pudo notar la impaciencia en el rostro del joven, y finalmente contestó a su pregunta.

—Sí, el mismo. ¿Quién es usted y qué quiere de mí? —preguntó Oliver directo, había algo en aquel tipo que hizo que un escalofrío recorriera su piel y no le gustó nada aquella sensación.

—Me llamo Lucien Bolton —anunció el extraño con un tono calmado, aunque su mirada oscura traslucía inquietud—. Soy el nuevo propietario del edificio.

La confesión de Lucien resonó en el bar como un eco inesperado. Oliver dejó el vaso que estaba secando y lo miró con un atisbo de sorpresa.

—¿El nuevo propietario? —inquirió desconcertado, pero luego recordó que unos meses antes el señor Coleman le había anunciado su intención de vender el edificio. Había pasado mucho tiempo y se había olvidado por completo del asunto hasta ese momento.

Lucien asintió con una leve sonrisa, como si estuviera acostumbrado a causar esas reacciones en la gente.

—Adquirí este edificio hace unos meses, pero hasta ahora no he podido venir para hacerme cargo del lugar. Parece que tengo en propiedad el único bar de Serene Falls añadió mientras su mirada se paseaba por el lugar con curiosidad—. No estaba al tanto de esto cuando lo compré, pero ahora que lo sé, he venido a presentarme y discutir algunas cuestiones al respecto.

Oliver frunció el ceño, evidentemente incómodo con la noticia. Colt observaba la escena con interés, notando la tensión que se había instalado en el ambiente.

—¿Y qué es lo que quiere discutir? —preguntó Oliver, tratando de mantener la calma a duras penas. Lucien apoyó las manos en la barra, notando el suave tacto de la madera gastada. Sus ojos se clavaron en Oliver y estudió con atención cada una de sus facciones, buscando algo que le confirmara lo que llevaba tiempo atormentándole—. ¿Señor Bolton? —le llamó Oliver, que esperaba una explicación.

—En primer lugar, me gustaría discutir el contrato de alquiler —respondió Lucien saliendo de sus oscuros pensamientos—. Quiero hacer algunos cambios en el edificio, y necesitare su cooperación.

Oliver cruzó los brazos, evaluando al nuevo propietario con cautela, aunque ya tenía claro que aquel finolis con ropa de marca no le gustaba un pelo.

—No voy a dejar que toque nada en mi bar sin una explicación clara y detallada. Y no pienso aceptar cambios que afecten negativamente a mi negocio.

Lucien asintió, como si esperara una reacción así.

—Lo entiendo, Witman. No tengo intenciones de arruinar su negocio. Estoy aquí para hacer mejoras que beneficiarán tanto al edificio como al bar, y por consiguiente a mí como propietario.

Oliver mantenía su intensa mirada clavada en Lucien, seguro de que la llegada de aquel desconocido a su humilde morada no le traería nada bueno.

—Quiero todo por escrito antes de aceptar cualquier cambio. Y no tocas nada hasta que esté claro.

Lucien sonrió, como si disfrutara del juego.

—Por supuesto, Witman. Será todo legal y claro.

—¿Algo más? —preguntó Oliver, que no pensaba ser amable con aquel tipo.

Lucien Bolton se despidió con un asentimiento de cabeza y, con la misma elegancia con

la que había entrado, se dirigió hacia la puerta. Oliver Witman, con la mirada clavada en su espalda, le observó en silencio mientras abandonaba el Bluebonnet, dejando tras de sí una atmósfera cargada de incertidumbre.

*Rancho Moonlight,
esa misma noche*

Colt llegó tarde al rancho. Al entrar en la casa, notó que había luz en el despacho. Movido por la curiosidad, se encaminó hacia allí y descubrió a su hermano Jared sentado frente a su escritorio, con una copa y una botella de *whisky* en la mesa. Jared mantenía la vista fija en una pared, como perdido en sus propios pensamientos.

Colt dudó unos instantes antes de toser ligeramente, anunciando así su presencia. Jared levantó la mirada, revelando en sus ojos verdes una mezcla de sorpresa e incomodidad.

—¿Colt? ¿Ya estás aquí? Creía que habías quedado —preguntó Jared.

—Sí, acabo de llegar. Michael tenía que madrugar mañana, tiene una reunión con un posible comprador en Texas. Cada vez se parece más a una gallina clueca —confesó Colt con humor—. ¿Y tú, qué haces aquí tan tarde? —inquirió, observando la botella de *whisky* y la expresión pensativa de Jared. Estaba claro que le pasaba algo, y no solo por su rictus de preocupación, sino porque su hermano no solía beber a no ser que algo le preocupara.

Jared suspiró, gesto que no pasó desapercibido para Colt.

—Solo necesitaba un momento para pensar, ya sabes —respondió Jared, mientras cogía la copa entre sus dedos y la hacía girar, provocando una marejada en el líquido ambarino de su interior.

Colt se acercó hasta el escritorio y tomó asiento frente a él, dispuesto a averiguar lo que le sucedía.

—Hermano, es evidente que algo te preocupa. ¿Quieres hablar de ello?

Jared vaciló durante varios minutos, dubitativo, antes de finalmente asentir. La confianza entre los hermanos Duncan siempre había sido fuerte, y Jared sabía que podía compartir sus pensamientos con Colt libremente, sin miedo a que le juzgara, y dándole su opinión sincera sin importar que él se enfadara.

—Se trata de Brianna y ese capataz, Jt Carpenter. Al parecer esta noche han ido juntos a un concierto en San Antonio. Me lo contó Hailey cuando estuvimos entrenando para el concurso —confesó.

Colt frunció el ceño, mostrando sorpresa ante la revelación.

—¿Brianna y Jt? No tenía ni idea. ¿Desde cuándo hay algo entre ellos?

—No lo sé. Pero me está afectando más de lo que pensé —confesó Jared antes de darle un largo trago a su copa

—Espera, espera —le cortó Colt con expresión sorprendida—. ¿Por qué debería afectarte que esos dos...? —Se detuvo al darse cuenta de la posibilidad que acababa de pasar por alto—. ¿Es que te gusta Brianna?

Jared vaciló antes de asentir, admitiendo una verdad que hasta ahora había mantenido en silencio.

—Sí, Colt. Me gusta Brianna, y verla con Jt me está volviendo loco.

Colt tardó en asimilar la información. Era la primera vez que su hermano le hablaba de una mujer, y no era cualquier mujer. Jared Duncan no era un santo, Colt sabía que había tenido varios amoríos, pero ¿Brianna Chapman?

—¿Desde cuándo? —preguntó intrigado.

—Hace tiempo. No quería decir nada porque... bueno, ni yo lo sabía.

—¿Y qué piensas hacer? —indagó Colt.

—No lo sé, maldita sea, no lo sé —confesó Jared frustrado mientras formaba un puño con su mano derecha.

Colt miró a su hermano con preocupación, reconociendo la tormenta de emociones que estaba experimentando. Se tomó un momento antes de hablar.

—Para empezar, tranquilízate. En ese estado no vas a lograr nada. Si realmente te importa Brianna, ¿has considerado hablar con ella? Tal vez no sea consciente de lo que está sucediendo. No puedes dejar que esta situación te consuma sin intentar resolverlo, y para eso creo que deberías confesarle tus sentimientos.

Jared frunció el ceño, reflexionando sobre las palabras de su hermano. La idea de hablar con Brianna le generaba una profunda ansiedad, pero en el fondo sabía que Colt tenía razón.

—Lo sé, pero no sé cómo abordar el tema. No se trata solo de Brianna y yo. Está Harper, que es su amiga, tú y... Hailey. No quiero crear tensión entre nosotros, y menos ahora que estamos intentando acercarnos a la niña.

Colt sonrió comprensivamente.

—Entiendo que no quieras complicar las cosas, pero a veces es necesario enfrentar la realidad. Si no dices nada, podrías arrepentirte después. Piensa en lo que realmente quieres y sé honesto contigo mismo.

Jared asintió, agradeciendo nuevamente el consejo de su hermano. Sabía que debía tomar una decisión, pero el miedo al rechazo y a perder también a Hailey, que se había convertido en alguien muy importante para él, le paralizaba.

—Tómate tu tiempo para pensar en ello, Jared. Pero recuerda que mereces ser feliz, y a veces eso implica enfrentar situaciones incómodas.

Jared levantó la mirada, agradecido por el apoyo de su hermano.

—Supongo que tienes razón. No puedo evitar sentirme egoísta por querer a Brianna para mí, pero al mismo tiempo, no puedo ignorar lo que siento.

—No es egoísmo, Jared. Todos merecemos buscar nuestra felicidad.

Jared asintió, notando que la tormenta que había sentido poco antes disminuía. Luego clavó nuevamente su mirada en su hermano y le dedicó una sonrisa agradecida.

—Gracias, Colt. Aprecio mucho tu apoyo. Voy a pensar en todo esto y, tal vez, reuniré el valor para hablar con Brianna.

—Ese es el Jared que yo conozco —dijo Colt con orgullo—. No tiene miedo a nada, ni siquiera a sus sentimientos.

Los hermanos Duncan continuaron su conversación, compartiendo pensamientos y emociones en la serenidad de la noche. La confianza entre ellos seguía siendo su mayor fortaleza, y Colt estaba decidido a respaldar a Jared.

CAPÍTULO 18

*Serene Falls,
al día siguiente*

Tricia cerró la puerta de su Honda Civic Type con cansancio palpable. El día en el colegio había sido agotador, la tensión entre ella y el director Simons por sus ideas pedagógicas diferentes la había dejado con un nudo en el estómago. Como profesora, se esforzaba por brindar una educación enriquecedora para sus estudiantes, pero cada día parecía una batalla cuesta arriba contra las políticas escolares.

Al llegar a la puerta de su apartamento, se detuvo por un momento para buscar las llaves en su bolso, pero cuando al fin las encontró, la voz potente de Lucien Bolton llegó hasta sus oídos. Estaba a punto de insertar la llave en la cerradura cuando el tono se elevó y pudo escuchar claramente el nombre del propietario del bar Bluebonnet, situado bajo su apartamento. La curiosidad se apoderó de ella, y se aproximó a la puerta, que descubrió que estaba entreabierta y escuchó la conversación con mayor claridad.

—Me importa una mierda lo que tardes o el dinero que me cueste, quiero que investigues a fondo a Oliver Witman. Seguro que tiene algún trapo sucio bajo la alfombra —escuchó decir a Lucien. Su voz parecía molesta.

A pesar de que su cuerpo estaba atenazado, y que sabía que no era la mejor de las ideas, Tricia se deshizo de sus zapatos, y, descalza, se asomó a través de la hoja de madera entornada para descubrir a Lucien frente a la isla de la cocina americana. Parecía atareado cortando verduras mientras su móvil permanecía a poca distancia. Iba vestido con una camiseta y pantalones de chándal de color gris que marcaban su trasero redondeado.

De pronto una voz masculina la sobresaltó, y maldijo su mala suerte cuando su bolso, que pendía de su hombro, estuvo a punto de acabar estrellado en el suelo creando un gran estrépito. Gracias a Dios tuvo buenos reflejos y logró cogerlo al vuelo.

—Señor Bolton, le aseguro que he buscado por cielo y tierra; no hay nada escabroso o fuera de la ley en la vida del señor Witman.

—Pues encuéntralo. Quiero ver a ese hombre mordiendo el polvo, pagando por lo que hizo —respondió Lucien con determinación.

Tricia, en la penumbra del rellano, sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo. Conocía al señor Witman desde que tenía uso de razón y siempre había sido amable con ella. Incluso la ayudó con la mudanza cuando decidió ocupar su pequeño apartamento para independizarse de sus padres y sus hermanos. Y durante los últimos años había mostrado interés por su bienestar. Estaba segura de que era un buen hombre.

—Señor Bolton... —comenzó el hombre al otro lado de la línea, pero fue interrumpido por la voz molesta de Lucien.

—No quiero más excusas, quiero resultados, para eso te pago una gene....

Tricia escuchaba atenta la conversación, sin siquiera atreverse a respirar, pero de repente, como si el destino quisiera hacerla partícipe de aquella situación, las llaves de Tricia resbalaron de sus manos y cayeron con un ruido sutil sobre el suelo de madera. Un escalofrío recorrió su

espina dorsal mientras las observaba en el suelo, sabiendo que el sonido no había pasado desapercibido.

Lucien cortó abruptamente la llamada, dejando a la persona al otro lado con palabras no dichas. Su mirada se clavó en la puerta entreabierta, maldiciéndose por el descuido.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con una mezcla de irritación y sorpresa.

Tricia, resignada, se agachó y recogió sus llaves, que habían quedado en el interior del apartamento de su vecino. Cuando se incorporó, se encontró con la mirada intensa de Lucien Bolton, quien la observaba con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió él con tono cortante mientras se aproximaba a ella a grandes zancadas.

—Lo siento, no era mi intención interrumpir. Solo escuché un ruido y pensé que algo podría ir mal —se apresuró a explicar Tricia, sintiendo la incomodidad del momento.

Lucien la examinó con atención antes de asentir con la cabeza, como si aceptara la explicación, aunque su cuerpo se había tensado. Se había preocupado de ser discreto desde que había llegado a Serene Falls, y que su dulce vecinita hubiera escuchado su conversación ponía en un grave aprieto su plan. Tenía que pensar algo, y ya, antes de que ella metiera la pata.

—Bueno, pues ya me marchó —dijo Tricia, ajena a los pensamientos de él.

—No tan deprisa —replicó Lucien cogiendo su muñeca para tirar de ella. La única salida que le quedaba era seducirla.

—¿Qué haces? —preguntó Tricia con nerviosismo.

—Acabar con lo que empezamos el otro día —replicó Lucien de forma invitadora.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él la tomó suavemente del rostro y la besó con una pasión inesperada. Los labios de Tricia respondieron de manera involuntaria, y por un momento, el mundo exterior desapareció.

El beso fue un torbellino de emociones, una mezcla de deseo reprimido y tensión acumulada. Tricia se dejó llevar por la intensidad del momento, aunque su mente intentaba recordarle que aquello no estaba bien, que no podía permitirle a ese hombre que la besara cuando le viniera en gana. Sin embargo, aquel intenso beso pareció borrar cualquier resistencia que Tricia hubiera intentado mantener.

Unos golpes en la puerta de su propio apartamento arrancaron a Tricia de la neblina de la pasión. Colocando sus manos sobre el pecho de Lucien, logró apartarlo justo a tiempo para escuchar la voz de su hermano en el rellano.

—Vamos, Tricia, abre la puerta de una vez, sé que estás en casa. He visto tu coche aparcado abajo —decía Michael con evidente fastidio.

—Creo que deberías volver a tu casa —dijo Lucien, sin apartar la mirada del rostro femenino—. Aunque, si quieres, puedo arrastrarte hasta mi cama y acabar con lo que empezamos —añadió con voz ronca.

Las palabras de Lucien aturdieron a Tricia, mientras su mente luchaba por procesar lo que estaba sucediendo.

—¡Tricia, maldita sea! —se escuchó nuevamente la voz frustrada de su hermano.

—No, creo que... creo que debería irme —titubeó, desconcertada.

Lucien la soltó, y Tricia retrocedió, sintiendo una mezcla de confusión y alivio. Con manos temblorosas, se colocó correctamente el bolso sobre el hombro, rescató sus zapatos del suelo y caminó con paso inseguro hacia la puerta.

En el rellano, se encontró con Michael, cuyo ceño se frunció aún más, si eso era posible,

al verla salir por aquella puerta.

—¿Qué hacías en ese piso? —preguntó Michael, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Tenía que entregar unos papeles a mi vecino, el nuevo casero —se inventó sobre la marcha, a pesar de seguir aturdida—. ¿Y tú, qué haces aquí?

—Me envió mamá —refunfuñó Michael, levantando la bolsa que tenía en su mano derecha—. Te manda un cargamento de *tupperwares*.

—Actúa como si no supiera cocinar —replicó Tricia molesta.

—Si quieres, me lo puedo llevar yo. Creo que hay *pudding* —dijo Michael mientras husmeaba en el interior de la bolsa.

*Criadero de caballos Chapman,
unos días después*

El sol se ocultaba en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos mientras Brianna estiraba su cuerpo, intentando aliviar los músculos doloridos de su cuello. Luego, guardó los documentos sobre la mesa en un cajón y cerró la pantalla de su portátil, dejando atrás una jornada intensa. La clínica había demandado su atención por la mañana, y la tarde la llevó de vuelta al criadero de caballos para resolver algunos asuntos pendientes. Liberada por fin de sus múltiples obligaciones, decidió ir a ver a Hailey durante su entrenamiento, ya que hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Caminó con paso lento hasta la parte trasera de los establos, donde se encontraba la pista de entrenamiento, descubriendo que el lugar estaba envuelto en un silencio solo interrumpido por el relinchar de un caballo y el suave trotar de las pezuñas sobre el polvoriento suelo. Hailey se mantenía erguida en la silla de montar, hipnotizando a Brianna con sus gráciles movimientos. La joven parecía concentrada, siguiendo las indicaciones de Jared, cuyo cuerpo atlético se marcaba bajo una camisa negra que resaltaba sus músculos cincelados. Al observarlo, Brianna sintió cómo su corazón se revolvía, recordando la última vez que lo vio de cerca y el sabor de sus labios. «Maldita sea, deja de pensar en eso», se reprendió mentalmente.

Justo cuando estaba a punto de retirarse con discreción, Jt apareció ante sus ojos, con una deslumbrante sonrisa que iluminaba su atractivo rostro.

—¿Pensabas escabullirte de aquí sin tan siquiera saludar? —preguntó Jt, acercándose y apoyando el brazo sobre la valla de madera situada a su espalda.

—No, por supuesto que no —respondió Brianna algo cohibida por la situación.

Era cierto que cuando había llegado a la finca se había metido directamente al despacho, y que llevaba varios días evitando a Jt. Tenía que reconocer que se lo había pasado muy bien en el concierto, que había disfrutado de la música y la compañía, pero cuando Jt la había besado nada se había removido en su interior y eso solo quería decir una cosa: que no había química entre ellos.

Jt inclinó su cabeza hacia un lado y achicó los ojos, luego estudió la expresión de la mujer antes de hablar.

—¿Por qué tengo la impresión de que llevas días intentando esquivarme? —cuestionó él de forma directa.

Brianna experimentó un sobresalto leve al escuchar la pregunta, y al alzar la mirada, se

encontró con la intensidad de los ojos castaños de él, resaltados por la cálida luz del atardecer.

—No estoy tratando de evitarte, simplemente tuve un día complicado —explicó Brianna, buscando una excusa que sonara convincente.

Jt respondió con un tono divertido en su voz:

—¿Por qué tengo la sensación de que mientes?

—No, Jt —se apresuró a afirmar Brianna—. Es que tuve asuntos que requerían mi atención —aseguró, intentando mantener la firmeza en su voz.

—Pues yo también necesito tu atención —afirmó él con la insistencia de un niño.

Antes de que Brianna pudiera replicar, se acercó más, levantó la mano y apartó un mechón de cabello de su rostro, acariciando su mejilla suavemente.

—Brianna, he pasado días pensando en ti, deseando acariciar tu rostro con mi mirada y disfrutar de tu risa. ¿Cuándo vamos a repetir lo del otro día?

Ella se sintió acorralada, especialmente al imaginar que Jared podría estar observando la situación. Rezó mentalmente para que Jt no la besara, y como si el destino hubiera escuchado sus súplicas, una voz interrumpió el momento.

—Disculpe, señor Carpenter, es algo urgente —dijo el empleado que acababa de llegar, jugueteando con su sombrero al percatarse de la mirada severa que le dedicó su jefe.

Jt se alejó de Brianna con reticencia, girándose para prestar atención al hombre que estaba a poca distancia.

—¿Qué sucede? —preguntó, incapaz de disimular su malestar.

Brianna, por su parte, aprovechó la oportunidad para distanciarse levemente de él, sintiendo un alivio momentáneo por la interrupción.

—Ha llegado el semental que esperábamos desde San Antonio. Me pidió que le avisara cuando llegara —le recordó el joven.

Jt asintió con gesto serio. Aunque parecía contrariado, tenía que hacerse cargo de sus responsabilidades.

—Está bien, vamos —replicó, girándose y clavando su mirada en ella—. Perdona, Brianna, parece que me necesitan. Hablamos luego —añadió antes de caminar con paso firme, seguido del empleado, que tenía dificultades para seguirle el ritmo.

Brianna se quedó parada por un momento, observando cómo Jt se alejaba y suspiró aliviada, agradecida por la oportuna interrupción del trabajador. Sabía que estaba siendo una cobarde, que tendría que hablar con Jt tarde o temprano, pero no podía negar que tenía miedo. No quería hacerle daño, y ahora sabía que había cometido un error al intentar sustituir a Jared por Jt.

El aroma del heno fresco llenaba el aire, proporcionando un consuelo temporal a Brianna. El ruido del establo llenó el espacio mientras los caballos relinchaban y el personal se movía con agilidad entre los corrales. Brianna miró a su alrededor, observando la belleza de los caballos y la destreza de los trabajadores. Y a pesar de que ese entorno siempre la había hecho sentir bien, en ese momento era incapaz de deshacerse del desasosiego que la embargaba.

CAPÍTULO 19

Jared había estado espiando desde la distancia a Brianna y Carpenter y, al ver alejarse al capataz, le dijo a Hailey que el entrenamiento había terminado y la envió a la cocina para que tomara algo fresco. Con Jt fuera de escena y Hailey ocupada en la casa, Jared aprovechó la oportunidad para aproximarse sigilosamente hacia el objeto de su deseo. Sintió la urgencia de tener a Brianna cerca, exclusivamente para él.

Sin previo aviso, saltó la valla, rodeó con un brazo su estrecha cintura y la arrastró hasta una puerta cercana del establo.

—Pero ¿qué haces? ¡Suéltame inmediatamente! —exclamó Brianna, sobresaltada, mientras su corazón galopaba en su pecho.

Jared no se molestó en contestar a su pregunta y continuó tirando de ella hasta que estuvieron en el interior de un pequeño cuarto de arreos, asegurándose de que nadie los molestara. Solo entonces la soltó, quedando uno frente al otro, con sus miradas conectadas por un hilo invisible.

Brianna era consciente de su corazón acelerado y su respiración entrecortada. Notaba el calor en sus mejillas.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —preguntó la joven con voz peligrosa, al tiempo que sus manos formaban dos pequeños puños a los costados.

Jared sostuvo la mirada de ella con una intensidad que desafiaba cualquier explicación verbal. El pequeño espacio se llenó de una tensión palpable, el silencio parecía hablar más que cualquier palabra que pudiera pronunciarse.

—No puedo soportar verte tan cerca de Jt —confesó Jared finalmente. Su voz revelaba un rastro de vulnerabilidad.

Brianna lo miró con incredulidad, mezclada con un toque de enfado.

—¿Y eso te da derecho a arrastrarme aquí como si fueras dueño de todo? —replicó, liberando la tensión acumulada en su cuerpo.

Jared suspiró, se quitó el sombrero, y peinó su cabello con los dedos.

—No quería asustarte —afirmó, sintiendo el peso de sus propias acciones.

—Y no lo has hecho, pero creo que debería irme —afirmó Brianna girando sobre sí misma con la única intención de alejarse de él.

No llegó a poner la mano en el pomo de la puerta, porque Jared volvió a atrapar su cintura y la hizo girar con virulencia, quedando sus rostros a escasos centímetros.

—Lo siento, pero no podrás escapar tan fácilmente de mí —susurró Jared con voz ronca, su aliento apenas rozando los labios de Brianna.

—Jared, por favor, no lo hagas —rogó Brianna, aunque secretamente ansiaba que sus labios se unieran, deseando revivir la tormenta de pasión que ya había probado.

—Lo siento, nena—afirmó Jared, susurrando esas palabras contra sus labios—, pero me pides un imposible.

Brianna estaba a punto de replicar a sus palabras, pero Jared acortó la escasa distancia entre sus labios y los unió en un beso ardiente.

Mientras tanto, sin que Jared y Brianna lo supieran, la pequeña Hailey observaba la

escena a través de la rendija de la puerta entreabierta. Con ojos brillantes de curiosidad y una sonrisa traviesa, cerró con cuidado, asegurándose de no hacer ruido, y se retiró discretamente. Dejó a Jared y Brianna en su momento íntimo, llevándose consigo el dulce secreto de las dos personas a las que más quería.

Jared tuvo que contener un jadeo al saborear los labios de Brianna. Tras acariciar levemente sus perlados dientes con su lengua, penetró en su boca, enfrentándose a una danza de caricias húmedas y embriagadoras que hizo que la temperatura de su cuerpo ascendiera rápidamente. Pero no era suficiente; quería todo de Brianna, o más bien, lo necesitaba. No dudó en descender con sus dedos, que hasta ese momento habían estado enredados en su llameante cabellera, hasta sus hombros, acariciándolos en movimientos circulares, para luego seguir bajando hasta el escote de su camisa.

Un suspiro escapó de los labios de Brianna, entregándose a la sorpresa y al deseo que la envolvían. Cada roce de sus labios era un eco de la pasión latente, y la química entre ellos alcanzó un punto álgido. Pero cuando notó el roce áspero de las yemas de los dedos masculinos contra su piel, fue como si hubiera despertado del sueño en el que se encontraba. Colocó sus manos sobre el amplio pecho masculino y lo apartó tanto como pudo, lo cual no era mucho en el estrecho cubículo donde se encontraban.

—Espera, esto no está bien —intentó rebatir con voz temblorosa.

—¡Oh, vamos, Bree! —rogó Jared frustrado mientras aferraba la estrecha cintura de la joven con ambas manos—. A estas alturas no puedes negar lo que ha surgido entre nosotros.

—No, por supuesto que no lo niego —afirmó Brianna, intentando apartar esas grandes manos de su cuerpo, aunque cuando sus pieles se rozaron, experimentó un nuevo estremecimiento en su bajo vientre—. Pero no se trata de nosotros, sino de nuestras familias, de Hailey.

Jared notó cómo su cuerpo se tensaba tras escuchar esas palabras, que le privaban de lo que ahora sabía que era lo que más deseaba en su vida: poder dar rienda suelta a lo que había empezado a sentir por Brianna Chapman. A pesar de todo lo que los separaba, a pesar de sus familias y su anterior antagonismo, ahora sabía que no podía renunciar a lo que ella le hacía sentir.

—Me importa un comino todo eso; lo único que quiero es volver a sentirme vivo —afirmó con intensidad, desnudando su alma ante ella, cosa que no estaba acostumbrado a hacer.

La mirada de Jared se volvió más intensa, sus ojos verdes buscaban desesperadamente encontrar la conexión con los de Brianna. Quería convencerla, hacerla entender que entre ellos había algo más profundo, algo que había logrado que su tranquila vida saltara por los aires y que habían llegado a un punto de no retorno. Era demasiado tarde para arrepentimientos.

—Bree, no puedo simplemente volver atrás y actuar como si esto no estuviera sucediendo —dijo Jared, con sus dedos acariciando suavemente el rostro de Brianna, como si tratara de borrar cualquier rastro de duda de sus pensamientos.

Brianna se debatía internamente entre el deseo abrumador que Jared despertaba en su cuerpo y las responsabilidades que pesaban sobre sus hombros desde hacía varios meses. Era consciente de que entre ellos existía algo más profundo que la simple atracción física. No obstante, también sabía que ceder a esos sentimientos podría desencadenar una tormenta de consecuencias incontrolables para aquellos a quienes más quería, como Hailey.

Con un suspiro pesado, Brianna apartó a Jared, con su mente aturdida por el torbellino de emociones y pensamientos contradictorios. Sus ojos reflejaban una mezcla de deseo y angustia

que no pasó desapercibido para él.

—Jared, no puedo permitir que esto siga así. Hay demasiado en juego, nuestras familias, Hailey... —murmuró Brianna, luchando por mantener la claridad en su voz mientras intentaba apartarse de la atracción magnética que Jared ejercía sobre ella.

—Entiendo las complicaciones, pero entiende también que no puedo dejar de sentir lo que siento. No quiero renunciar a esto, a nosotros. Hailey, nuestras familias... encontraremos la manera —afirmó con desesperación.

Brianna contempló la determinación en los ojos de Jared y, por un momento, se perdió en la sinceridad de su expresión. Una chispa de esperanza se encendió en su interior, pero la realidad la llamó de vuelta.

—Jared, no es tan simple. No podemos ignorar el mundo que nos rodea —dijo Brianna con evidente pesar.

—Por supuesto que podemos —afirmó Jared tajante—. Solo tienes que dejarte llevar —añadió con convicción a la vez que elevaba sus manos y acariciaba las mejillas de Brianna—. Por favor —rogó, algo a lo que no estaba acostumbrado—, mi corazón susurra tu nombre cada noche y temo volverme loco —confesó.

Brianna escuchó sus palabras con sorpresa y el pulso acelerado. Cuando descubrió la verdad de sus palabras en sus ojos verdes, fue incapaz de rechazar lo que su propio corazón sentía cada vez que Jared estaba frente a ella.

Jared bajó la cabeza, dándole la oportunidad de apartarse si así lo deseaba. No quería presionarla, pero al mismo tiempo sentía que si eso sucedía, su corazón se quebraría para siempre.

Brianna dudó unos segundos, pero finalmente se dejó llevar por lo que parecía proclamar su cuerpo... y su corazón. Cerró los ojos con fuerza, como si estuviera a punto de lanzarse al vacío, y acortó la distancia que separaba sus labios.

Jared se sorprendió cuando la boca de Brianna chocó con la suya, y a su vez notó cómo su pecho se expandía y una sonrisa se dibujaba en sus labios. Con energías renovadas, atrapó su estrecha cintura y la pegó por completo contra su cuerpo, apreciando cada curva de su sinuoso cuerpo. Ahora era consciente de que ella había aparecido en sus sueños en más de una ocasión para robarle el aliento, aunque en sus fantasías solo había visto su cabello llameante, no su dulce y atractivo rostro.

—Me vuelves loco —confesó contra sus labios antes de apartarla para comenzar a desabrochar la camisa de cuadros rosas y blancos de ella. Descubrió su sujetador blanco impoluto, que mostraba unos pechos erguidos y orgullosos. Desde que sus ojos se posaron en ellos, Jared fue incapaz de apartar la mirada y con lentitud elevó su mano hasta acariciarlos con la yema de sus dedos.

Brianna, que hasta ese momento había permanecido con los ojos cerrados, disfrutando de cada caricia, de cada estremecimiento que recorría su cuerpo, no pudo evitar abrir los ojos para descubrir el rostro embelesado de Jared, que parecía hipnotizado con su cuerpo. Esa imagen la dejó sin aliento durante varios segundos. Cuando los dedos, encallecidos por el duro trabajo, siguieron descendiendo a lo largo de su cuerpo hasta llegar a la cinturilla de sus *jeans*, no pudo evitar desear estar en igualdad de condiciones. No dudó en elevar sus manos y comenzar a desabotonar la camisa negra de él, que al quedar abierta cayó a los lados y le mostró un pecho duro y bronceado. Mordiendo el labio inferior, dejó que sus dedos recorrieran los músculos duros y trabajados gracias al esfuerzo en el rancho. Era obvio que Jared era un hombre fuerte y

apasionado.

En pocos minutos, ambos quedaron completamente desnudos, apenas iluminados por la precaria luz de una bombilla colgante en el pequeño cuarto de arreos. Jared habría preferido que su primer encuentro fuera en un lugar más cómodo. Sin embargo, cuando decidió llevarla allí, no imaginó que acabarían haciendo el amor en ese lugar. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, si Brianna no pareciera huir de él en cada paso, habría planeado su primer encuentro. Pero no estaba dispuesto a arriesgar lo que tenía al alcance de sus manos.

Sin muchas ceremonias, Jared tomó a Brianna por la cintura y la apoyó contra la puerta de madera, obligándola a abrir las piernas para que su cuerpo pudiera situarse entre ellas. Mientras tanto, mordisqueaba con deleite los labios dulces y carnosos de Brianna, robándole jadeos que resonaban como música en sus oídos.

Brianna se dejó llevar por la marea de pasión que recorría su cuerpo con el simple roce de sus pieles, que parecían fundirse en uno solo. Se aferraba a su nuca con la mano derecha y con la izquierda acariciaba su amplia espalda.

Jared, con cierto esfuerzo, colocó su mano derecha entre sus cuerpos, llegando al nido entre las piernas femeninas, cuyos pliegues estaban húmedos y resbaladizos, excitándolo aún más. Al ver que estaba más que preparada, introdujo dos dedos en su interior, sintiéndose extasiado cuando la humedad y el calor lo envolvieron.

—Jared, por favor —rogó Brianna, dejando caer su cabeza hacia un lado, exponiendo su largo cuello.

Jared descendió con su boca, clavó sus dientes en la suave piel, la lamió y sopló sobre ella para erizar el vello. Aun así, no descuidó el trabajo con sus dedos, mientras notaba cómo su erección se intensificaba.

—¡Jared! —gimió Brianna desesperada.

—Tus deseos son órdenes, mi amor —respondió él encantado con su ruego. En un movimiento rápido, apartó sus dedos, colocó la punta de su sexo en la entrada de su intimidad y la penetró con una fuerte embestida.

La intensidad del momento se elevó a un nuevo nivel cuando Jared comenzó a entrar y salir del interior de Brianna. Cada gemido y suspiro se entrelazaba con la frágil luz de la bombilla, creando una danza erótica de sombras y destellos sobre sus cuerpos enredados. Los movimientos de Jared eran precisos, guiados por el deseo y la conexión íntima que compartían. La piel de Brianna se erizaba con cada roce, al tiempo que sus manos exploraban el contorno firme de su espalda y se aferraban a él con una mezcla de entrega y deseo.

El calor en el pequeño cuarto aumentaba, alimentado por la fusión de dos cuerpos que buscaban la plenitud en el otro. Jared, con determinación, continuaba explorando cada rincón de Brianna, llevándola al borde de la exquisita agonía del placer.

Brianna, perdida en la vorágine de sensaciones, dejó escapar gemidos entrecortados y susurros incoherentes. Sus ojos azules reflejaban la pasión desenfrenada mientras se entregaba al éxtasis que Jared le proporcionaba.

Cada movimiento de Jared resonaba con un ritmo propio, llevándolos a ambos a un punto sin retorno. Finalmente, en un crescendo de éxtasis compartido, Jared y Brianna se dejaron llevar por la ola de placer que los envolvía. La respiración agitada y los latidos acelerados del corazón marcaban el final de la agonía al llegar conjuntamente al clímax.

Jared no pudo evitar caer de rodillas, con Brianna aún envuelta en su cuerpo, y apoyó su frente en el hombro de ella. Necesitó varios minutos para recuperar los alocados latidos de su

corazón. Finalmente, se separaron con un suspiro compartido, hasta que sus rostros quedaron uno frente al otro.

Con la mirada anclada en los ojos de Brianna, Jared acarició suavemente su rostro con la yema de los dedos, como si pretendiera immortalizar cada detalle de ese momento en su memoria. Brianna, por su parte, esbozó una sonrisa trémula, su corazón aun latiendo con rapidez tras haber experimentado la experiencia más sublime de su vida.

Un instante después, conscientes de que no podían permanecer en ese éxtasis eternamente, se separaron y comenzaron a vestirse en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Entretanto, la realidad de lo sucedido se asentaba en sus mentes.

CAPÍTULO 20

Criadero de caballos Chapman

Nuevamente se hallaban frente a frente, pero completamente vestidos. Jared aguardaba con el corazón en un puño la reacción de Brianna, quien mantenía la vista fija en el suelo. El miedo se apoderó de él, temiendo incluso pronunciar una palabra. La impaciencia por conocer la reacción de Brianna después de haber compartido el que él consideraba el momento más glorioso de su vida le consumía.

Con un suspiro profundo, Brianna alzó el rostro hacia Jared. En sus ojos, se reflejaba una mezcla de angustia y temor. La lucha interna que libraba la abrumaba, sintiéndose acorralada. Era mucho lo que tenía que procesar.

—Brianna, por favor, di algo —rogó él sin poder contenerse por más tiempo.

—Lo siento, Jared, pero esto no puede volver a pasar.

—¿Por qué? —preguntó Jared con su voz apenas en un susurro.

—Porque es lo mejor para todos. Ambos sabemos que nada bueno puede surgir de esto. Simplemente nos dejamos llevar por algo físico, pero eso no es suficiente.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Jared incrédulo.

—Sí —respondió Brianna con voz apagada mientras volvía a bajar su mirada, incapaz de enfrentarse nuevamente a sus ojos verdes.

—Bien, como quieras —replicó dolido, antes de darse la vuelta con ímpetu y abrir la puerta.

Brianna se quedó inmóvil por un momento, sintiendo el peso de la decisión que acababa de tomar, antes de seguirlo hacia el pasillo. Jared avanzaba unos pasos delante de Brianna, y su espalda rígida revelaba la intensidad de sus emociones.

Al doblar la esquina del pasillo, se encontraron con Liam, quien los recibió con una expresión de sorpresa. Jared, con una mirada endurecida que reflejaba la herida aún fresca, se apartó decididamente sin pronunciar una palabra, dejando a Brianna sola frente a Liam.

Liam observó a Brianna detenidamente, notando los labios enrojecidos y la piel pálida marcada por rojeces, y entonces lo comprendió todo.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad—. ¿Jared? —añadió, sorprendido.

Brianna asintió, sintiendo el peso abrumador de la culpa sobre sus hombros. La verdad era inevitable, y le costaba encontrar las palabras.

—Siento mucho decepcionarte. Sé que aún no has perdonado a Jared por lo que os hizo a Harper y a ti.

—No se trata solo de Jared —respondió Liam, tratando de explicarse—. Lo que me decepciona es que no me lo hayas contado.

—Lo siento, pero ni siquiera yo misma sabía lo que sentía por él —confesó Brianna con dificultad—. Pero eso ya no importa. Nunca estaremos juntos —añadió con determinación.

—¿Por qué? —inquirió Liam.

—¿Debo recordarte nuestro historial familiar? —exclamó Brianna, frustrada.

—No, pero eso no significa que no pueda haber un futuro para vosotros. Bree, si algo he

aprendido en estos últimos meses es que en el corazón no se manda.

Brianna miró a Liam con una mezcla de gratitud y tristeza.

—Lo sé, Liam, pero algunas veces el corazón no es suficiente. Hay más cosas que nos separan que las que nos unen —respondió, con la voz temblorosa.

—Entiendo lo que dices, pero no dejes que el pasado determine tu futuro. Tal vez haya obstáculos, pero juntos podríais superarlos —dijo, con tono alentador.

Brianna le sonrió débilmente, agradecida por su apoyo, pero también consciente de las dificultades que enfrentarían.

—Gracias, Liam —respondió con voz cargada de emoción.

—Siempre estaré aquí para ti, Bree. No importa lo que suceda. Eres la hermana que nunca tuve —afirmó Liam con convicción antes de darle el abrazo que parecía necesitar.

Durante varios minutos, los dos se quedaron en silencio, compartiendo un entendimiento mutuo que trascendía las palabras. Finalmente fue Brianna quien se apartó y elevó su rostro para mirar a Liam con gratitud antes de apartarse suavemente.

—Necesito un tiempo para pensar, para estar sola y decidir qué es lo que debo hacer —dijo con sinceridad.

—Lo entiendo —dijo Liam comprensivo—. Pero si necesitas algo, no dudes en llamarme —añadió, ofreciéndole su apoyo incondicional.

—Gracias, pero ahora dime a que viniste —replicó Brianna, cayendo en la cuenta de que no era habitual que Liam fuera al criadero.

—Solo quería saber si estabas bien, últimamente me tenías preocupado, pero ahora comprendo tu extraña actitud de los últimos días —respondió Liam con una sonrisa tierna.

Serene Falls

La luz suave de la lámpara de noche creaba un ambiente acogedor en el pequeño dormitorio en el que la voz de Jenna narraba. El mundo de fantasía del cuento envolvía a Leo. Sin embargo, a medida que avanzaba en la historia, los ojos del pequeño comenzaron a pesar, y un bostezo escapó de sus labios.

—¿Te está gustando, Leo? —preguntó Jenna con una sonrisa, notando cómo el niño luchaba contra el sueño.

Leo asintió con un pequeño murmullo, pero sus ojos ya estaban medio cerrados. Jenna continuó unos minutos más, permitiéndole sumergirse en los últimos fragmentos de la historia. Cuando finalmente levantó la mirada para preguntarle algo, descubrió que Leo se había quedado profundamente dormido.

Una risa suave escapó de los labios de Jenna, había cumplido su propósito. Con cuidado, colocó el libro en la mesita de noche y se levantó de la cama. Tomó la esquina de la sábana y tapó a su hermano, aunque la noche era más bien cálida.

Después de apagar la luz, salió en silencio de la habitación de Leo, cerrando la puerta con cuidado para no despertarlo. En el pasillo, se detuvo unos momentos, indecisa sobre qué hacer a continuación. Tras unos minutos de vacilación, Jenna tomó una decisión.

El suelo de madera emitía un ligero crujido bajo sus pies mientras se dirigía al dormitorio de sus padres, llevando consigo una amalgama de emociones, dominadas por la curiosidad y la

preocupación. La luz tenue de una lámpara de noche proyectaba su resplandor, iluminando de manera parcial el pasillo y provocando que sombras danzantes se deslizaran por las paredes. Al abrir la puerta, Jenna se percató de que el ambiente estaba impregnado con la fragancia familiar de la vela de vainilla que su madre siempre solía encender.

Mackenzie se encontraba sentada en el borde de la cama. Con evidente esfuerzo, limpiaba las heridas de su espalda con una gasa. La dificultad se hacía evidente al tratar de alcanzar ciertas áreas. Habían pasado varios días desde el incidente en la cocina, y las heridas comenzaban a cicatrizar gradualmente.

—¿Mamá? —susurró Jenna con delicadeza, tratando de no perturbarla con su voz.

Mackenzie alzó la mirada, sorprendida al ver a su hija mayor en la puerta. Sus ojos reflejaban una combinación de vergüenza y agotamiento. Aunque había tratado de evitar que sus hijos se enteraran del infierno que vivía junto a Leonard, Jenna ya no era una niña y estaba comenzando a comprender la triste verdad de su matrimonio. Era absurdo intentar ocultar lo evidente.

—No hace falta, me las arreglo —murmuró mientras ajustaba la bata de seda, intentando ocultar las lesiones—. ¿Leo ya está en la cama? —preguntó, tratando de cambiar de tema.

—Sí, mamá. Le leí un cuento y se durmió después de unas cuantas páginas.

—Gracias, cielo —expresó Mackenzie con gratitud.

Jenna se aproximó lentamente, y al llegar a su altura apartó la bata que su madre había desplazado para cubrir su cuerpo. Tomó una gasa del tocador y, decidida a curar sus heridas, comenzó a limpiar la zona. Un leve jadeo escapó de los labios de Mackenzie, que cerró los ojos con fuerza, sintiéndose nuevamente avergonzada.

—Lo siento, cariño, no deberías ser testigo de esto... —se disculpó y aferró la sábana de la cama formando un fuerte puño.

—Mamá, no deberías sentirte avergonzada —declaró Jenna, su voz revelaba el dolor y rabia contenida—. Es él quien debería estarlo.

Jenna continuó con cuidado, aplicando la gasa con ternura sobre las heridas de la espalda de su madre. A pesar de la incomodidad evidente en el rostro de Mackenzie, la conexión entre madre e hija se fortaleció en ese momento de vulnerabilidad compartida.

—Lo siento, mamá, me gustaría poder ayudarte, que no tuvieras que pasar por todo esto —susurró Jenna, con su voz reflejando compasión.

Mackenzie le dirigió una mirada agradecida, reconociendo el entendimiento de su hija sobre la situación. A pesar de que había intentado protegerla de la realidad, no lo había logrado y eso le hizo sentir cierta sensación de fracaso.

—Cariño, no está en tus manos —respondió Mackenzie.

—Pero sí en las tuyas. ¿Por qué sigues soportando todo esto? —preguntó Jenna confusa y molesta a partes iguales.

—No es tan sencillo, cielo —dijo Mackenzie.

Jenna continuó con el proceso de curación, consciente de la complejidad de la situación. La habitación se llenó de un silencio tenso, solo interrumpido por el roce de la gasa deslizándose sobre la piel y el ocasional crujir de la cama. La vela de vainilla arrojaba destellos tenues, proyectando sombras que parecían danzar al ritmo de los latidos compartidos de madre e hija.

—¿Por qué no le dejas? —preguntó Jenna.

—Es complicado, cariño. A veces las cosas no salen como planeamos, y las decisiones que tomamos nos afectan a todos —explicó Mackenzie con voz suave, compartiendo un atisbo

de la verdad con Jenna.

Jenna asintió en silencio, sintiendo una mezcla de dolor y empatía. Sabía que no podía resolver todos los problemas de su familia en ese momento, pero estaba determinada a ser un apoyo para su madre y la guardiana de su hermano.

Mackenzie cerró los ojos por un instante, inhalando profundamente como si intentara liberar tensiones acumuladas. Cuando volvió a abrirlos, una chispa de determinación brilló en su mirada.

—Gracias, Jenna. Por estar aquí, por entender y no juzgarme. Te prometo que intentaré solucionar esta situación, pero necesitaré tiempo. Solo te pido paciencia —dijo Mackenzie con una sonrisa temblorosa dibujada en sus labios.

Jenna le devolvió una sonrisa triste, sintiéndose más conectada con su madre que nunca. Y en ese momento se hizo la firme promesa de no permitir que su padre volviera a dañar a su madre.

Rancho Moonlight

El porche se sumía en la penumbra de la noche, iluminado solamente por la tenue luz de las estrellas y la brasa ardiente del cigarrillo que Jared sostenía entre sus dedos. La serenidad nocturna se quebró cuando Colt, recién llegado y tras estacionar la *pick-up* frente a la casa, ascendió los dos escalones del porche. Pasaron unos segundos antes de que se percatara de que no estaba solo, y su ceño se frunció al descubrir a Jared con un cigarro entre los labios.

—¿Desde cuándo has vuelto a fumar? —inquirió, manifestando su decepción de manera evidente.

Jared suspiró, expulsando una bocanada de humo antes de responder.

—Hoy fue un día complicado, Colt. A veces, uno recurre a viejas costumbres para lidiar con el estrés —trató de excusarse, aunque no se sentía nada orgulloso de su comportamiento.

Colt se acercó y se sentó a su lado en el banco, girando la cabeza para fijar su mirada en el rostro de su hermano.

—¿Qué pasó, Jared? No te he visto así desde... desde hace mucho. —No quería recordar los malos momentos que habían pasado tras la encarcelación de su padre.

Jared miró hacia el horizonte, como si la oscuridad pudiera ocultar las emociones que pesaban sobre él.

—Hoy he visto a Brianna —comentó escuetamente.

—¿Y cómo fue? —preguntó Colt intrigado.

—La verdad es que nada bien. Seguí tu consejo, quería hablar con ella sobre lo que sucedió entre nosotros... pero la cosa se me fue de las manos, la besé y, acabamos acostándonos —confesó sin paños calientes.

—¿Qué?! —boqueó Colt incrédulo.

—Ella se entregó a mí, disfrutó tanto como yo —declaró Jared frustrado—, pero cuando todo acabó se apartó y dijo que no podía haber nada entre nosotros. Intente hablar, pero ella se cerró en banda y dijo que nunca debimos traspasar la línea —concluyó su relato. Sus hombros se hundieron.

—Vaya, lo siento mucho —replicó Colt, comprendiendo cómo podía sentirse su

hermano. No era un hombre que expresara fácilmente sus sentimientos, y el rechazo de Brianna debió de ser un duro golpe para Jared.

—No pasa nada —dijo Jared, arrojando la colilla al suelo para luego pisarla con la punta de su bota—. Todo tiene que pasar por algo. Además, llevo mucho tiempo solo, y no es tan malo como parece —añadió con una sonrisa triste.

Colt apoyó una mano en el hombro de Jared, con la intención de ofrecerle el consuelo que parecía necesitar.

—A veces las cosas simplemente no salen como esperamos —dijo Colt finalmente, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero eso no significa que no puedan mejorar. Dale tiempo al tiempo —añadió, recordando aquella frase que su padre solía repetir a menudo.

Jared asintió en silencio, agradeciendo el gesto y las palabras de su hermano. El porche, testigo de muchas historias familiares a lo largo de los años, ahora presenciaba su vulnerabilidad.

Colt rompió el silencio con una propuesta inesperada.

—Mañana es domingo, ¿Por qué no nos cogemos la tarde libre?

—¿Para qué? —preguntó Jared confuso.

—Podemos ir a pescar, alejarnos de todo esto. Hace años que no lo hacemos. Quizás no nos vendría mal un poco de aire fresco y tranquilidad.

Jared sonrió levemente ante la sugerencia, agradecido por la oferta de su hermano de escapar momentáneamente de la tormenta emocional que había desatado lo que sentía por Brianna.

—Suena como un buen plan. Tal vez atrapemos alguna trucha —dijo dibujando una sonrisa más amplia—. ¿Recuerdas la última vez?

—Claro que lo recuerdo —dijo Colt con la misma sonrisa pintada en sus labios—. Cuando Moira vio el cubo lleno de peces nos echó de la cocina y no nos dejó volver a entrar hasta que le entregamos la pesca limpia.

La risa de los dos hermanos resonó en el porche mientras rememoraban aquella divertida anécdota.

—¡Esa fue una tarde para recordar! —exclamó Jared, sacudiendo la cabeza ante el recuerdo de la regañina de Moira.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho —aceptó Jared—. Gracias, Colt.

—A veces, todo lo que necesitamos es un poco de pesca y risas para poner las cosas en perspectiva —replicó Colt guiñándole un ojo—. Y ahora me voy a la cama, estoy hecho polvo —afirmó, y se dirigió a la puerta—. Buenas noches, Jared.

—Buenas noches, Colt —replicó el aludido.

Jared decidió pasar unos minutos más en el porche, contemplando el cielo estrellado y reflexionando sobre las decisiones que debía tomar. Así había sido su vida desde que su padre falleció, llena de elecciones difíciles, pero le parecía que esta era la más ardua y trascendental de todas, ya que podría implicar perder su corazón.

CAPÍTULO 21

Serene Falls

Oliver Witman se encontraba en su casa, un lugar apartado en las afueras del pueblo, donde la tranquilidad y la oscuridad de la noche reinaban en su hogar. Esa noche una empleada eventual cubría su turno en el bar. Cenó un plato precocinado que apenas saboreó, y poco después se encontró sentado frente a la televisión. Los destellos de la pantalla iluminaban su rostro ausente, revelando que su mente se encontraba en otro lugar.

Aburrido de la monotonía televisiva, Oliver se levantó y se dirigió hacia su dormitorio. Alcanzó un pequeño altillo y, tras subirse a una silla, sacó una caja de zapatos desgastada. Las memorias almacenadas en ese modesto recipiente eran tesoros de su pasado, cada uno cargado con historias, risas y, en algunos casos, un toque de melancolía.

Se sentó en la cama con la caja entre las manos, dejando que sus dedos ásperos acariciaran la superficie polvorienta. Con cuidado, comenzó a extraer los objetos guardados con cariño. Entre las reliquias del tiempo, emergió una vieja fotografía. En ella, una hermosa mujer morena con ojos azules y una sonrisa contagiosa capturaba la esencia de días que, aunque distantes, seguían latiendo en su memoria. Un nudo se formó en su garganta, recordándole la vida que una vez compartió con ella.

Dejó la fotografía con delicadeza sobre el edredón y, con movimientos pausados, tomó un pequeño patuco blanco entre sus manos. El tejido suave y desgastado era un recordatorio tangible de la inocencia y la ternura que alguna vez llenaron su hogar. Acarició la suave lana con la yema de sus dedos, reviviendo momentos que permanecían en su corazón.

La habitación se llenó de un silencio respetuoso mientras Oliver contemplaba los objetos que contaban su historia. Aunque el tiempo había pasado, las emociones seguían palpables en cada detalle guardado en esa caja de zapatos. En la penumbra de su hogar, Oliver Witman se sumergió en un rincón de su pasado donde los recuerdos, a pesar de la distancia, continuaban susurrando historias de amor y pérdida.

El sonido del timbre rompió el silencio. Sorprendido por la visita, Oliver se apresuró a guardar los objetos antes de dirigirse hacia la entrada.

Al abrir la puerta, se encontró con Tricia Bale, su amable vecina. Aunque ambos mantenían una buena amistad, era la primera vez que la joven le visitaba en su hogar, y eso le asombró.

—Tricia, ¿a qué debo esta agradable sorpresa? —preguntó, esbozando una sonrisa cálida.

—Buenas noches, Oliver. Siento haber venido así, sin avisar —se excusó Tricia, visiblemente incómoda—. Estuve en el Bluebonnet, pero Rachel me dijo que esta noche librabas y lo que tenía que decirte no puede esperar —se apresuró a explicar.

—Tranquila, preciosa, no hay problema —dijo Oliver al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que entrara en la vivienda—. Pasa, por favor —le rogó.

Tricia dudó, pero finalmente aceptó la invitación de Oliver con una sonrisa agradecida. La vivienda era pequeña, y la luz tenue del salón confería una atmósfera acogedora. Oliver la condujo hacia el modesto sofá y la invitó a sentarse.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Oliver, mostrando un interés genuino.

Tricia inhaló profundamente antes de atreverse a hablar. Cuando había decidido contarle a Oliver que había escuchado su nombre en una conversación telefónica del señor Bolton con otra persona, había pensado que era lo que debía hacer, pero ahora no estaba tan segura de que fuera la mejor idea.

Oliver observó a Tricia con atención. La joven estaba visiblemente inquieta.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado—. ¿Ha sucedido algo con tus hermanos? —añadió, conocedor, como todo el pueblo, de que los hermanos Bale eran muy dados a meterse en problemas.

—No, no se trata de mis hermanos —se apresuró a negar la joven—, al menos eso creo —añadió—. Verás, Oliver, he venido porque estoy preocupada por ti. —Tricia exhaló un suspiro antes de continuar—. La otra noche, sin querer, escuché una conversación del señor Bolton.

—¿Es algo relacionado con el bar y tu piso? —preguntó Oliver con el semblante serio.

—No —se apresuró a desmentir Tricia, con la sensación de que se estaba explicando como un libro cerrado—, no sé exactamente de qué se trata, pero escuché tu nombre y que el señor Bolton hablaba de buscar algo que usar en tu contra. ¿Le conoces de antes? —indagó, con la esperanza de encontrar un nexo entre ambos hombres.

El silencio llenó la habitación mientras Oliver procesaba la información. La noticia de que un desconocido le estaba investigando lo inquietó profundamente.

—No, que yo sepa —respondió, aún sumido en sus pensamientos.

—Bueno, aun así, pensé que deberías saberlo.

—Gracias por decírmelo, Tricia.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la mujer inquieta.

—Pues no lo sé —confesó Oliver—, pero no te preocupes, suelo meditar las cosas antes de tomar decisiones. Cuando sepa qué está pasando exactamente, decidiré cómo enfrentarlo —respondió Oliver con determinación.

—Espero haber hecho lo correcto —confesó Tricia.

—Lo has hecho, y te agradezco enormemente que me hayas avisado. Ahora necesito descubrir quién es Lucien Bolton y por qué está interesado en mí.

—Si necesitas ayuda o cualquier cosa, cuenta conmigo —se ofreció ella.

Oliver agradeció sus palabras con una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias —replicó Oliver emocionado.

—Bueno, pues ahora debería irme —dijo Tricia, abandonando el sofá.

—¿No quieres tomar nada? —preguntó el hombre, servicial, dándose cuenta de que había sido un pésimo anfitrión.

—No, muchas gracias —dijo Tricia con una sonrisa tierna—. La verdad es que estoy deseando llegar a mi casa —confesó—. Ha sido un día muy largo.

—Como quieras —replicó Oliver, acompañando a la joven hasta la puerta—. Y gracias nuevamente —añadió.

Tricia salió de la casa y se dirigió a su coche con la sensación del deber cumplido. Al tiempo que maniobraba para salir de la calle, unos ojos penetrantes la espiaban desde unos arbustos cercanos.

Lucien había descubierto a Tricia saliendo del bar media hora antes, y guiado por el instinto, la había seguido hasta aquella pequeña casa apartada para descubrir que se trataba nada más y nada menos que de la vivienda del mismísimo Oliver Witman. En ese momento, maldijo a

Tricia por meterse donde no la llamaban.

El rostro de Lucien se mantenía en las sombras mientras sus ojos azules ardían con una mezcla de frustración y determinación. La noche estaba en silencio, solo interrumpida por el suave murmullo de la brisa nocturna. Lucien se esfumó entre las sombras, dejando tras de sí una sensación de inquietud que se mezclaba con la oscuridad de la noche.

Oliver cerró la puerta con cuidado, reflexionando sobre los eventos recientes. La tarea que se avecinaba era complicada, pero estaba decidido a descubrir la verdad sobre las intenciones del señor Bolton, sin importar las sombras que se cernían sobre él y el Bluebonnet.

*Serene Falls,
al día siguiente*

Aquella tarde de domingo estaba siendo tranquila en la clínica veterinaria. Brianna tenía guardia, ya que su ayudante le había pedido el fin de semana libre y no se había podido negar. En el último año, Erin se había entregado a la clínica al cien por cien y se lo debía. De no ser por ella, habría tenido que cerrar.

Brianna revisaba algunos expedientes en la sala de espera cuando el sonido del timbre rompió el silencio. Levantó la vista de los papeles para encontrarse con Harper, que la saludaba efusivamente desde el otro lado del cristal.

Brianna cogió las llaves del mostrador y se dirigió a la puerta para abrir.

Harper entró en la clínica visiblemente emocionada, llevando entre sus manos una pequeña caja de cartón.

—¡Bree, tengo algo que quiero que veas! —exclamó con entusiasmo, depositando la caja sobre el mostrador de recepción.

Brianna arqueó una ceja, curiosa y algo sorprendida y volvió a cerrar la puerta con la llave, le hacía sentirse más segura.

—¿Qué es eso? —preguntó observando la caja con atención.

Harper sonrió, apartando las solapas con cuidado para revelar a un pequeño gatito juguetón y curioso que maullaba con entusiasmo.

—Encontré al pequeño en el callejón cerca de mi oficina. Parecía necesitar ayuda, así que pensé que podrías echarle un vistazo. Además, estoy pensando en adoptarlo si está bien —explicó Harper mientras depositaba con cuidado la caja sobre el mostrador de la clínica.

Brianna esbozó una sonrisa al ver al gatito, de pelaje blanco con algunas manchas negras, que la observaba con curiosidad a través de sus preciosos ojos verdes.

—¡Oh, es adorable! —exclamó Brianna recogiendo al pequeño con cuidado, y luego se dirigió hacia la sala de revisión, seguida por Harper—. Pero ¿estás segura de que quieres adoptarlo?

Harper se encogió de hombros con una expresión cómplice.

—Bueno, siempre he querido tener un gato, y este pequeñín parece necesitar un hogar. Además, puede ser una buena compañía para las noches solitarias en las que Liam tiene guardia, ya que todas mis amigas parecen estar muy ocupadas —añadió con una pizca de humor.

—¡Oh, vamos, Harper! —replicó Brianna mientras comenzaba a examinar al minino—. No seas exagerada. Si el otro día no fui a la cena de chicas es porque estoy muy liada con el criadero...

—Bree, por favor, no intentes evadir la situación. Recuerda que soy abogada —replicó Harper, clavando su mirada en el rostro de su amiga de manera inquisitiva.

Brianna dudó por un momento, pero en el fondo sabía que no podría evitar a Harper por más tiempo. Además, su amiga parecía tener la capacidad de leer sus pensamientos.

—Está bien, es solo que... he estado sintiendo algo por alguien, y no sé qué hacer al respecto —confesó Brianna después de un breve titubeo.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó Harper intrigada.

Brianna bajó la mirada, notando las dudas en sus propios pensamientos. Desde que se había acostado con Jared no había pegado ojo, y cuando lo había logrado solo había soñado con encuentros tórridos con él. Sabía que confesarse con la hermana del responsable de sus desvelos no era lo más aconsejable, pero a su vez necesitaba desesperadamente desahogarse con su mejor amiga.

—Bree, puedes confiar en mí. ¿Quién es ese misterioso hombre que te tiene tan alterada? —insistió Harper.

Brianna dudó por un momento, pero finalmente se decidió a compartir la verdad.

—Es... Jared —confesó, observando la reacción de Harper.

—¿Jared? ¿Mi hermano Jared? —preguntó Harper, asegurándose de que había escuchado bien.

—Sí, así es —confirmó Brianna—. Y no me preguntes cómo ha pasado, porque ni yo misma lo sé.

Harper se tomó unos instantes para reaccionar, tratando de asimilar la información recibida. Su rostro reflejó una mezcla de sorpresa, desconcierto y, al final, una chispa de complicidad.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. ¿Cómo diablos ha ocurrido? —preguntó con una sonrisa incrédula.

Brianna suspiró, jugueteando con la solapa de su bata al tiempo que intentaba poner en palabras lo inexplicable.

—No lo sé, la verdad. Ha sido un conjunto de circunstancias extrañas, y me encuentro confundida. Pero, lo que más me preocupa es cómo una posible relación con tu hermano podría afectar nuestra amistad y la dinámica familiar.

Harper se acercó a su amiga, apoyando una mano reconfortante en su hombro.

—Bree, la vida nos sorprende a veces. Pero creo que la honestidad es clave. Si sientes algo por Jared, debes hablar con él y averiguar qué está pasando.

—Pero ¿qué pasa con Hailey? —rebatía Brianna, revelando sus miedos.

Harper elevó su mano y acarició la mejilla de su amiga, donde podía ver reflejada su angustia. Sabía que, para Brianna, Hailey era todo lo que le quedaba y comprendía su miedo, pero también sabía que debía ser fuerte.

—Hailey te adora, y lo comprenderá todo. Ya no es una niña. Además, tengo entendido que adora a Jared.

—Pero aún no sabe la verdad —le recordó Brianna.

—No cruces ese puente antes de llegar —aconsejó Harper—. Estoy deseando que Hailey sepa que también somos sus hermanos, pero si tengo que esperar más para que tú y Jared podáis ser felices, lo haré —afirmó con sinceridad.

Brianna se secó una lágrima furtiva mientras agradecía en silencio la comprensión de Harper. Necesitó unos minutos para recobrar la compostura antes de hablar.

—Harper, aprecio mucho tu apoyo. Hailey lo es todo para mí, y el miedo a cómo esto podría afectarla siempre está presente. Pero tienes razón, quizás sea hora de enfrentar la verdad y dejar que las piezas del destino caigan donde tengan que caer.

Harper le dedicó una sonrisa alentadora antes de hablar.

—Bree, estoy aquí pase lo que pase. Y respecto a Jared, si ha surgido algo entre vosotros, te animo a intentarlo. La felicidad no siempre sigue el camino más fácil, te lo digo por experiencia.

Brianna asintió con gratitud.

—Quizás tengas razón y sea necesario arriesgarse para descubrir la verdadera felicidad. Gracias por ser mi amiga y por entender.

—Bueno, soy tu amiga, y quién sabe... puedo llegar a ser tu cuñada —dijo Harper con humor antes de estirar sus brazos para atrapar a Brianna en el fuerte abrazo que la joven parecía necesitar.

Poco después Harper abandonó la clínica, sosteniendo al pequeño felino en sus brazos y reflexionando sobre las recientes revelaciones de Brianna. A pesar de la sorpresa inicial, se alegraba por ambos. La vida de Jared no había sido nada fácil, y merecía un poco de felicidad. Si había alguien capaz de iluminar la vida de su hermano, esa persona era Brianna Chapman.

CAPÍTULO 22

*Criadero de caballos Chapman,
unos días después*

Aquella tarde, Jenna y Hailey se encontraban inmersas en la tarea de concluir un proyecto de ciencias, aprovechando los últimos días de clase para ponerle el broche final al curso que estaba a punto de concluir.

Jenna, sentada sobre la alfombra junto a la cama, leía en voz alta un párrafo de un libro que estaba utilizando para su trabajo conjunto. Hailey, por su parte, estaba sentada en el escritorio con su mirada fija en la pantalla del ordenador, intentando concentrarse en el trabajo, pero la excitación por las noticias que estaba esperando amenazaba con distraerla.

—... Y así, la interacción de los neurotransmisores en el sistema nervioso central es esencial para comprender los procesos cognitivos —leyó Jenna, deteniéndose para observar la reacción de su amiga.

Hailey asintió, tratando de mantener el enfoque, pero su atención se desvió cuando el sonido de un correo electrónico saltó en la pantalla de su portátil.

—¡Jenna, mira esto! —exclamó Hailey, levantando la vista con ojos brillantes.

Jenna se acercó curiosa, y al mirar la pantalla, descubrió lo que estaba causando tal emoción en su amiga. Hailey había recibido la confirmación para participar en el rodeo en Bandera.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Jenna, contagiada por la alegría palpable en el rostro de Hailey—. ¡Es increíble! ¿Cuándo es?

—¡En dos semanas! —gritó Hailey, saltando de emoción—. ¡No puedo creerlo, voy a participar en el rodeo de Bandera!

—¡Qué guay! ¿Cómo te sientes? —preguntó Jenna, tan emocionada como su amiga.

—Nerviosa —confesó Hailey—, pero, sobre todo, ¡feliz! —añadió, con una sonrisa que iluminaba su rostro—. Siempre he soñado con esto, Jenna, ¡y finalmente está sucediendo!

—Te lo mereces, Hailey —dijo Jenna abrazando a su amiga con cariño—. Has trabajado muy duro por esto; estoy segura de que quedarás en los primeros puestos, ya verás.

—Te agradezco la confianza —replicó Hailey, divertida—, pero no aspiro a tanto en mi primera competición.

—Si quieres, puedo ayudarte a elegir tus *outfits* —se ofreció Jenna, aunque no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Daría lo que fuera por participar en esa competición, o en cualquier otra que la sacara de Serene Falls y de su casa.

Hailey, con la mirada fija en su amiga, percibió la sombra de tristeza que la recorrió y supo que Jenna no estaba bien.

—¿Tus padres han vuelto a discutir? —preguntó, consciente de la difícil situación familiar que se vivía en casa de los Slater.

Jenna asintió con pesar, dejando escapar un suspiro entre sus labios. La preocupación se reflejaba en sus ojos grises.

—Sí, las cosas en casa no han mejorado. Parece que cada día es más difícil. Mis padres

no dejan de discutir día y noche. Ojalá pudiera escapar, al menos por un rato.

Hailey apretó los labios en una expresión de comprensión y apoyo.

—Lo siento mucho, Jenna. Ya sabes que siempre estaré aquí para ti, que puedes contar conmigo. ¿Quieres hablar al respecto?

Jenna sonrió débilmente, agradeciendo la oferta de su amiga, pero sabía que no podía confiarle lo que había hecho su padre, principalmente porque sabía que su madre se sentiría avergonzada, a pesar de que no era culpable de nada.

—Gracias, Hailey, pero prefiero que hablemos de algo más alegre. Cuéntame más sobre la competición.

Hailey dudó, pero finalmente compartió sus planes y estrategias para el rodeo. Jenna la escuchaba con atención, intentando dejarse llevar por la felicidad de su amiga y alejarse, al menos por un momento, de sus propios problemas.

Mientras charlaban, Jenna no pudo evitar preguntarse si algún día tendría la oportunidad de perseguir sus propios sueños, de escapar de las sombras que oscurecían su triste hogar.

—Por cierto, tengo algo que contarte que no te vas a creer —exclamó Hailey de repente. Su rostro mostraba emoción.

—¿Qué sucede? —preguntó Jenna, sorprendida.

—Se trata de la vida amorosa de mi hermana —susurró Hailey, echando una mirada a la puerta para asegurarse de que nadie la escuchaba.

—¿Te refieres al concierto al que fue con el señor Carpenter? —preguntó Jenna, que parecía al tanto de los devaneos amorosos de la hermana de su amiga.

—No, me parece que nos equivocamos en nuestras conclusiones. El otro día la vi besándose con alguien en el establo —confesó Hailey, sentándose sobre la alfombra al estilo indio.

—¿Con quién? —preguntó Jenna, excitada, sentándose junto a su amiga.

—Nada más y nada menos que con... —hizo el gesto con los dedos de hacer un redoble de tambores— ¡Jared Duncan!

—¿Qué? —boqueó Jenna, incrédula. Aquel hombre hosco, callado y taciturno habría sido la última persona en la que habría pensado en una actitud cariñosa con una mujer, y menos con Brianna Chapman—. ¿Es broma? —preguntó para asegurarse.

Hailey asintió con seriedad.

—No es ninguna broma. Lo vi con mis propios ojos. Estaban tan enfrascados en su beso que ni siquiera notaron mi presencia.

—Nunca me lo hubiera imaginado —confesó Jenna, intentando procesar la información y con la sorpresa aún pintada en su rostro.

—Ni yo tampoco, pero me parece que hacen una buena pareja —afirmó Hailey rotunda mientras se frotaba la barbilla pensativa.

Las dos amigas intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Jenna, sabiendo que su amiga estaba maquinando algo; se lo decía su sonrisa pícar.

—Quizás debería pedirle a mi hermana que nos acompañe a la competición —propuso Hailey, aún con gesto reflexivo.

—¿En serio? —preguntó Jenna, que tenía una ligera idea de lo que Hailey estaba tramando y no pudo evitar sonreír.

—Sí, imagina la cara de Jared cuando se entere de la noticia. Podría ser el empujón que

necesitan —sugirió, con un brillo de complicidad en sus ojos.

Jenna asintió, contagiada por la emoción de su amiga.

—¡Es brillante! —exclamó sin poder contenerse.

Las dos amigas rieron, sintiéndose cómplices de un plan donde ellas actuarían como cupidos de Brianna y Jared.

Jt observaba a Brianna desde la entrada de la cuadra, donde la luz del atardecer teñía el ambiente con tonos cálidos. Ella estaba concentrada, asistiendo a una yegua en pleno parto. La destreza y familiaridad con la que Brianna manejaba la situación no pasaron desapercibidas para Jt; aunque no era sorprendente siendo veterinaria.

Brianna levantó la mirada y se sobresaltó al ver a Jt observándola. La expresión en su rostro mostraba una mezcla de admiración y respeto que la turbó. Dudó sobre cómo proceder, pues llevaba días evitando al capataz, pero sabía que no podía mantener esa actitud eternamente.

—Hola, Jt. ¿Qué haces aquí? —preguntó, lavándose las manos en un cubo cercano y secándolas con un trapo.

—Solo pasaba por aquí —confesó con una sonrisa tímida—. ¿Cómo está la yegua? —inquirió, intentando mantener una conversación casual.

—Todo está bien, gracias a Dios. Has llegado justo a tiempo para ver a la cría. ¿Quieres acercarte? —invitó Brianna, señalando al pequeño potro que estaba de pie, tambaleándose un poco, pero claramente sano.

Jt se aproximó, observando al recién llegado al mundo. Brianna, por su parte, acarició con ternura al potrillo, disfrutando del momento.

—Es precioso —afirmó Jt, observando su pelaje negro—. Creo que será un buen purasangre —añadió con orgullo.

—Es un milagro de la naturaleza. Me encanta estar aquí para cuidar de mis caballos y ser testigo de estos momentos especiales —comentó Brianna, con una chispa de emoción en sus ojos.

Después de asegurarse de que la yegua y la cría estuvieran bien, Brianna y Jt salieron de la cuadra y se sentaron en un banco cercano. La calidez del atardecer creaba una atmósfera íntima.

—Brianna, quiero hablar contigo sobre algo. La otra noche fue especial para mí, y no puedo dejar de pensar en eso —comenzó Jt, su tono revelaba una mezcla de nerviosismo y sinceridad—. No suelo ser tan directo, pero creo que lo que compartimos fue más que un simple beso. Me gustaría saber si hay alguna oportunidad para nosotros, si hay algo más entre tú y yo.

Brianna se sintió algo cohibida, pero Jt era un buen hombre y se merecía la verdad. Tomó una bocanada de aire y finalmente habló, dispuesta a ser sincera.

—Jt, también he estado pensando en eso. Lo que pasó entre nosotros fue especial, y no puedo negar que siento una conexión contigo. Pero hay otra persona que ha entrado en mi vida sin avisar, como un vendaval, y no puedo luchar contra lo que me hace sentir cuando está cerca.

Jt frunció el ceño, y sus dedos formaron dos puños. Había sido un estúpido, desde el primer momento no había tenido ninguna oportunidad. No hacía falta que Brianna le diera ningún nombre, sabía perfectamente quién era esa persona que había arruinado su posibilidad de acercarse a ella.

—Es Jared Duncan, ¿verdad? —escupió la pregunta.

Brianna notó la tensión que se había apoderado de Jt, pero decidió continuar, sabiendo que la honestidad era el único camino.

—Sí, se trata de él. No esperaba que pasara —confesó con sinceridad—, pero ocurrió. Nunca quise herirte —afirmó con vehemencia.

Jt inhaló profundamente, tratando de procesar la revelación. Sus hombros se tensaron, pero luego exhaló lentamente, intentando mostrar comprensión. A fin de cuentas, ella estaba siendo sincera.

—Lo entiendo —murmuró, aunque su mirada reflejaba cierta decepción que no pudo ocultar.

Brianna, al notar la tormenta emocional en Jt, buscó sus ojos.

—Lamento si te hice daño —confesó—. Nunca fue mi intención complicar las cosas.

Jt forzó una sonrisa y asintió.

—No te preocupes, Brianna. Aprecio tu honestidad. Solo... me tomará un tiempo asimilarlo, eso es todo.

El silencio llenó el espacio entre ellos mientras cada uno digería a su modo lo que acababan de hablar. La luz del atardecer arrojaba sombras suaves sobre sus rostros, reflejando la complejidad de sus emociones.

—Supongo que debería irme, tengo mucho trabajo pendiente —dijo Jt finalmente, poniéndose de pie.

Brianna asintió, agradeciendo la comprensión que Jt mostraba.

—Gracias por entenderlo, Jt. Y por lo que respecta a nosotros... —titubeó un momento—, me gustaría que fuéramos amigos.

—Creo que necesitaré un poco más de tiempo para eso —afirmó Jt con sinceridad.

Y sin decir una palabra más, se alejó en dirección al cercado donde pastaban algunos de los caballos que pronto serían vendidos en la subasta de ganado. Brianna lo observó por un momento, sintiendo una mezcla de pesar y gratitud.

El crepúsculo avanzaba, pintando el cielo con tonos púrpuras y naranjas mientras Brianna permanecía allí sentada, reflexionando sobre las decisiones y las complicaciones que había tenido que enfrentar en las últimas semanas.

Su corazón sabía que la sinceridad era el único camino, aunque reconocía que a veces traía consigo dolorosas consecuencias. La conversación que había mantenido con Harper unos días antes resonaba nítidamente en su mente, recordándole la promesa que le había hecho de hablar con Jared, aunque aún no se sentía preparada.

Dispuesta a despejar su cabeza, decidió subir a la habitación de su hermana para ver qué estaban haciendo. Se suponía que Hailey y Jenna habían quedado aquella tarde para hacer un trabajo del colegio, pero desde el pasillo resonaban las risas de las dos amigas.

CAPÍTULO 23

Brianna abrió la puerta con un suave crujido y observó la escena con una expresión curiosa y divertida. Hailey y Jenna estaban sentadas sobre la mullida alfombra rosada y reían alegremente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Brianna, entrando en la habitación con una mezcla de intriga y curiosidad.

—¡Bree! Me han confirmado para el rodeo en Bandera —exclamó Hailey levantándose del suelo para acercarse a su hermana—. ¡Voy a competir en una semana! —anunció emocionada.

Brianna dejó escapar una exclamación de alegría y sorpresa.

—¡Eso es increíble, Hailey! ¡Felicidades! —dijo, acercándose para abrazar a su hermana con entusiasmo.

Hailey aceptó el abrazo con una sonrisa luminosa.

—¡Gracias! No puedo esperar a que llegue ese día. No voy a poder dejar de pensar en la competición en esta semana.

—Pues más te vale que te concentres en tus clases si quieres ir. No voy a permitir que desatiendas tus estudios —le recordó Brianna en su papel de adulto responsable.

—¡Oh, vamos, Bree! No seas aguafiestas —protestó Hailey.

—No lo soy, solo te recuerdo tus obligaciones.

—Vale, tranquila, sacaré las mejores notas que hayas visto —afirmó Hailey para zanjar la cuestión—. Por cierto, había pensado —añadió con cautela— que podrías acompañarnos al rodeo a Jared y a mí —soltó sorprendidamente.

Brianna parpadeó, procesando la propuesta de Hailey. Las risas y la energía de la habitación quedaron en segundo plano mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para negarse a aquella idea disparatada.

—¿Acompañaros al rodeo? —repitió Brianna, buscando confirmación en los ojos de su hermana, para asegurarse de que no había escuchado mal.

—Sí, sería genial que estuvieras allí para animarme. Además, será divertido, ¿no te parece? —preguntó Hailey emocionada.

Brianna se mordió el labio, reflexionando sobre la sugerencia. La idea de estar presente en el rodeo, apoyando a Hailey y, al mismo tiempo, compartir tiempo con Jared, le generaba un torbellino de emociones contradictorias.

—No sé, Hailey. Necesito pensar en ello —intentó evadir la cuestión—, tengo mucho trabajo aquí y en la clínica —intentó excusarse.

—Lo sé, Bree, solo pensé que sería genial tener a mi única familia allí.

Brianna se sintió culpable, y no dudó en acercarse a Hailey para abrazarla fuertemente contra su cuerpo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo importante que era aquella competición para su hermana.

—Lo entiendo, Hailey. Es una propuesta maravillosa, pero necesito tiempo para cuadrarlo todo —dijo con la intención de ganar tiempo—. De todas formas, estoy increíblemente orgullosa de ti y emocionada por tu participación.

Hailey sonrió, agradecida por la comprensión de su hermana.

—Gracias, Bree, eres la mejor hermana del mundo —exclamó Hailey—, aunque claro, eres la única que tengo —añadió con humor.

Brianna no pudo evitar volver a morderse el labio inferior. Las palabras de Hailey le recordaron la otra cuestión que tenía pendiente con la familia Duncan. Fuera como fuera, después de la competición tenía que contarle a Hailey la verdadera relación que les unía con Jared, Colt y Harper. Sabía que no sería fácil para la niña descubrir la verdad de sus orígenes, pero no podía arriesgarse a que se enterara por otro medio; estaba segura de que entonces la odiaría.

—Bueno, chicas, ha sido una tarde muy larga, ¿no os apetece cenar? —preguntó Brianna, dispuesta a cambiar de tema.

Jenna, al escuchar las palabras de Brianna, miró la hora en su reloj y se sobresaltó al comprobar lo tarde que era. Hacía rato que debía haber regresado a casa, y no pudo evitar temblar al imaginarse lo que sucedería cuando llegara.

—Gracias, Brianna, pero yo tengo que volver a casa —afirmó Jenna al tiempo que comenzaba a meter sus cosas en su mochila.

—¿No te vas a quedar? —preguntó Brianna confusa.

—No puedo, no he avisado en casa —se excusó la niña cerrando de un tirón la cremallera de su mochila.

—Por eso no te preocupes —afirmó Brianna rotunda—, ahora mismo llamo a tu madre, verás como no hay ningún problema.

—Te lo agradezco, pero no —replicó Jenna reticente.

—No insistas —intervino Hailey, que había notado que Jenna no se sentía cómoda con la situación—, creo que hoy tienen invitados. ¿Verdad? —dijo, dirigiéndole una mirada cómplice a su amiga.

—Sí, así es —afirmó Jenna, sintiéndose salvada.

—Bueno, como quieras, pero te llevaré a casa yo misma. No quiero que vayas sola por la carretera —afirmó Brianna con una voz que no admitía réplica.

—Está bien, gracias —aceptó Jenna finalmente.

Media hora después Brianna paró el coche frente a la casa de los Slater y se despidió de Jenna con un gesto amigable. Luego aguardó con paciencia a que la niña entrara en la vivienda, asegurándose de que llegara sana y salva a su hogar.

Mientras conducía de regreso al criadero de caballos, una sensación de tensión se apoderó de su cuerpo al solo imaginar la perspectiva de tener que pasar un fin de semana completo con Jared, ahora que había aceptado acompañar a Hailey a la competición de Bandera.

Era consciente de que no era una buena idea después de lo sucedido entre ellos, pero, al mismo tiempo, no podía eludir la situación. Carecía de un motivo concreto para negarse a ir al rodeo, y además, no quería decepcionar a su hermana. A pesar de la dificultad que le suponía, sabía que tenía que hablar con Jared y aclarar la situación antes de emprender el viaje, y no podía negar que la aterraba que él se negara a darle el tiempo que necesitaba.

Serene Falls

Tricia regresó a su apartamento después de cenar en el rancho con su familia. Entró

sumida en sus pensamientos y cerró la puerta a su espalda. La noche envolvía el salón en una oscuridad profunda, y el único rastro de claridad provenía de las farolas de la calle. Al encender la luz, un sobresalto recorrió su cuerpo al descubrir a Lucien, sentado imperturbable en su sofá.

—¡Dios mío, Lucien! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? —exclamó Tricia, llevándose una mano al pecho, intentando recuperarse del susto.

Lucien la observó con una expresión imperturbable, con su mirada azul fija en ella, pero no pronunció palabra alguna. La joven, tras unos segundos de incredulidad, frunció el ceño y avanzó hacia él con determinación.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has entrado? —le reclamó, dejando claro su enfado.

Lucien permaneció en silencio. Tricia, irritada, cruzó los brazos sobre el pecho, esperando una explicación que no llegaba.

—¡Contesta de una vez! —exclamó Tricia, incapaz de contener su frustración.

Lucien finalmente rompió su silencio con voz monocorde.

—Tenemos que hablar.

Esa respuesta solo alimentó la irritación de Tricia.

—¿Hablar? ¿En serio? ¿Y por qué no llamaste al timbre en vez de colarte en mi apartamento? —interrogó inquisitiva.

Lucien la observó fijamente, sin pestañear, antes de responder con frialdad:

—Te recuerdo que el edificio es mío, pero eso es lo de menos —añadió con un gesto de barrer el aire con su mano, como si sus reclamaciones no tuvieran la menor importancia—. Hay asuntos pendientes más importantes que debemos abordar.

Tricia, sin apartar la mirada de Lucien, preguntó con sarcasmo:

—¿Y qué asuntos son esos?

—Sé que el otro día escuchaste mi conversación telefónica y que luego fuiste a visitar a Witman a su casa —comentó Lucien, con la mirada fija en el rostro de Tricia—. Quiero que me digas de qué hablasteis, si le contaste lo que creíste escuchar.

Tricia sintió el nerviosismo alterar su estómago y por un instante, el miedo se apoderó de su cuerpo. Realmente no sabía nada de aquel hombre, tampoco sabía si lo poco que le había contado de su vida era real. ¿Y si era un asesino en serie o algo por el estilo?

—Vamos, Tricia, estoy esperando —exigió Lucien con evidente impaciencia.

—Sí, le conté todo —contestó Tricia con valentía—. ¿Ahora vas a matarme?

Los ojos de Lucien se abrieron ampliamente, sorprendido por las palabras de Tricia, y luego dejó escapar una risa divertida antes de contestar.

—Por supuesto que no, me gustas demasiado —añadió guiñándole un ojo mientras abandonaba el sofá que ocupaba y se aproximaba a ella.

—No te acerques, y no te rías de mí —replicó Tricia, desconcertada por su radical cambio de actitud—. Quiero la verdad.

Lucien detuvo su avance, manteniendo una distancia prudencial entre sus cuerpos, no quería asustarla más de lo que ya estaba. Suspiró pesadamente, y evaluó la mejor manera de explicar la situación.

—Todo es más complicado de lo que piensas —declaró con solemnidad—. Hay secretos que aún no conoces, y necesito que confíes en mí para que pueda explicártelo todo —su tono revelaba una mezcla de urgencia y sinceridad.

Tricia frunció el ceño, tratando de entender el significado detrás de sus palabras. A pesar

de su desconfianza, había algo en la expresión de Lucien que le decía que estaba sufriendo con todo aquello, fuera lo que fuera.

—Está bien, habla —dijo finalmente.

—Vine a Serene Falls con el único fin de conocer a mi padre biológico.

Tricia, intrigada y desconcertada por las palabras de Lucien, examinó su rostro en busca de cualquier indicio de falsedad. La revelación que acababa de hacerle la dejó sin aliento, mientras la realidad comenzaba a tomar forma en su mente.

—Espera un momento. ¿Estás diciendo que Oliver Witman es tu padre? —preguntó, visiblemente desconcertada.

—Sí, es mi padre biológico. Me abandonó cuando era un bebé.

La habitación pareció encogerse con la magnitud de la revelación de Lucien. Tricia procesó la información, conectando los puntos entre las piezas dispersas del rompecabezas de lo sucedido en las últimas semanas.

—Pero... ¿por qué quieres hacerle daño? —inquirió Tricia, sintiendo la gravedad de la situación.

Él, con una expresión de determinación en su rostro, respondió a su pregunta directa con la misma franqueza.

—Porque quiero hacerle pagar por su abandono —confesó, pronunciando aquellas palabras en voz alta por primera vez.

Tricia clavó su mirada en él con compasión.

—¿Y de verdad crees que destruir a Oliver te hará sentir mejor? —cuestionó, a pesar de sentir que su corazón se encogía al imaginar a Lucien siendo un niño pequeño y solo, creyendo que nadie le quería.

—Puede que tengas razón —replicó Lucien a regañadientes. Era verdad que su única motivación cuando había buscado a Oliver Witman había sido la venganza, pero desde que había conocido a Tricia, algo había cambiado en su interior.

—La venganza solo perpetúa el dolor, Lucien. A veces, dar una oportunidad para la reconciliación puede cambiarlo todo —aconsejó ella, consciente de la carga emocional que él parecía soportar sobre sus hombros.

Lucien clavó su mirada en el rostro de Tricia durante interminables segundos, dudando. Podía seguir manteniendo su postura fría y distante, como si fuera un hombre al que nada afectaba, pero eso solo era una pose. Sin saber muy bien por qué, notaba que con Tricia podía ser él mismo, que necesitaba serlo y confesarle cómo se sentía, a pesar de que apenas hacía unas semanas que la conocía.

—Todo esto es abrumador —confesó finalmente Lucien con vulnerabilidad.

Tricia sonrió con ternura y, en un gesto impulsivo, se acercó y lo abrazó. En ese momento, en la oscuridad del salón, surgió una conexión profunda entre ellos. Lucien levantó la cabeza y clavó su mirada con intensidad en el dulce rostro femenino.

—Quizás el verdadero motivo para venir a Serene Falls fue encontrarte —expresó con una intensidad que le intimidó.

El ambiente en la habitación se cargó con una tensión palpable. Lucien y Tricia se miraban profundamente a los ojos, y en un instante de silenciosa comprensión, sus labios se encontraron en un beso que transmitió palabras no dichas.

Lucien, inicialmente sorprendido por la intensidad de sus propios sentimientos, se dejó llevar por la dulce mezcla de pasión y vulnerabilidad que emanaba de Tricia.

Tricia, por su parte, sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo, como si este encuentro fuera el inicio de algo más profundo. El abrazo se volvió más estrecho, sus corazones latían al unísono, y el beso se convirtió en un refugio en medio de la tormenta emocional que ambos enfrentaban.

CAPÍTULO 24

Esa misma noche

Brianna detuvo el vehículo al llegar al cruce que dividía la carretera en dos cuando regresaba al criadero tras dejar a Jenna en su casa. El camino de la izquierda la conducía a la serenidad de su hogar, pero Brianna giró bruscamente el volante hacia la derecha, tomando la dirección opuesta hacia el rancho Moonlight.

No estaba dispuesta a posponer por más tiempo la conversación pendiente con Jared, y mucho menos pasar la noche en vela dando vueltas al asunto. El motor rugía mientras se adentraba en un paraje cercano al rancho Moonlight.

Poco después aparcó su coche frente al porche, apagó el motor, y suspirando profundamente bajó del vehículo. Con determinación, se encaminó hacia la entrada y golpeó con los nudillos en la puerta. Unos segundos después, la hoja de madera se abrió, y Colt apareció ante ella, aparentemente sorprendido por su presencia.

—Buenas noches, Brianna —la saludó amistosamente.

—Buenas noches, Colt —respondió ella, perdiendo parte de su aplomo.

—¿Quieres entrar? —preguntó Colt al notar su silencio.

—No —contestó Brianna de manera tajante—. Necesito hablar urgentemente con Jared —explicó su presencia en el lugar.

—Claro, debe estar en el establo —respondió Colt.

—Muchas gracias —dijo Brianna antes de darse la vuelta con la intención de dirigirse al lugar indicado.

Colt la observó alejarse, algo confuso por su presencia. Sabía todo lo que estaba sucediendo entre Brianna y su hermano, y que ella le había rechazado. Y aunque le hubiera gustado saber lo que sucedía, regresó al interior de la casa para acabar de ver el partido de béisbol que estaban retransmitiendo.

A medida que avanzaba por el camino de grava, Brianna sintió que su valentía flaqueaba, pero se ordenó ser fuerte. Se detuvo frente al establo y respiró hondo antes de animarse a entrar en el edificio. No tardó en localizar a Jared al fondo del lugar. El hombre parecía ocupado cambiando el heno.

—Jared —llamó Brianna, y su voz resonó en el aire.

Jared se volvió hacia ella, sorprendido por su llegada inesperada.

—Brianna, ¿qué haces aquí? —preguntó, saliendo de uno de los apartados de los caballos para acercarse a ella.

Brianna inhaló profundamente, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba con la proximidad de él, pero había ido hasta allí con un único propósito y ya no había vuelta atrás.

—Jared, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —preguntó Jared, notando la tensión en su cuerpo como una cuerda estirada ante la proximidad de Brianna.

—Hailey ha recibido un correo electrónico. La competición en Bandera será dentro de dos semanas.

—¡Eso es una gran noticia! —exclamó Jared entusiasmado, aunque había tenido la esperanza de que Brianna hubiera ido hasta allí para hablar sobre el otro asunto que tenían en común—. Hailey debe estar emocionada.

—Sí, mucho —confesó Brianna con una leve sonrisa.

—Gracias por avisarme. Tendré que confirmar la fecha en las reservas de hotel. Menos mal que las hice con tiempo —dijo Jared mientras planificaba mentalmente el resto de detalles para el viaje.

—Hay un cambio de planes —dijo Brianna con cierto nerviosismo.

—¿Cuál? —preguntó Jared, poniéndose en alerta.

—Hailey me ha pedido que vaya con vosotros —confesó Brianna.

—¿Con nosotros? —preguntó Jared para asegurarse de que había oído bien, sorprendido por el giro de los acontecimientos.

—Sí, quiere que esté allí para apoyarla —explicó Brianna con evidente nerviosismo ante la reacción de él.

Jared se silenció durante unos segundos, sopesando las implicaciones del cambio de planes respecto al viaje. La idea de compartir un fin de semana con Brianna hizo que su respiración se acelerara, aunque después de su rechazo no sabía si era lo más conveniente para su maltrecho corazón.

—¿Y tú qué opinas al respecto? —preguntó con cautela, buscando la sinceridad en los ojos azules de ella.

—Creo que es importante para Hailey, y no quiero fallarle —respondió Brianna, manteniendo la mirada firme.

Jared asintió, comprendiendo el compromiso de Brianna con su hermana. Conocía bien ese vínculo porque él habría hecho cualquier cosa por Colt y Harper.

—Está bien. Si es lo que Hailey desea y tú estás de acuerdo, no veo inconveniente en que vengas con nosotros —aceptó Jared la variación del plan—. Cambiaré la reserva del hotel. Respecto al viaje, había pensado hacerlo en coche —dijo algo cohibido.

—Gracias, me parece todo bien —replicó Brianna.

—Bien, pues en un par de semanas estaremos en Bandera.

—Respecto al otro asunto... —continuó Brianna, llegando al tema que más la inquietaba —, te pido que firmemos una tregua hasta después de la competición —solicitó temerosa ante su respuesta.

—¿Eso quiere decir que después de la competición hablaremos sobre nosotros? —preguntó Jared sorprendido. La última vez que se habían visto Brianna le había dejado muy claro que nunca habría nada entre ellos.

—Sí, quizás me precipité. No puedo ignorar lo que me haces sentir —confesó Brianna turbada—. Pero en este momento nuestra prioridad debería ser Hailey.

—Por supuesto —replicó Jared.

—Bien, pues aclarada la cuestión, creo que será mejor que me vaya —dijo Brianna antes de girarse y caminar con paso firme hacia la salida.

Jared se quedó allí, viéndola marchar. Aún seguía inmóvil, perdido en sus pensamientos, cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Todo bien? —escuchó, y al girarse descubrió que se trataba de Colt, que parecía preocupado.

—Perfectamente.

—¿Habéis hablado de lo vuestro? —preguntó Colt curioso.
—Aún no, pero todo llegará —replicó enigmáticamente.
—Ya, me imagino que es uno de esos rollos que soltaba papá sobre ser paciente y todo eso, ¿verdad? —dijo Colt mientras se rascaba la nuca inconscientemente.
—Sí, algo así —replicó Jared con una sonrisa divertida adornando sus labios.

Serene Falls

La luz tenue de la habitación se filtraba a través de las cortinas entreabiertas de la habitación mientras Lucien y Tricia yacían juntos entre las sábanas blancas, con un silencio cómodo envolviéndolos después de haber hecho el amor durante casi toda la noche. La conexión entre ellos había alcanzado un nivel más profundo de lo que ninguno de los dos había esperado cuando se habían conocido unas semanas antes. Sin embargo, la sombra del pasado de Lucien se cernía sobre ellos.

Tricia acarició suavemente el pecho de Lucien con su dedo antes de atreverse a romper el silencio con ternura.

—Lucien, sé que es difícil, pero tienes que hablar con Oliver. No puedes seguir llevando este peso sobre tus hombros.

Él, con la mirada perdida en el techo, suspiró pesadamente antes de animarse a contestar a sus palabras.

—Tricia, no sé si estoy listo para eso —confesó—. Acabo de abrirme contigo de una manera que nunca lo he hecho con nadie, y ahora me pides que me enfrente al hombre que me abandonó cuando era un bebé.

Ella le acarició la mejilla con suavidad, sintiendo cómo la ternura se expandía en su pecho al descubrir su vulnerabilidad.

—Lo entiendo, Lucien. Pero enfrentar el pasado es una parte necesaria para sanar. Oliver puede darte las respuestas que necesitas.

Lucien reflexionó sobre las palabras de Tricia en un silencio denso y cargado de emoción. A pesar de que la idea de plantar cara a su pasado le provocaba una mezcla de temor y angustia, comprendía que ya no podía seguir evadiendo la verdad.

Habían pasado meses desde que supo accidentalmente que era adoptado, y desde entonces se había prometido a sí mismo desentrañar los misterios de su origen. Ahora, estaba al borde de desvelar esa verdad y no podía permitir que el miedo lo detuviera, por muy doloroso que pudiera ser descubrir a las circunstancias de su abandono cuando apenas tenía unos meses de vida.

Después de varios minutos de reflexión, finalmente se volvió hacia Tricia, buscando en sus ojos el apoyo que necesitaba para seguir adelante.

—¿De verdad crees que debo hacerlo? —preguntó, anhelando su guía en medio de la incertidumbre que lo abrumaba.

Tricia asintió con una mirada llena de comprensión y aliento.

—Sí, Lucien. Creo que es hora de que desafíes a los demonios del pasado. Estoy aquí para apoyarte en cada paso del camino.

La calidez de las palabras de Tricia envolvió a Lucien, infundiéndole un sentido de

determinación que no había sentido antes. Respiró profundamente, preparándose para el viaje emocional que sabía que debía emprender. Con la mano entrelazada con la de Tricia, se sintió fortalecido, listo para confrontar su pasado y encontrar la paz que tanto ansiaba.

CAPÍTULO 25

*Criadero de caballos Chapman,
una semana después*

Aquella tarde de jueves Hailey se encontraba en su habitación junto a Jenna. La emoción de su próximo viaje se reflejaba en las prendas de ropa dispersas sobre la colcha rosa de la cama. A pesar del calor del mes de julio en Texas, que se filtraba por la ventana, la expectación y la emoción de la aventura eclipsaban cualquier incomodidad.

—¿Estás lista para arrasar en Bandera, Hailey? —preguntó Jenna, jugueteando con el sombrero de *cowboy* de su amiga entre los dedos.

Hailey asintió emocionada, doblando con cuidado su ropa de montar antes de colocarla meticulosamente en su maleta.

—¡Absolutamente lista! No puedo esperar para mostrarle a todo el mundo lo que puedo hacer.

Jenna compartía la emoción de Hailey, aunque ella no iba a ninguna parte. Se sentía atrapada en Serene Falls, con la sensación de que sus horizontes nunca se expandirían más allá de aquel tranquilo pueblo.

—Va a ser épico —exclamó Jenna con entusiasmo, aunque en su expresión se podía apreciar un matiz de melancolía.

Hailey, elevando su rostro, notó el atisbo de tristeza en las facciones de su amiga.

—Me encantaría que vinieras conmigo —confesó Hailey con sinceridad.

—Y a mí, pero ya sabes cómo son mis padres —se lamentó Jenna—. Pero cuando seamos mayores, te juro que iremos juntas a recorrer el país —añadió con alegría, desviando la atención de Hailey hacia el brillante futuro que habían imaginado juntas un millón de veces.

—¡Oh, por supuesto que sí! —respondió Hailey con una radiante sonrisa que iluminó su rostro.

—Y ahora, asegúremonos de no olvidar nada importante —dijo Jenna, decidida a cambiar de tema—. ¿Tienes tu casco?

—¡Claro! Y también las botas, las espuelas y mi camiseta de la suerte —añadió, mostrando una camiseta roja con una herradura estampada en la parte delantera. La prenda llevaba consigo historias compartidas entre las dos amigas.

El vestuario de Hailey para la competición estaba cuidadosamente dispuesto en la maleta, y Jenna continuó revisando la lista que habían creado entre las dos para asegurarse de que no hubiera ningún fallo.

—¿Listo el equipo de los caballos? —preguntó Jenna con la vista fija en el cuaderno que sostenía entre sus dedos.

—Todo en orden, Jt se encarga de eso —confirmó Hailey, cerrando la cremallera de su maleta.

Jenna se puso de pie, dejó el cuaderno sobre la cama y se acercó a Hailey. Las dos amigas se fundieron en un abrazo emocionado, como si estuvieran a punto de separarse para siempre. El sonido de unos golpes en la puerta interrumpió su inminente despedida.

—Perdón, ¿puedo pasar? —preguntó Brianna asomándose a través de la puerta entreabierta.

—¡Claro! —exclamó Hailey.

Brianna sonrió y entró. Su mirada recorrió la habitación, sorprendiéndose al descubrir lo ordenada que estaba.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermana? —preguntó teatralmente, logrando que Jenna riera con ganas.

—No tiene gracia —replicó Hailey con los brazos cruzados sobre su pecho y los labios fruncidos.

—Perdona, hermanita. Es la primera vez que veo tu cuarto tan ordenado. Bueno, ¿lo tienes todo listo? —preguntó Brianna, intentando disipar el enfado de Hailey.

—Sí, todo en orden —respondió su hermana a regañadientes.

—Hailey, en serio, estoy muy orgullosa de ti. Parece que al fin has descubierto la magia de la organización.

—No esperes que esto se convierta en un hábito. Solo he ordenado algo porque no quiero olvidar nada para la competición —confesó Hailey con sinceridad.

—Bueno, aun así, te felicito.

Al tiempo que las hermanas charlaban animadamente, Jenna desvió su atención hacia su reloj y notó el nerviosismo al descubrir la hora marcada.

—Lo siento, pero se me ha hecho tarde —dijo, buscando su mochila con la mirada hasta encontrarla colgada de un perchero.

—¡Oh, Jenna, no te vayas tan pronto! —rogó Hailey.

—Chicas —intervino Brianna—, ¿qué os parece si hacemos esta noche una cena especial? Jenna, ¿te gustaría quedarte?

Jenna titubeó por un momento, su expresión reflejaba dudas. La idea de una cena en casa de Hailey sonaba tentadora, pero no sabía si sus padres se lo permitirían.

—No quiero ser una molestia —intentó zafarse.

—Y no lo eres —afirmó Brianna rotunda. Sospechaba cuál era el problema y decidió solventarlo—. Ahora mismo llamaré a tu madre.

—Pero... —intentó rebatir Jenna, preocupada por crear una nueva disputa entre sus padres y que su madre pagara las consecuencias.

—Ningún «pero», verás como soluciono yo el asunto —afirmó Brianna tajante, y sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de sus *jeans*.

Brianna marcó el número de Mackenzie con decisión. Las dos amigas esperaban en un silencio expectante hasta que, tras una breve conversación telefónica, Brianna colgó con una sonrisa satisfecha.

—Todo solucionado. Tu madre está encantada de que te quedes a cenar, Jenna.

Jenna agradeció el logro de Brianna con una sonrisa nerviosa.

—Gracias, no quiero causar problemas —confesó.

—No es ningún problema, Jenna. Ahora, preparaos para una noche increíble. ¿Qué os parece si cocinamos algo delicioso juntas?

La idea animó a las chicas, y rápidamente se pusieron manos a la obra en la cocina. Mientras preparaban la cena, el ambiente se llenó de risas y conversaciones amigables. Hailey, con su energía contagiosa, logró aliviar cualquier rastro de nerviosismo en su amiga, que parecía estar disfrutando de la «noche de chicas» que en pocas ocasiones había podido compartir con su

madre.

Serene Falls

La habitación de Lucien estaba envuelta en la penumbra de la madrugada. La luz tenue de la luna se filtraba tímidamente a través de las cortinas entreabiertas, proyectando sombras danzantes en las paredes. Lucien, envuelto en las sábanas, yacía inmóvil en su cama, sus ojos estaban abiertos como platos, pero vacíos de cualquier rastro de sueño. Su mente, atormentada por pensamientos turbulentos, había sido incapaz de encontrar paz durante toda la noche.

De repente, el estridente sonido del timbre de la puerta irrumpió en el silencio. Parpadeó con sorpresa y se restregó los ojos con los nudillos, como si estuviera lidiando con la realidad de ese molesto sonido. El timbre persistía, como un recordatorio implacable de que alguien estaba decidido a sacarlo de su letargo.

Con renuencia, Lucien se incorporó en la cama, con la mirada perdida y la mente aún nublada por la falta de sueño. La voz de Tricia, enérgica y llena de determinación, resonó desde el otro lado de la puerta.

—¡Lucien! ¡Abre ahora mismo! —gritó Tricia con impaciencia, golpeando la hoja de madera con fuerza.

La insistencia de Tricia no dejaba lugar a dudas: no se marcharía de allí hasta que Lucien se dignara a hablar con ella.

Finalmente, con un suspiro resignado, Lucien se puso de pie y se arrastró hacia la puerta, sintiendo el peso de una noche insomne en cada paso. Al abrir la puerta, se encontró con Tricia, cuya mirada desafiante y los brazos cruzados mostraban su determinación.

—Maldita sea, Tricia, ¿qué quieres a esta hora? —preguntó, señalando la luna que aún brillaba en el cielo nocturno.

—Hacerte reaccionar —respondió Tricia con firmeza—. Te he dado una semana de margen, pero tu tiempo ha expirado.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Lucien, visiblemente molesto.

—Hoy es el día —declaró Tricia, apartando a Lucien con un leve empujón para entrar en la casa. Se dirigió directamente a la cocina y comenzó a buscar entre los armarios.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lucien, siguiéndola hasta la cocina.

—Voy a hacer café. Necesitas estar despierto. En cuanto amanezca, iremos a visitar a Oliver —afirmó Tricia con determinación.

—¿Qué? —balbuceó Lucien incrédulo.

—Necesitas enfrentar esto —explicó Tricia con firmeza—. No puedes seguir escondiéndote eternamente.

Lucien quedó paralizado por un momento, procesando las palabras de Tricia. La idea de enfrentarse a su pasado, a Oliver, le provocaba una mezcla de ansiedad y temor.

—Pero... —intentó protestar, pero Tricia lo interrumpió con determinación.

—No hay «peros». Ha llegado el momento. Necesitas respuestas, y hablar con Oliver es el primer paso.

Lucien asintió, sintiendo una mezcla de gratitud y admiración hacia Tricia. Ella había sido su roca desde que le había confesado el motivo de su aparición en Serene Falls, brindándole

apoyo y comprensión. Y aunque estuviera acojonado ante la perspectiva de enfrentarse a su padre biológico, la joven tenía razón: debía afrontar su pasado, el cual le había llevado hasta allí.

—Está bien, maldita sea, lo haré —afirmó, notando cómo los nervios burbujeaban en su estómago.

Tricia le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de seguir con los preparativos para el café. Lucien observó sus movimientos con gratitud, sintiendo que, con ella a su lado, podría enfrentar cualquier cosa.

Mientras el aroma del café comenzaba a llenar la cocina, Lucien se preparó mentalmente para lo que vendría después. Sabía que no sería fácil, pero estaba decidido a descubrir la verdad, sin importar las consecuencias.

Unos minutos más tarde, se encontraban ambos sentados alrededor de la mesa redonda, que se hallaba estratégicamente situada junto a una de las ventanas del modesto apartamento. En medio de un silencio apenas roto por el susurro de la ciudad que se filtraba por la ventana, disfrutaban del café recién hecho y algunas galletas que Tricia había descubierto en uno de los armarios.

Fue entonces cuando Tricia decidió romper el silencio que los envolvía con una pregunta directa:

—Lucien, ¿estás preparado para enfrentarte a Witman y escuchar lo que tiene que decir, incluso si eso cambia tu opinión o tus sentimientos sobre lo que sucedió? —inquirió, con una mirada llena de preocupación y determinación.

Lucien, quien hasta ese momento había mantenido su mirada fija en la superficie de la mesa, alzó los ojos para encontrarse con los de Tricia antes de responder con firmeza:

—No creo que nada de lo que me cuente Witman haga que cambie de opinión.

Después de la respuesta de Lucien, un silencio tenso llenó el pequeño apartamento, cargado de emociones no expresadas. Tricia parecía pensativa, como si estuviera evaluando cuidadosamente sus próximas palabras.

Finalmente, rompió el silencio con un suspiro suave pero firme.

—Entiendo que te sientas así. Pero a veces, la verdad puede ser más profunda y sorprendente de lo que imaginamos. Aunque no puedas verlo ahora, quizás haya aspectos de la situación que aún no conoces. Creo en ti, en tu fuerza para enfrentar lo que sea necesario.

Lucien se sintió conmovido por las palabras de Tricia. A pesar de sus dudas y temores, su mensaje de apoyo resonó en su corazón, ofreciéndole un rayo de esperanza en medio de la incertidumbre.

—Gracias, Tricia —dijo con gratitud mientras atrapaba la mano de la mujer entre sus dedos y la estrechaba—. No sé qué habría hecho sin ti a mi lado —confesó, mostrando su fragilidad sin ningún pudor.

Una sonrisa tierna y dulce se extendió por el rostro de Tricia, fortaleciendo aún más la determinación de Lucien para enfrentar lo que viniera. Juntos, estaban listos para afrontar cualquier desafío que el futuro les deparara.

CAPÍTULO 26

*Criadero de caballos Chapman,
al día siguiente*

Hailey apenas había cerrado los ojos durante toda la noche, sintiendo cómo los nervios burbujeaban en su estómago. Aunque anhelaba levantarse, decidió permanecer en la cama con la intención de descansar. Mientras daba otra vuelta en el colchón, el sonido de la puerta al abrirse captó su atención. Al girar su rostro, descubrió a Brianna en el umbral, observándola en la penumbra.

—Estoy despierta —confesó Hailey, dejando escapar una sonrisa divertida al percibir cómo su voz sobresaltaba a su hermana.

—¡Hailey! Me has asustado —la reprendió Brianna, encendiendo la luz. Luego se acercó a la cama y se sentó en el borde del colchón.

—¿Tú tampoco podías dormir? —preguntó Hailey sorprendida.

—Es cierto, me has pillado, no puedo conciliar el sueño —confesó Brianna—; estoy tan nerviosa como si fuera yo la que va a competir —añadió con humor—. En serio, no entiendo cómo puedes estar tan calmada. ¡Es tu gran día! —exclamó con un brillo de admiración en sus ojos.

Hailey soltó una risa suave, pero su expresión reveló un atisbo de nerviosismo.

—Quizás sea solo fachada —expresó Hailey—. Pero por dentro, estoy dando saltos de alegría —confesó, dejando escapar la tensión acumulada.

—¡Oh, mi pequeña! —exclamó Brianna abrazando fuertemente a Hailey contra su pecho.

—¡Bree, que me asfixias! —protestó Hailey, aunque estaba encantada con el fuerte abrazo de su hermana.

—Está bien, ya te dejo —aceptó Brianna apartándose de ella, dándose cuenta en ese momento que ya no era «su niña», que Hailey se estaba convirtiendo en toda una mujercita—. Y no estés nerviosa, después de todo, llevas preparándote para este momento mucho tiempo. ¿Cómo te sientes realmente?

Hailey reflexionó un momento, buscando las palabras adecuadas para describir la mezcla de emociones que la invadían.

—Es como estar en la cima de una montaña rusa. Emocionada, asustada, pero lista para dejarme llevar —explicó Hailey, con su mirada perdida en el reflejo de la luz que comenzaba a entrar por la ventana.

Brianna asintió con empatía, comprendiendo la complejidad de esos sentimientos.

—Bueno, independientemente de lo que suceda, estaré a tu lado. Ya sea con un hombro donde apoyarte o para celebrar juntas el triunfo —declaró Brianna con una sonrisa alentadora.

Hailey se sintió reconfortada por las palabras de su hermana y agradeció internamente tenerla a su lado. Recordó que Jenna no tenía a nadie y se sintió afortunada.

—Gracias, Bree. Tu apoyo significa un mundo para mí. Y quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti también, cuando lo necesites. Solo nos tenemos la una a la otra —añadió Hailey con cierta nostalgia.

Brianna sonrió, pero la expresión de Hailey la hizo reflexionar, dejando una sensación agri dulce en su pecho.

—Estás creciendo tanto —comentó, mezclando melancolía y orgullo—. Pero dejemos las emociones a un lado y enfoquémonos en prepararnos para el día de hoy. Tengo hambre, ¿y tú? —preguntó con entusiasmo.

Hailey asintió con una risa suave, agradecida por la distracción.

—¡Sí, hambre total! Vamos a ponernos en marcha, que hoy empieza nuestra aventura —afirmó Hailey emocionada.

Las dos hermanas se sumergieron en la tarea de vestirse, compartiendo risas y comentarios ligeros. Aunque los nervios seguían flotando en el aire, la complicidad entre ellas actuaba como un escudo, preparándolas para enfrentar el día que les aguardaba.

Jared maniobró con la *pick-up* frente a la casa mientras los primeros rayos del sol iluminaban el paisaje. El motor ronroneó antes de ceder al silencio. Tras ajustar el freno de mano, notó la presencia de Jt acercándose y no pudo evitar fruncir el ceño al tiempo que salía del vehículo.

—Duncan, ¿cómo va todo? —preguntó Jt con una sonrisa forzada al alcanzar al ranchero vecino.

—Bien, Carpenter. ¿Y tú? —respondió Jared con cortesía.

—Bien —contestó el capataz, entrelazando los pulgares en su cinturón, incómodo—. Llegas pronto —añadió, desviando la mirada hacia el paisaje circundante.

—Me gusta ser puntual y no quiero salir tarde; no me gustaría coger tráfico —replicó Jared.

—Bien, ya podemos cargar el equipo en el remolque. El caballo de Hailey espera en el redil —comentó Jt, señalando la dirección indicada—. ¿Vamos? —dijo, encontrándose con la mirada fría de Jared.

—Claro, vamos —masculló Jared, siguiendo a Jt.

Ambos se dirigieron hacia el remolque y comenzaron a cargar el equipo, así como las herramientas necesarias para el cuidado del caballo. Empezaron a trabajar, aunque Jared estaba incómodo. A la menor ocasión, el capataz le brindaba «consejos» para la competición, pero a medida que hablaban, la tensión se volvía palpable. Jt apenas ocultaba su desdén, y Jared sentía la hostilidad creciendo entre ellos.

—Vaya, Jared, no sabía que ya estabas aquí —sonó la voz dulce de Hailey a su espalda, y Jared no dudó en girarse para clavar la mirada en la pequeña.

—Sí, pero he decidido echar una mano a Jt. Estaba algo agobiado con los preparativos —lanzó el dardo envenenado, dejando entrever la rivalidad latente.

Hailey, ajena a la tensión entre los dos hombres, no dudó en ofrecer su colaboración.

—Si es necesario, puedo ayudar —se ofreció amistosamente.

Jared, sin apartar la mirada de Jt, respondió secamente:

—Gracias, Hailey, pero creo que no será necesario, ¿verdad, Carpenter?

Jt, por su parte, respondió con una sonrisa forzada:

—No, por supuesto que no.

La tensión disminuyó mientras continuaban trabajando ante la atenta mirada de Hailey.

—Bueno, pues creo que está todo —dijo Jt, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Duncan, ¿quieres comprobarlo? —preguntó, lanzando una mirada a su oponente.

—No será necesario —replicó Jared—, me fio de ti —añadió antes de sacudir sus manos frotando una con otra.

Serene Falls

Oliver se encontraba en su pequeño jardín esa mañana, dedicando tiempo a cuidar las plantas, una actividad que siempre lo conectaba con los recuerdos de Rebecca, su difunta esposa. Mientras retiraba las hojas secas de una vieja maceta, permitió que los pensamientos sobre ella lo inundaran, recordando los momentos felices que compartieron muchos años antes, cuando él era un hombre joven y vital.

El suave murmullo de un motor lo sacó de su ensimismamiento. Al levantar la vista, se sorprendió al ver el coche de Tricia aproximándose por el camino de entrada. Sin embargo, lo que lo dejó perplejo fue la presencia del señor Bolton, el propietario del edificio donde se encontraba su bar, que salió del vehículo por la puerta del acompañante.

Oliver se quitó los guantes de jardinería y se acercó al portón, observando con cautela la llegada de Tricia y el señor Bolton. A pesar de su apariencia tranquila, no podía evitar sentir una punzada de desconfianza hacia el hombre que había estado investigándolo, buscando algún detalle comprometedor en su pasado.

—Buenos días, Tricia, señor Bolton. ¿A qué debo el honor de su visita? —preguntó, tratando de ocultar su intranquilidad detrás de un tono educado pero reservado.

Tricia intercambió una mirada rápida con Lucien antes de dirigir su atención de nuevo a Oliver, notando la tensión en su rostro.

—Buenos días, Oliver. Espero no haberte pillado en mal momento. Tenemos algo importante que hablar contigo —dijo Tricia; su tono denotaba seriedad.

Oliver asintió, aunque su desconfianza persistía.

—Por supuesto, adelante —les invitó.

Tricia y Lucien lo siguieron hasta el interior de la vivienda, aunque Lucien parecía incómodo con la situación.

El salón al que llegaron estaba envuelto en una atmósfera acogedora y hogareña. Las paredes estaban pintadas en tonos cálidos, creando un ambiente reconfortante. Grandes ventanales permitían la entrada de la luz natural, bañando el espacio con una luminosidad suave y apacible. En el centro de la habitación, un amplio sofá de color calabaza se destacaba, adornado con cojines beige. Frente al sofá, una mesa de centro de madera oscura, pulida hasta brillar, estaba ocupada por varios libros y revistas.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Oliver directo, tratando de mantener su voz firme a pesar del nudo de nervios en su estómago.

Lucien carraspeó antes de hablar, clavando los ojos en Oliver con una mirada penetrante.

—Señor Witman, sé que Tricia le informó de que le estaba investigando, y supongo que eso no le habrá gustado —comenzó.

—No, no me ha gustado —respondió Oliver con sinceridad.

—Lo entiendo, y por eso he venido a aclarar las cosas con usted.

Oliver fijó su mirada en el rostro masculino, confundido por la situación.

—Señor Bolton, no entiendo nada —confesó Oliver.

—Verá, hace unos meses descubrí por casualidad que era adoptado. Fue un fuerte *shock* —confesó Lucien, sumido en sus recuerdos—, pero finalmente lo asumí. Después de eso, me prometí a mí mismo descubrir quiénes eran mis verdaderos padres. Así fue como llegué a usted... a ti —concluyó, clavando su mirada en Oliver, observando su reacción.

Oliver bajó la mirada, visiblemente afectado. No era estúpido; el hombre frente a él no podía ser otro que el niño que se vio obligado a dar en adopción. De repente, el pasado se volvió presente y se sintió acorralado. Inconscientemente, se llevó una mano al pecho y se sentó en el sofá.

—Oliver, ¿estás bien? —preguntó Tricia, preocupada. Se acercó a él y se arrodilló a su lado.

—Mi querida Tricia... —logró pronunciar Oliver, elevando la mirada para dirigirla hacia el dulce rostro de la joven—, sí, tranquila.

Durante unos segundos que parecieron interminables, los tres ocupantes del salón permanecieron en silencio. Finalmente, Oliver levantó la mirada, encontrándose con la de Lucien, y una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios.

—No sé cómo no me he dado cuenta antes; tienes los mismos ojos que Rebecca —dijo con nostalgia. Lucien apretó los puños a los costados mientras cerraba la mandíbula. A su pesar, no pudo evitar sentir lástima por aquel hombre—. Por favor, siéntate aquí —le rogó Oliver.

Lucien dudó, pero finalmente se sentó frente al hombre.

—¿Me vas a contar qué pasó? —preguntó con cautela.

—Claro, te lo debo —respondió Oliver resignado—. Cuando tu madre murió en un fatídico accidente de coche, yo quedé destrozado. No sabía cómo cuidar de un bebé y ninguno de los dos teníamos familia. Me vi desbordado con la situación —confesó derrotado—. Por eso tomé la decisión de darte en adopción, pensando que sería lo mejor para ti. Entendí que no podría darte la vida que merecías. Fue la decisión más difícil de mi vida, pero creí que era lo correcto.

Lucien, aun asimilando la información, miró a Oliver con una mezcla de emociones encontradas. Por un lado, anhelaba aferrarse al resentimiento que había sentido hacia el hombre que lo abandonó; por otro lado, se ponía en su lugar y se cuestionaba qué habría hecho en su situación.

—No sé qué decir —confesó Lucien con sinceridad. Había ido hasta allí con la idea de descargar su ira contra Oliver, pero ahora no sabía ni cómo se sentía.

Oliver suspiró pesadamente antes de replicar a sus palabras.

—No espero que lo entiendas, pero quería que supieras la verdad. Lo siento tanto, Lucien. No hay un día que pase en el que no me arrepienta de la decisión que tomé —murmuró Oliver, con la mirada perdida en el horizonte de sus recuerdos.

Lucien sintió un nudo en la garganta al ver la angustia en los ojos de aquel hombre que, aunque desconocido hasta ese momento, tenía un lazo irrompible con él.

—Tranquilo, entiendo que en aquel momento te pareció lo mejor. La vida nos enfrenta a decisiones imposibles, y tú hiciste lo que creías correcto —respondió Lucien con sorprendente empatía.

Tricia observaba la escena en silencio, sintiendo la intensidad de la situación al tiempo que las palabras fluían entre ellos. Su corazón se llenó de compasión por ambos hombres, cada uno luchando con su propio dolor y arrepentimiento.

CAPÍTULO 27

Viaje de Serene Falls a Bandera

Durante el trayecto hacia Bandera, Brianna disfrutaba del paisaje, que cambiaba gradualmente, revelando la verdadera esencia del suroeste de Estados Unidos. Era incapaz de apartar la mirada de la ventanilla mientras daba vueltas a un asunto que llevaba varias semanas instalado en su cabeza.

Jared, por su parte, iba concentrado en la conducción. Se había propuesto firmemente respetar las distancias con Brianna, como ella quería, aunque en su interior, la cercanía entre ambos empezaba a hacer mella.

—¿Falta mucho? —la voz de Hailey sobresaltó a Jared.

—No mucho —contestó Jared escuetamente.

—¿Y cuánto es «no mucho»? —insistió Hailey molesta.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Jared sin comprender.

—Tengo una urgencia femenina —replicó Hailey a regañadientes.

—Podemos parar en la próxima gasolinera o área de descanso que encontremos, ¿te parece bien, Jared? —propuso Brianna.

—Claro —aceptó Jared cohibido. Estaba claro que no estaba acostumbrado a tratar con mujeres, y mucho menos con niñas preadolescentes.

Jared ajustó su ruta hacia la parada más cercana. Mientras tanto, la música de la radio amenizaba el viaje. Poco después, la gasolinera apareció a lo lejos y Jared maniobró con el volante hacia la zona de estacionamiento. Hailey, aliviada, se apresuró a salir del coche, y Brianna aprovechó la oportunidad para estirar las piernas.

—Gracias por parar, Jared —comentó Hailey, dirigiéndose rápidamente hacia el baño.

—A veces, las urgencias femeninas no esperan —expresó Brianna con una sonrisa divertida. Era el primer gesto amistoso que mostraba desde que habían emprendido el viaje—. ¿Quieres algo de la tienda de la gasolinera? —añadió.

—Un café estaría bien, gracias —respondió Jared.

Al tiempo que Hailey y Brianna se ocupaban de sus necesidades, Jared aprovechó el momento para comprobar que el caballo y el remolque estaban bien. Poco después, Brianna regresó con una bebida caliente en cada mano. Al llegar a su altura le tendió una a Jared y apoyó su trasero en la puerta del coche.

—Jared, hay algo que he estado pensando. Hailey merece saber la verdad sobre vuestra relación familiar y creo que ya estamos todos preparados para ello —confesó observando la mirada sorprendida de él—. Sí, sé que no te lo esperabas, pero he estado reflexionando al respecto y creo que es lo correcto. Ha llegado el momento de contarle a Hailey que tú, Colt y Harper también sois sus hermanos —declaró Brianna con firmeza.

Jared experimentó una mezcla de emociones y un palpable alivio ante la decisión de Brianna, que llevaba meses esperando.

—Gracias, Bree —articuló, con sus palabras apenas reflejando la profundidad de sus sentimientos.

Brianna sonrió, conmovida por la expresión emocionada de Jared.

—Planeo hablar con Hailey al respecto cuando regresemos a Serene Falls. ¿Te parece bien? —consultó Brianna.

Jared asintió con un gesto de cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra. Su garganta estaba atascada por la emoción.

Una hora después, entraron en Bandera, sumergiéndose en la autenticidad texana que caracterizaba a la «Capital Mundial del Rodeo». Al acercarse al corazón de la ciudad, las amplias llanuras y ranchos se extendían a ambos lados de la carretera, con cactus y arbustos dispersos que testimoniaban el clima árido de la región.

Finalmente, llegaron al centro de la ciudad, donde se encontraba el Lone Star Hotel. El edificio, construido con un toque rústico y encanto sureño, destacaba por su fachada de ladrillo rojo y detalles en madera que daban la bienvenida a los viajeros.

Al entrar descubrieron el vestíbulo, decorado con un ambiente acogedor; muebles de cuero, mesas macizas y centros de mesa con flores secas. El suelo de madera crujía ligeramente bajo sus pies mientras caminaban hacia el mostrador para hacer el *check-in*.

La recepcionista, amable y sonriente, les dio la bienvenida con la hospitalidad característica del sur.

—Buenas tardes, bienvenidos al Lone Star Hotel.

—Buenas tardes, tenemos una reserva a nombre de Duncan —expresó Jared.

—¿Puede mostrarme el QR? —solicitó la joven.

Jared extrajo su teléfono y mostró los códigos QR correspondientes a las reservas de las dos habitaciones. La recepcionista los escaneó con eficiencia y asintió con una amistosa sonrisa.

—Perfecto, señor Duncan. Todo está en orden. Les hemos asignado dos habitaciones contiguas con vistas al patio. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarles?

Jared agradeció cortésmente a la recepcionista y se dirigió con Brianna y Hailey hacia el ascensor.

Al llegar a las habitaciones, situadas en la segunda planta, se encontraron con espacios cuidadosamente decorados, donde los tonos cálidos y los detalles texanos creaban un ambiente acogedor. La vista desde las ventanas daba al mismo patio ajardinado, proporcionando un respiro tranquilo en medio de la bulliciosa ciudad.

—Es encantador, ¿verdad? —comentó Brianna, dejando su bolso en la habitación.

Jared asintió, apreciando el lugar y la atmósfera relajante que ofrecía el Lone Star Hotel. Se lo había recomendado un amigo, y anotó mentalmente darle las gracias.

—Sí, lo es. Gracias por acompañarme en este viaje, Brianna. No estoy seguro de haber podido lidiar con ciertas cuestiones con Hailey —confesó en voz baja, para que la aludida, que en ese momento estaba inspeccionando el baño de la habitación, no le escuchara.

—Bueno, no es tan difícil como piensas —manifestó Brianna divertida—, pero no te vendría mal entrenar un poco. Aún recuerdo cómo te portabas con Harper cuando íbamos al instituto —añadió divertida, perdiéndose en los recuerdos.

Jared sonrió ante el comentario de Brianna, recordando momentos pasados.

—No era fácil, Harper siempre fue una fuerza de la naturaleza —respondió Jared con una risa nostálgica.

Brianna asintió, compartiendo la complicidad del recuerdo.

—Y sigue siéndolo —replicó Brianna—. Pero volviendo a Hailey, no te preocupes demasiado. A veces solo se necesita un poco de paciencia y comprensión. Y, por supuesto, un

toque de humor no vendría mal — advirtió Brianna con una sonrisa.

Justo en ese momento, Hailey apareció a su lado.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó curiosa.

—Solo estábamos recordando viejas historias del instituto —contestó Brianna, que le guiñó un ojo cómplice a Jared.

—¡Cuéntame! —expresó Hailey emocionada.

—Creo que será mejor que vaya a ver cómo está Thunder. Debería llevarlo al establo del certamen —dijo Jared.

—Cobarde —replicó Brianna divertida.

Una hora más tarde...

Después de instalarse en sus respectivas habitaciones, Jared, Brianna y Hailey llegaron al recinto donde se celebraba el reconocido rodeo de Bandera. No pasó mucho tiempo antes de que se sumergieran por completo en el espíritu vibrante del evento al cruzar la puerta principal. El conjunto de aromas a barbacoa, cuero y tierra les dio la bienvenida mientras avanzaban hacia el epicentro del espectáculo.

El sonido envolvente de la música *country* en vivo flotaba en el aire, entrelazado con el susurro animado de la multitud y el distintivo eco de las pisadas de los caballos. Hailey, con ojos resplandecientes y rebosantes de emoción, señaló hacia la esquina donde se desarrollaba la competición de monta de toros.

—¡Mirar eso! —exclamó Hailey, extendiendo su dedo en dirección a la pista—. ¡Es impresionante ver a esos jinetes enfrentarse a esos toros salvajes!

—Sí, definitivamente, se requiere valentía para eso —replicó Jared, con su mirada fija en un participante que luchaba por mantenerse sobre el lomo del imponente animal—. Aún recuerdo mi aventura sobre un toro llamado Roco de muy mal genio. En fin, ¿qué tal si probamos esa barbacoa? Huele increíble y estoy hambriento —confesó al tiempo que se frotaba la tripa teatralmente.

—Nunca me has contado esa historia —replicó Hailey interesada.

—Quizás hoy lo haga, pero primero quiero comer —replicó Jared divertido. Caminaban hacia los puestos de comida, donde el humo de las parrillas llenaba el aire con deliciosos aromas ahumados.

Poco después, con una bandeja repleta de comida, encontraron una mesa cerca del escenario donde se estaba interpretando música en vivo. Mientras saboreaban la barbacoa y las patatas asadas, observaron a los vaqueros y vaqueras que se paseaban por el lugar, algunos ataviados con trajes coloridos y sombreros de ala ancha.

Saciado completamente su apetito, continuaron su recorrido a medida que el sol empezaba a descender en el horizonte. A medida que avanzaban, descubrieron más puestos de comida y pequeñas tiendas que ofrecían *souvenirs* del rodeo. De repente, Hailey se detuvo en seco y clavó su mirada en un puesto en particular.

—¡Quiero un algodón de azúcar! ¿Podemos, por favor? —rogó, con sus ojos brillando de emoción.

—¿No eres un poco mayor para eso? —preguntó Jared, sorprendido.

—Mi padre siempre me compraba uno cuando íbamos a la feria —comentó Hailey con

un deje de tristeza en la voz.

La mención a su padre dejó un breve silencio en el aire. Brianna, sensible al tono de Hailey, colocó una mano reconfortante en su hombro.

—No hay límite de edad para disfrutar de las pequeñas alegrías de la vida, Hailey. ¡Vamos a por ese algodón de azúcar! —dijo Brianna, con una sonrisa cálida.

Se dirigieron al puesto, donde el dulce aroma envolvía el lugar. Hailey eligió un colorido remolino de azúcar y lo sostuvo con entusiasmo.

—Gracias, Brianna —expresó Hailey, con gratitud en su mirada.

Jared se sintió estúpido, fuera de lugar, aunque no era de extrañar. Lo cierto es que no tenía demasiada experiencia con niñas preadolescentes. Bueno, lo había intentado con Harper, pero su hermana no parecía muy contenta con su labor.

—¿Estás bien? —preguntó Brianna preocupada, consciente de la expresión triste del hombre.

—Sí, claro —respondió Jared, aunque esa afirmación era una gran mentira.

—Tranquilo, no es fácil lidiar con los niños de hoy en día —comentó Brianna, con la mirada fija en la espalda de Hailey, quien caminaba varios pasos por delante de ellos, absorta en el entorno y deleitándose con su golosina.

La tarde avanzó, dando paso a la noche entre charlas, risas y música. Estaban a punto de regresar al hotel para descansar, ya que el día siguiente sería intenso, cuando Hailey notó que en el centro del recinto se estaba preparando un espacio para un baile al aire libre.

—¡Hay una pista de baile allí! ¿Podemos ir?

—¿Pero no nos íbamos ya? —preguntó Brianna, quien empezaba a notar el cansancio del viaje.

—¡Por supuesto, Hailey! Será divertido —respondió Jared, sorprendiendo a ambas.

La música *country* resonaba en el aire. La pista estaba rodeada de luces parpadeantes y mesas con gente disfrutando de la velada. Jared se colocó junto a Hailey y le tendió la mano con galantería.

—Hailey —preguntó Jared con una sonrisa—, ¿quieres bailar conmigo?

—¡Sí, claro! —contestó Hailey emocionada.

Jared y Hailey se movieron al ritmo de la música, dando giros y riendo. La niña estaba encantada, y Jared hacía todo lo posible para convertir ese momento en algo especial y único para ella.

Mientras bailaban, Brianna observaba la escena con una sonrisa emocionada. Había tenido sus dudas respecto a contarle a Hailey la verdadera unión de Jared con ella, pero ahora estaba segura de que era lo correcto. A pesar de que sabía que su amiga Harper no siempre había estado contenta con la actuación de Jared como hermano mayor, estaba segura de que con Hailey sería distinto, que esta vez lo haría bien.

Cuando Jared regresó con Hailey, sus ojos se encontraron por un instante con una intensidad que la abrumó, y no pudo evitar desviar la mirada para romper el momento.

—Ahora es tu turno —propuso Jared, situándose frente a ella, sorprendiéndola con su actitud—. ¿Te gustaría bailar conmigo?

—No soy muy buena bailarina —confesó Brianna, quien estaba deseando evitar la situación a toda costa.

—¡Oh, vamos, Bree! —exclamó Hailey—. No seas aguafiestas.

—Está bien —aceptó la joven a regañadientes.

Jared y Brianna se adentraron en la pista, donde la conexión entre ellos se hacía evidente con cada movimiento. La música los envolvía mientras compartían el baile al son de una balada.

—No eres tan mala como pensaba —bromeó Jared, sonriendo y haciéndola girar nuevamente sobre la pista.

—Quizás no lo sea —rio Brianna, relajándose a pesar de su incomodidad inicial—. Pero definitivamente el baile no es lo mío —confesó con sinceridad.

—A veces está bien salir de nuestra zona de *comfort* y probar cosas nuevas —replicó Jared enigmáticamente.

—¿De verdad has dicho eso? —exclamó Brianna asombrada.

—Sí, ¿qué problema hay? —replicó Jared, sorprendido por la pregunta.

—Ninguno, pero pensaba que eras un tipo duro sin pizca de gracia, un ranchero aburrido que no sabía sonreír, y mucho menos divertirse...

—¡Eh, te estás pasando! —exclamó Jared con el ceño fruncido, aunque en su voz se delataba un tono divertido.

Hailey les observaba desde un rincón de la pista de baile, con una sonrisa adornando sus labios. Le hubiera encantado compartir con Jenna los avances entre Brianna y Jared, pero se tendría que conformar con ser testigo del acercamiento de las dos personas más importantes de su vida. Solo esperaba que antes de que acabara el rodeo, y tuvieran que volver a casa, Bree y Jared ya se hubieran hecho novios.

La noche continuó con risas, bailes y el animado ambiente del rodeo de Bandera, creando recuerdos especiales.

CAPÍTULO 28

Serene Falls

La luz matutina se filtraba a través de las cortinas entreabiertas, llenando el pequeño apartamento con una suave luminosidad. Lucien y Tricia se despertaron lentamente entre las sábanas, aún envueltos en la calidez del sueño.

Tricia se estiró perezosamente, sintiendo la comodidad del colchón bajo su cuerpo. Giró la cabeza hacia Lucien, que yacía a su lado, y le dirigió una mirada cariñosa.

—¿Cómo te sientes después de lo de ayer? —preguntó preocupada, acariciando suavemente la mejilla masculina.

Lucien se tomó un momento antes de contestar a su pregunta, sus pensamientos todavía revoloteaban en torno a la revelación sorprendente sobre su pasado y sus orígenes.

—Es complicado —respondió finalmente—. Todavía estoy procesando todo lo que Oliver... mi padre me contó —pronunció con esfuerzo—. Por un lado, siento alivio por finalmente conocer la verdad, pero al mismo tiempo, hay una mezcla de emociones difíciles de describir en mi interior. Me siento como si estuviera traicionando a mi padre y mi madre. Ellos me criaron y me dieron todo su amor.

—Entiendo —replicó Tricia enternecida mientras volvía a acariciar su rostro con los dedos—, pero que hayas conocido a Oliver, y la verdad, no es sinónimo de renunciar a tus padres, a tu hermana y a tu vida. Encontrarás un equilibrio, ya lo verás —dijo Tricia con convicción.

—Gracias, Tricia. Tu apoyo significa mucho para mí —murmuró Lucien, sintiendo una profunda gratitud por tener a alguien como ella a su lado.

Tricia elevó su rostro y se encontró con la mirada de Lucien, perdiéndose en la intensidad de sus ojos azules. Estaba preocupada por su bienestar, pero también por una pregunta que llevaba días atormentándola y no podía esperar más para conocer su respuesta.

—Ahora que has aclarado todo con Oliver, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a regresar a Seattle? —inquirió, su tono reflejaba una mezcla de curiosidad y preocupación.

—No lo sé aún —respondió Lucien con sinceridad—. Por un lado, siento que hay asuntos pendientes que debo resolver en Seattle. Creo que debería hablar con mis padres sobre todo lo que ha sucedido estos últimos días, lo que he descubierto. Les he mentido durante meses y no se lo merecen —confesó Lucien.

—Comprendo —replicó Tricia, sintiéndose algo defraudada—. Solo quiero que sepas que, sea cual sea tu decisión, estaré aquí para apoyarte. Ya sea que decidas regresar a Seattle o quedarte aquí, estaré a tu lado.

Lucien le dedicó una sonrisa agradecida, sintiéndose reconfortado por sus palabras de apoyo. Entonces, un destello de determinación iluminó sus ojos. Tomó la mano de ella entre sus dedos con ternura y la miró profundamente a los ojos.

—Tricia, hay algo más que necesito decirte. Durante todo este tiempo juntos, he llegado a comprender que lo que siento por ti va más allá de algo meramente físico. Te amo, Tricia. Y no importa dónde esté, quiero estar contigo —confesó con sinceridad, dejando al descubierto sus

sentimientos más profundos.

Los ojos de Tricia se llenaron de emoción al escuchar las palabras de Lucien. Con una sonrisa radiante, tomó su rostro entre sus manos y lo atrajo suavemente hacia ella, sellando su confesión con un tierno beso.

—Lucien, yo también te amo —respondió Tricia con voz suave y emocionada, con sus palabras impregnadas de amor y determinación.

Lucien envolvió su cintura con un brazo, atrayéndola completamente hacia su cuerpo, y sus labios se encontraron en un apasionado beso. Estaban a punto de entregarse por completo a la pasión, cuando unos fuertes golpes resonaron en la puerta, interrumpiendo el mágico momento.

—¡Tricia, abre la puerta de una maldita vez o la echaremos abajo! —gritó una voz potente al otro lado de la puerta.

Lucien se separó de Tricia abruptamente, su expresión paso de la pasión al desconcierto.

—¿Qué demonios? —inquirió, sorprendido, mientras observaba a Tricia.

—¡Oh, no, son mis hermanos! —exclamó Tricia con nerviosismo, apartándose de Lucien y levantándose de la cama completamente desnuda. Con rapidez, alcanzó su camisón, que la noche anterior había quedado olvidado sobre una silla, y se lo colocó apresuradamente.

En ese momento, los golpes en la puerta resonaron nuevamente con fuerza. Tricia, con un gesto nervioso pero determinado, salió de la habitación y se apresuró a abrir la puerta antes de que sus hermanos cumplieran su amenaza de derribarla. Al hacerlo, descubrió a Michael y Zachary, dos hombres de imponente estatura y aspecto fornido, que parecían más adecuados para un equipo de *rugby* que para una sala de estar.

—¡Chicos, qué sorpresa! —exclamó Tricia con una sonrisa forzada, tratando de ocultar su incomodidad—. ¿Qué hacéis aquí? —preguntó con nerviosismo, y echó una mirada furtiva hacia la puerta de su dormitorio.

En ese momento salió Lucien, y Tricia no pudo evitar poner los ojos en blanco mientras sus hermanos clavaban la mirada en el hombre con una mezcla de curiosidad y suspicacia, al tiempo que examinaban su figura con detenimiento.

—Te lo dije —exclamó Michael emocionado—. El otro día salía del apartamento de al lado, donde vive este tipo.

—Se llama Lucien —dijo Tricia molesta.

Michael, con una sonrisa amplia y franca, extendió una mano grande hacia Lucien.

—¡Encantado de conocerte, Lucien! —exclamó con entusiasmo—. Soy Michael, el hermano de Tricia.

Lucien aceptó la mano de Michael con una sonrisa nerviosa, sintiéndose momentáneamente abrumado por la energía desbordante del hombre.

Zachary, el hermano mayor, permanecía más escéptico, observando la escena con una expresión serena pero atenta.

—Y este es Zachary, mi hermano mayor —indicó Tricia resignada ante la extraña situación en la que se encontraban envueltos.

Zachary no parecía tan entusiasta como su hermano menor. Su expresión era desconfiada y reservada. En sus ojos se podía leer un destello de desaprobación mientras observaba a Lucien.

—Encantado de conocerte, Lucien —dijo Zachary finalmente con voz tranquila pero firme, estrechando la mano del desconocido con una leve inclinación de cabeza.

Lucien devolvió el saludo, pero pudo sentir la tensión que flotaba en el aire. No pasó desapercibido para él el gesto de desaprobación en los ojos de Zachary.

—Un placer conocerte también, Zachary —respondió, intentando mantener una actitud amigable a pesar del ambiente tenso.

—¿Quién quiere café? —ofreció Tricia incómoda, esperando normalizar la situación. Sabía que Zachary no estaba nada contento después de ver salir a un hombre de su dormitorio, apenas cubierto por unos pantalones de pijama, y que tarde o temprano expresaría su opinión, solo esperaba que para entonces Lucien ya estuviera en su apartamento.

Michael aceptó la oferta con entusiasmo, y Zachary asintió con la cabeza, manteniendo su semblante serio.

—Bueno, Lucien, ¿no tenías que hacer unas llamadas de trabajo? —expresó Tricia, dedicándole una mirada significativa al aludido.

—Sí, claro, lo había olvidado —dijo Lucien, siguiéndole el juego.

Con unas breves palabras de despedida, se retiró rápidamente, consciente de la tensión en el ambiente y sabiendo que era mejor dar un paso atrás por el momento.

*Bandera, Texas,
último día de la competición*

El polvo se levantaba en la pista mientras Hailey, montada a lomos de Thunder, completaba el último circuito desafiando los obstáculos. Brianna y Jared seguían cada movimiento con atención, conteniendo la respiración al ver a Hailey demostrar su habilidad y la conexión innata que poseía con su caballo.

—¡Mira eso, Bree! —exclamó Jared, con admiración en sus ojos al tiempo que Hailey manejaba con destreza a su compañero equino.

Brianna asintió, impresionada.

—Parece que nació para esto —comentó, orgullosa de su hermana.

Thunder, desafiante, intentó imponerse, pero Hailey se mantuvo firme, exhibiendo una destreza que dejaba a la multitud en silencio. El corazón de Brianna latía con orgullo y preocupación a medida que observaba la intensa competición.

Finalmente, con un movimiento hábil, Hailey logró superar los desafíos y completar el circuito. La multitud estalló en aplausos, reconociendo la excepcional actuación de la joven amazona.

—¡Ganó, ganó! —gritó Jared, emocionado al ver la puntuación en el tablero. Sin poder contenerse, se giró y tomó a Brianna en sus brazos antes de levantarla por los aires y sellar sus labios con un beso apasionado.

Brianna se sorprendió por la caricia, pero el momento de euforia la envolvía por completo. Respondió al beso con ímpetu y necesidad, rodeados por los vítores y aplausos que resonaban en la grada. Sin embargo, cuando escuchó el nombre de su hermana, hizo un esfuerzo y se apartó de Jared, que parecía tan embriagado como ella.

—Vamos, Hailey nos espera —expresó Brianna con voz temblorosa.

—Sí, lo siento —dijo Jared, a la vez que se quitaba el sombrero y se pasaba los dedos por el cabello, denotando su nerviosismo.

Al tiempo que Hailey descendía de Thunder, rodeada por el bullicio de la multitud, Brianna y Jared se acercaron a ella con una sonrisa de orgullo en sus rostros. Jared, con su

característico entusiasmo, felicitó efusivamente a Hailey por su victoria, mientras Brianna asentía con una sonrisa, sintiendo una oleada de orgullo y admiración hacia su hermana.

Hailey recibió el trofeo con una sonrisa radiante, con el corazón lleno de gratitud y la emoción de la victoria. Brianna y Jared no se apartaron de ella, llenos de orgullo y admiración. Después se dirigieron al *photocall*, donde se tomaron varias fotos para inmortalizar el momento.

La tarde dio paso a la noche y los tres se dirigieron a celebrar la victoria de Hailey en un conocido restaurante de la ciudad. Hailey, con su trofeo en mano y la satisfacción de la victoria palpable en su rostro, se sentía radiante. La cena transcurrió entre risas, brindis y exquisitos platos. Brianna, Jared y Hailey disfrutaron de momentos agradables, pero la niña no pudo evitar notar las miradas cómplices entre Brianna y Jared. A pesar de sus intentos por disimularlo, cada gesto especial, cada sonrisa compartida, no escapaba a la atención de Hailey, quien los observaba con una sonrisa cómplice.

Cuando llegaron al hotel, Hailey estaba agotada. Brianna la ayudó a ponerse el camisón y se acostó con ella en la cama, pero cuando Hailey se durmió, no dudó en salir al amplio corredor abierto que daba al jardín interior del hotel. Estaba demasiado revolucionada para dormir, y pensó que tomar el aire la ayudaría.

—¿Tú tampoco podías dormir? —la sobresaltó la voz de Jared, y al girarse se encontró con una sonrisa amable en sus labios.

Estaba más guapo que nunca, con aquella camisa de blanco impoluto, su pelo oscuro revuelto sobre su cabeza y sus expresivos ojos verdes iluminados por una luz especial que hizo que un estremecimiento recorriera su cuerpo.

—No, no podía —admitió Brianna con una suave risa nerviosa—. Pensé que un poco de aire fresco me vendría bien.

—Es curioso, yo pensé lo mismo —confesó Jared.

Un silencio cómodo se instaló entre ellos mientras contemplaban juntos el sereno paisaje del jardín interior del hotel. La noche era templada, y la luna iluminaba la oscuridad de la noche. Brianna agradeció el momento de paz que disfrutaban después de las emociones del día.

Finalmente, Jared rompió el silencio, con un tono suave pero decidido.

—Brianna, hay algo que he querido decirte desde hace mucho tiempo, algo que no puedo seguir ocultando más —declaró Jared con seriedad, su voz resonando en la quietud de la noche.

Brianna giró su rostro hacia él, encontrando su mirada intensa y sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho.

—¿De qué se trata? —preguntó con una mezcla de anticipación y nerviosismo, sintiendo la tensión en el aire entre ellos.

—Brianna, desde el momento en que probé tus labios por primera vez, supe que eras especial para mí. Aunque en ese entonces no lo comprendía del todo, creo que he sentido algo especial por ti durante años, y ahora sé que ese sentimiento se ha convertido en amor. Te amo, más de lo que puedo expresar con palabras —confesó Jared con sinceridad, con su voz llena de emoción.

El corazón de Brianna dio un vuelco ante las sinceras palabras de Jared, y en ese instante, toda su incertidumbre y temor se desvanecieron. Una sonrisa radiante se extendió por su rostro mientras las lágrimas de felicidad brillaban en sus ojos.

—Jared, no sé cómo ha sucedido, pero yo también te amo a pesar de que he intentado resistirme a esto con todas mis fuerzas —confesó Brianna con voz emocionada, dejando salir la verdad que había guardado en lo más profundo de su corazón.

Con un brillo de felicidad en los ojos, Jared tomó las manos de Brianna entre las suyas y la atrajo hacia él en un cálido abrazo. Bajo el manto estrellado del jardín del hotel, sellaron su amor con un beso tierno pero apasionado. En ese momento, todo parecía caer en su lugar, aunque sabían que había cuestiones que aún enturbiaban su amor y que tendrían que enfrentar juntos.

CAPÍTULO 29

Criadero de caballos Chapman

La vuelta a la rutina no estaba siendo fácil para Hailey después de la agitación de ganar en el rodeo de Bandera. Sus compañeros de clase estaban emocionados, y le costaba un mundo concentrarse en los exámenes finales. Se sintió agradecida cuando en una ocasión, al salir de clase, el padre de una amiga se ofreció a llevarla a casa, y Hailey aceptó, deseando llegar antes de su hora habitual.

Mientras cruzaba el pasillo hacia su dormitorio, escuchó la voz de Jared, lo cual la sorprendió. Movida por la curiosidad, no dudó en acercarse hasta el despacho de su hermana, agradeciendo que la puerta estuviera entornada. Sin ningún reparo, se asomó y descubrió a Jared besando apasionadamente a Brianna, quien estaba recostada contra su escritorio, con papeles a punto de caer al suelo.

En ese momento, Brianna colocó sus manos sobre el amplio pecho masculino, y apartó a Jared con esfuerzo.

—Jared, para, tenemos que hablar —dijo Brianna con la respiración entrecortada y las mejillas sonrojadas.

—¿Justo ahora? —preguntó Jared dudoso, enlazando su estrecha cintura con sus manos y la acercaba nuevamente hacia él.

—Sí, ahora —respondió Brianna con resolución—. Y si no te detienes, no puedo pensar —añadió, apartándose unos pasos de él desconfiadamente, segura de que Jared no sería capaz de mantener sus manos alejadas de su cuerpo.

—Está bien, ¿de qué se trata? —preguntó Jared frustrado, mientras luchaba por controlar la excitación de su cuerpo.

—Creo que ha llegado el momento de contarle la verdad a Hailey —dijo Brianna con expectación—. ¿Qué opinas?

—Bien —respondió Jared, sorprendido por las palabras de Brianna.

—Pensé que estarías más emocionado —confesó Brianna—. Llevas meses insistiendo en que Hailey merece saber que sois hermanos...

Antes de que Jared pudiera responder, la puerta se abrió con un golpe repentino y Hailey entró en la habitación. Su semblante estaba enrojecido por la furia contenida, y sus ojos destellaban con un fuego abrasador mientras observaba a Jared y Brianna.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Hailey con voz tensa, apenas logrando contener su ira.

Brianna sintió un sudor frío recorriendo su cuerpo al encontrarse con el rostro desencajado de su hermana. Giró ligeramente su rostro y se encontró con los ojos de Jared, quien parecía tan desconcertado como ella, antes de volver su atención a la joven.

—Brianna, responde. ¿Es verdad que Jared, Colt y Harper son mis hermanos? —preguntó Hailey, con la imperiosa necesidad de confirmar que era mentira, que simplemente había escuchado mal.

Brianna dudó durante interminables segundos, pero finalmente se armó de valor y decidió

que había llegado el momento de la verdad.

—Sí, es cierto. Ellos son tus hermanos. Mamá tuvo... una aventura con Conrad Duncan —confesó directamente, reconociendo que no había manera de suavizar la realidad, por muy dolorosa que fuera.

—¿Y desde cuándo lo sabes? —preguntó Hailey furibunda.

—Desde hace unos meses —confesó Brianna.

Hailey sintió como si el suelo se desvaneciera bajo sus pies. Sus manos temblaban y el aire le faltaba en los pulmones. Miró alternativamente a su hermana y a Jared, tratando de procesar la verdad abrumadora que acababa de descubrir. Una mezcla de incredulidad, ira y dolor la invadía.

—¿Y por qué no me lo dijisteis antes? ¡Tenía derecho a saberlo! —exclamó Hailey, con la voz cargada de emoción y resentimiento.

Brianna y Jared intercambiaron una mirada cargada de complicidad y temor.

—Hailey, lo siento mucho —se excusó Brianna—. No queríamos herirte ni causarte más dolor del que ya habías experimentado tras la muerte de papá. Pero ahora que lo sabes, podemos hablarlo y enfrentarlo juntos como familia —explicó Brianna, con la esperanza de calmar la tormenta emocional que estaba desatándose dentro de su hermana.

Hailey se sintió abrumada por una oleada de emociones encontradas. La revelación resonaba en su cabeza, como una tormenta que amenazaba con destruir su mundo. Se sentía impactada, enfadada y furiosa al descubrir el secreto que todos le habían ocultado. La idea de que su madre hubiera tenido un amorío con el padre de Harper, Colt y Jared la dejó atónita y con un nudo de emociones en el pecho que apenas la dejaba respirar.

Impulsada por la ira, Hailey se dio la vuelta con virulencia y salió corriendo del despacho a toda velocidad.

—¡Hailey, espera, escúchame! —gritó Brianna sorprendida y desconcertada mientras la seguía.

Pero Hailey no detuvo su paso. La furia la impulsaba, y las lágrimas le caían como un torrente incontrolable por las mejillas. Corrió hacia el establo, donde no dudó en montarse al primer caballo que vio con la silla puesta sobre su lomo. Sin perder tiempo, salió a toda velocidad del criadero.

Brianna, llegó justo a tiempo de ver cómo se alejaba en una carrera endemoniada a ningún lugar.

—¡Hailey, por favor, vuelve! —gritó fuera de sí.

El grito desesperado de Brianna resonó en el aire, pero Hailey no se detuvo. Sus pasos eran rápidos y decididos, el eco de la conversación prohibida retumbaba en su mente como un martillo implacable. La confusión y la rabia la consumían, pero por encima de todo, sentía una profunda sensación de traición que la impulsaba a alejarse sin rumbo fijo.

A medida que avanzaba a toda velocidad, la vasta llanura se extendía ante ella, recordándole la fragilidad de su propia existencia. Su vida, una vez llena de certezas, ahora se desmoronaba como un castillo de naipes. Con el viento rugiendo en sus oídos, Hailey se preguntaba cómo podría enfrentar a su familia después de descubrir la cruda realidad de sus orígenes.

La desesperación se reflejaba en los ojos de Brianna mientras Hailey se alejaba cada vez más. Jared, sintiendo la angustia de su compañera, la rodeó con brazos protectores en un gesto de consuelo, intentando transmitirle calma.

—Brianna, necesitamos mantener la calma. Hailey está enfadada y confundida, pero la encontraremos —dijo Jared con voz firme, aunque su preocupación era palpable.

Brianna asintió, sus propios temores reflejados en su semblante preocupado.

—Tienes razón, pero no puedo dejar de pensar en lo vulnerable que está. ¿Y si comete alguna locura? —cuestionó, su voz entrecortada por la ansiedad y la incertidumbre.

Jared apretó con más fuerza el abrazo alrededor del cuerpo de Brianna, tratando de transmitirle seguridad.

—Vamos a encontrarla, Bree, te lo prometo —afirmó Jared con determinación.

Brianna asintió, agradecida por el apoyo de Jared en ese momento de angustia.

Mientras tanto, Hailey continuaba corriendo, con la mente aturdida por emociones encontradas y preguntas sin respuesta. Finalmente, exhausta y desorientada, Hailey se detuvo y se dejó caer, y sintió un ligero dolor en su tobillo, pero no le dio la mayor importancia. Sus lágrimas se mezclaron con la tierra bajo su cuerpo. Sentía la pérdida y la vulnerabilidad adheridas a su piel, y las fuerzas parecían haber abandonado su cuerpo.

Serene Falls

Mackenzie caminaba por la calle principal en dirección al Whispering Oaks Café, con el corazón latiendo con fuerza contra su pecho. Había rehecho mentalmente su discurso varias veces en el camino, pero, aun así, sentía un nudo en la garganta al acercarse al lugar donde esperaba encontrar una oportunidad para cambiar su vida.

Al entrar al acogedor local, tan vívido en sus recuerdos, el aroma a café y pasteles recién horneados llenó sus sentidos, reconfortándola y dándole valor. Louise estaba detrás del mostrador, ocupada atendiendo a los clientes.

Mackenzie se acercó con determinación, sintiendo la mirada curiosa de Louise sobre ella. Con un suspiro, decidió lanzarse antes de perder el valor que tanto le había costado recabar.

—Louise, ¿podemos hablar un momento? —preguntó, tratando de mantener la calma a pesar de los nervios que la invadían.

Louise sonrió con amabilidad y asintió, apartando por un momento sus quehaceres para atender a Mackenzie.

—¡Claro, cariño! Para ti siempre tengo tiempo. ¿Qué necesitas? —preguntó Louise con su voz cálida y acogedora mientras la guiaba a la parte trasera del local, a la zona privada, para tener mayor intimidad.

Mackenzie respiró profundamente antes de continuar, sabiendo que había llegado el momento de la verdad.

—Louise, necesito un trabajo. No puedo seguir dependiendo económicamente de Leonard, y estoy decidida a tomar las riendas de mi vida. Si pudieras darme una oportunidad aquí en el café, estaría eternamente agradecida —expresó Mackenzie con sinceridad, esperando que su súplica no sonara demasiado desesperada.

Louise escuchó atentamente, con una expresión comprensiva en su rostro. Mackenzie nunca le había contado nada sobre los problemas en su matrimonio, aunque había escuchado los rumores que pululaban por Serene Falls. Sabía de la difícil situación de la mujer, y no pudo evitar sentirse aliviada al ver el interés de Mackenzie por cambiar su vida, sobre todo por el bien

de aquellos pobres niños.

—Mackenzie, eres más que bienvenida aquí. Siempre hay trabajo que hacer en el café, y estaré encantada de tenerte en el equipo. Además, sé que tu madre estaría orgullosa de verte luchando por tu independencia —respondió Louise con una sonrisa alentadora.

Un torrente de alivio inundó a Mackenzie al escuchar esas palabras. Por fin, sentía que estaba dando un paso en la dirección correcta hacia una vida más libre y autónoma.

—¡Gracias, Louise! No sabes lo mucho que esto significa para mí —expresó Mackenzie, con los ojos brillantes de gratitud.

Con un abrazo reconfortante, Louise dio la bienvenida a Mackenzie al equipo del Whispering Oaks Café, marcando el comienzo de una nueva etapa en la vida de Mackenzie, llena de esperanza y posibilidades.

Liam se hallaba inmerso en la monotonía de la comisaría, revisando informes y ajustando los horarios de patrullaje. Sabía que, como cada mes, algún miembro de su equipo protestaría por los turnos asignados, pero comprendía que era parte integral de su labor, por más tediosa que resultara. De repente, el sonido insistente del teléfono interrumpió sus reflexiones. Al ver el número de Brianna en la pantalla, no dudó en contestar la llamada.

—Buenos días, Bree. ¿A qué debo el honor? —respondió Liam con un toque de humor.

—Liam, ¡gracias a Dios que contestaste! Se trata de Hailey, se ha ido —anunció Brianna con angustia en su voz.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Liam, confundido por la noticia.

—Jared y yo estábamos discutiendo sobre confesarle la verdad... —Brianna no necesitó especificar más, sabía que Liam estaba al tanto de toda la historia—. Cuando ella entró y se puso furiosa. Al parecer, nos escuchó. Luego salió corriendo y se montó un caballo. Desde entonces, no sabemos nada de ella.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde entonces? —preguntó Liam mientras cogía su arma del cajón y se la colocaba en el cinturón, antes de ajustarse el sombrero sobre la cabeza.

—Un par de horas. Decidimos esperar un poco antes de llamarte, por si acaso regresaba —confesó Brianna, con evidente preocupación en su tono.

—Tranquila, estoy en camino. Dame todos los detalles que tengas, y comenzaremos la búsqueda de inmediato.

Cuando Liam llegó al criadero, Jared y Brianna le proporcionaron toda la información posible sobre Hailey, su caballo y la dirección en la que se había alejado. Poco después, Liam organizó a sus hombres y dio inicio a la búsqueda.

—Vamos a encontrarla, Bree. Liam nos ayudará a traerla de vuelta sana y salva —susurró Jared al oído de Brianna, al tiempo que observaban el despliegue organizado en el criadero para la búsqueda de Hailey.

CAPÍTULO 30

Criadero de caballos Chapman

Con una mirada decidida, Liam lideraba la búsqueda de Hailey con determinación. Convocó a sus hombres y a los voluntarios que se habían presentado en el criadero Chapman, trazando un plan meticuloso para abarcar el área donde se sospechaba que Hailey podría haberse adentrado.

El sol comenzaba a descender en el horizonte cuando el grupo de búsqueda se dispersó por el campo, cada uno alerta ante cualquier indicio que pudiera revelar el paradero de Hailey. El aire estaba cargado de tensión y preocupación mientras avanzaban entre árboles y colinas, escudriñando cada rincón en busca de señales de la joven desaparecida.

Con el pasar de las horas, la ansiedad se apoderaba de Liam. Cada momento sin noticias de Hailey aumentaba su inquietud. Sin embargo, se mantuvo firme en su determinación de encontrarla, impulsado por el deseo de reunir a la familia a la que también pertenecía.

Finalmente, cuando las últimas luces del día comenzaban a desvanecerse, uno de los miembros del grupo de búsqueda levantó la mano, atrayendo la atención de Liam. Corrió hacia él, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, temiendo lo peor.

—¡Sheriff! ¡Hemos encontrado algo! —anunció el miembro del equipo, con un tono que mezclaba alivio y urgencia.

Liam se apresuró hacia el lugar señalado, donde hallaron huellas de caballo frescas en el suelo. Siguiendo el rastro, avanzaron con renovada esperanza, rezando por encontrar a Hailey sana y salva.

A medida que se adentraban en el bosque, los latidos del corazón de Liam se intensificaban, anticipando lo que podrían encontrar al final del camino. En medio de la espesa vegetación que los rodeaba, no pudo evitar llamarla por su nombre con desesperación.

—¡Hailey! —gritó a pleno pulmón—. ¡Estamos aquí! ¡Por favor, di algo!

Pasaron unos angustiosos minutos mientras Liam rastreaba las huellas, hasta que para su alivio escuchó una voz que reconoció al instante.

—¡Liam! ¡Estoy aquí! —gritó Hailey desde la lejanía.

El alivio inundó al *sheriff*, que corría hacia el lugar de donde provenía la voz y poco después descubría a la niña sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. No había rastro de la montura.

Liam se arrodilló a su lado y la abrazó con fuerza, agradecido por haberla encontrado.

—¿Estás bien? —preguntó, ya algo más sereno, examinando el rostro de la niña.

—Sí —contestó Hailey—, pero creo que me he torcido el tobillo cuando baje del caballo —confesó.

—No te preocupes, todo saldrá bien —aseguró poniéndose en pie y tomándola en brazos para salir de la arboleda.

Liam emergió del bosque con Hailey en brazos, con su respiración agitada resonando en la tranquilidad de la noche. El destello de alivio en sus ojos se reflejaba en la luz de la luna al tiempo que sostenía a Hailey con ternura, como si fuera la posesión más preciada del mundo.

Pocos momentos después, la cargó cuidadosamente en la parte trasera de la camioneta, cubriéndola con una manta para protegerla del frescor de la noche, y emprendió el regreso al criadero. El motor rugía con fuerza en la oscuridad mientras se alejaban del bosque.

Al llegar a la casa, el grupo reunido en el salón los recibió con expresiones de preocupación y ansiedad. Los ojos de Jared reflejaban una mezcla de angustia y alivio al ver a su hermana a salvo en los brazos de Liam. Brianna se levantó de inmediato del sofá, con las manos temblorosas mientras se acercaba para abrazar a Hailey con un suspiro de alivio. Harper y Colt observaban la escena con gestos de preocupación y alivio a la vez.

—¡Hailey, cariño! ¡Estás bien! —exclamó Brianna, con lágrimas de felicidad en los ojos, acariciando el rostro de su hermana.

Hailey asintió con una sonrisa cansada, reconfortada por el afecto de su familia.

—Sí, estoy bien. Liam me encontró en el bosque, me torcí el tobillo, pero no es grave —respondió Hailey, tratando de tranquilizar a su hermana y al resto de la familia.

Jared se acercó a Liam, aún agitado.

—Liam, no sé cómo agradecerte lo suficiente que hayas encontrado a Hailey. Te debemos mucho —dijo Jared, con la voz llena de emoción.

—Fue un trabajo en equipo —respondió Liam, reconociendo la colaboración de todos en la búsqueda.

Minutos después, cuando estuvo cómodamente sentada en el sofá, disfrutando de una taza de leche caliente, Hailey fue consciente de la gente allí reunida y supo que era afortunada por tener a tanta gente que se preocupaba por ella, que la quería. Había tenido mucho tiempo para reflexionar y ahora sabía que ya no importaba si le habían ocultado la verdad, o si su madre se había enamorado de otro hombre. Lo importante era que Morgan Chapman, su padre, siempre la había amado y cuidado, al igual que su hermana. Y que Jared, Colt y Harper, que ahora eran sus hermanos, eran personas a las que ya quería desde hacía mucho tiempo. Hailey se sentía reconfortada por la calidez del hogar y la presencia de su familia, y decidió compartir sus reflexiones con ellos.

—Perdón, ¿puedo decir unas palabras? —comenzó Hailey, atrayendo la atención de todos los presentes en el salón—. Quería decirles que durante las horas que pasé perdida en el bosque, tuve mucho tiempo para pensar. Es cierto que me sentí engañada y herida cuando descubrí la verdad, pero me he dado cuenta de que no tiene importancia porque Harper, Colt, Jared... siempre han formado parte de mi vida, parte de mi familia y me han acompañado en los momentos más duros, ofreciéndome su apoyo, consuelo y amor incluso sin saber que nos unía la sangre.

Las miradas de sus hermanos se suavizaron al escucharla. Hubo un momento de silencio mientras sus palabras se asentaban en el aire, luego Harper se levantó y se acercó a Hailey, envolviéndola en un abrazo cálido.

—Tienes toda la razón, Hailey, siempre has sido la niña de nuestros ojos —dijo con voz suave y emocionada.

Colt y Jared se unieron al abrazo, y en ese momento, Hailey sintió una oleada de amor y gratitud hacia su familia que llenaba su corazón de alegría. Sabía que, independientemente de lo que el futuro les deparara, siempre se tendrían los unos a los otros para apoyarse.

Liam y Brianna observaban la escena con una mezcla de emoción y gratitud. Sin decir una palabra, se abrazaron entre sí, compartiendo un momento de conexión y complicidad al tiempo que observaban la tierna escena de los hermanos que se acababan de reencontrar.

Al día siguiente

Al despuntar el alba, Hailey se despertó con una sensación de energía renovada. Con un movimiento ágil, apartó las suaves sábanas y se puso en pie. Descendió las escaleras con paso ligero, acompañada por el suave crujir de la madera que resonaba en la tranquila casa. Al llegar a la cocina, se encontró con Brianna preparando el desayuno.

—¡Hailey, cariño! ¿Qué haces despierta a esta hora? —preguntó Brianna con sorpresa, notando que su hermana se había levantado más temprano de lo habitual después de los acontecimientos del día anterior—. ¿Y tu tobillo? —inquirió al ver que Hailey caminaba con normalidad.

Hailey respondió con una sonrisa y se acercó a Brianna para abrazarla.

—Está bien, solo me molesta un poco, pero puedo andar —confesó Hailey, tratando de tranquilizar a su hermana.

—Bueno, entonces, ¡vamos a desayunar! —exclamó Brianna, invitando a Hailey a sentarse a la mesa.

El aroma reconfortante del café recién hecho llenaba la cocina, mezclándose con el olor tentador de tortillas de maíz recién hechas. Sobre la mesa, una colorida selección de frutas, como jugosas naranjas, plátanos y melón, esperaban ser devoradas. Hailey observó con anticipación el festín matutino, y su estómago gruñó sonoramente.

Mientras disfrutaban del desayuno, Hailey no pudo evitar mostrar su lado pícaro en la conversación.

—Bree, ¿y cómo van las cosas entre tú y Jared? —preguntó curiosa.

Brianna giró su rostro y clavó su mirada sorprendida en su hermana. No recordaba haberle contado a Hailey que había comenzado una relación con Jared, pero parecía que su hermana se había dado cuenta. El rubor en sus mejillas se intensificó, pero finalmente, con una sonrisa tímida, contestó a su pregunta.

—Bueno, Hailey, creo que estoy completamente enamorada de él.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Hailey, con una chispa traviesa en la mirada, poniéndose en pie para abrazar a su hermana—. Me alegro mucho por vosotros, aunque tengo que reconocer que Jt también me gustaba para ti.

—¿Pero qué dices? —exclamó Brianna sin poder contenerse.

—¡¿Qué?! Es guapo —replicó Hailey volviendo a su asiento—. Quizás más que Jared, pero bueno, algo habrás visto en el ogro para quedarte con él.

Brianna se quedó atónita por un momento ante la respuesta inesperada de Hailey, pero luego estalló en carcajadas, incapaz de contenerse.

—¡Oh, Hailey! ¡Eres increíble! —exclamó entre risas, mientras se secaba las lágrimas que humedecían sus ojos, pero esta vez no eran fruto del dolor o el miedo, sino del ingenioso humor de la chica.

Hailey se unió a la risa contagiosa de su hermana, sintiéndose aliviada por haber aligerado el ambiente con su comentario juguetón.

—Bueno, todos podemos tener nuestros propios gustos, ¿no crees? —replicó Hailey con rotundidad.

—Por supuesto —aceptó Brianna.

Entre risas y confidencias, las dos hermanas compartieron desayuno y afecto. Hailey se sintió agradecida por tener a Brianna a su lado, compartiendo no solo los momentos difíciles, sino también los felices y las alegrías de la vida.

FIN

EPÍLOGO

Unas semanas después, en una soleada tarde de verano, Brianna y Hailey llegaron al rancho de los Duncan, donde se celebraba la primera barbacoa familiar. El aire estaba impregnado con el tentador aroma de la comida a la parrilla, mientras las risas y las conversaciones animadas llenaban el ambiente, creando una atmósfera de alegría palpable.

Las dos hermanas se dirigieron hacia la parte trasera de la casa. Allí, en el porche, se desplegaba una gran mesa adornada con manteles a cuadros azules y blancos. El sol brillaba radiante en el cielo azul, otorgando al evento un escenario idílico para la reunión familiar.

A medida que se acercaban, fueron recibidas con cálidos abrazos y sonrisas afectuosas. Hailey se sintió abrumada por el amor y la calidez que emanaban de cada uno de ellos, reconociendo en ese instante el valor de tener una familia.

El ambiente rebosaba de alegría y camaradería, con la conversación fluyendo naturalmente entre risas y el delicioso aroma de la comida que se cocinaba en la parrilla. En ese preciso momento, Harper y Liam hicieron su entrada, algo retrasados.

—¡Buenos días, familia! —exclamó Harper con entusiasmo, seguido de cerca por Liam, quien llevaba una bandeja cubierta con un paño de cocina.

—Llegáis tarde —le reprochó Jared desde su posición junto a la barbacoa.

—Pero traemos el postre —respondió Harper en tono defensivo, aunque una sonrisa se perfilaba en sus labios.

—Bueno, si es tarta de manzana, consideraré compartir las costillas con vosotros —replicó Jared en tono de broma—. Y ahora, ¿listos para disfrutar de la mejor barbacoa del año? —exclamó, extendiendo los brazos en un gesto teatral.

—¡Definitivamente! —replicó Harper mientras se acercaba a su hermano, que colocaba la carne sobre una bandeja—. ¡Aunque espero que Colt no se haya acercado a la parrilla! La última vez comimos carne churrascada.

—¡Hey, soy un experto en asados! —protestó Colt con fingido resentimiento, mientras se unía a sus hermanos junto a la barbacoa—. Ese día quemé la carne por tu culpa, que te empeñaste en hacer no sé cuántas fotos familiares —le recordó.

—Claro, claro. Y yo soy la reina de Inglaterra —bromeó Harper, haciendo una mueca divertida.

Las risas llenaron el aire mientras todos se acomodaban alrededor de la mesa, compartiendo anécdotas y recordando momentos pasados. Incluso Jared, ocupado con la parrilla, no pudo evitar unirse a la conversación de vez en cuando, lanzando comentarios ingeniosos entre las volutas de humo.

El ambiente era cálido y acogedor, impregnado del amor y la complicidad que solo una familia unida puede compartir. Hailey se sentía profundamente agradecida por tener la suerte de ser parte de aquello, y sabía que recordaría ese día como el comienzo de una nueva y hermosa etapa en la vida de todos.

Después de un rato, Jared y Brianna se alejaron del grupo, caminando juntos hacia un rincón más tranquilo del rancho. La calidez del sol de verano envolvía sus cuerpos mientras caminaban agarrados de la mano. Finalmente, se detuvieron junto a uno de los cercados, donde

descansaban una vaca y su cría.

—¿Estás disfrutando del día? —preguntó Jared, mirando a Brianna con ternura.

Ella asintió, sonriendo con dulzura.

—Sí, mucho. Pero lo que más disfruto es estar aquí contigo, Jared. Este lugar, esta familia... todo se vuelve especial cuando estás a mi lado.

Jared le dio un beso suave en la frente, sintiendo el latido acelerado de su corazón.

—Eres mi mundo, Bree. No hay nada que desee más que compartir estos momentos contigo, aquí, ahora y siempre. Mi corazón susurraba tu nombre, pero no quise hacerle caso antes —dijo recordando los meses anteriores.

Brianna apoyó la cabeza en el hombro de Jared, sintiendo una oleada de amor y gratitud inundar su ser.

—Te amo, Jared, aunque yo también me negaba a escuchar lo que mi corazón proclamaba a gritos.

Con un suspiro de felicidad, se fundieron en un abrazo, dejando que el amor que sentían el uno por el otro los envolviera. En ese momento, no había nada más en el mundo que su amor y la promesa de un futuro juntos, lleno de instantes como ese.

PRÓXIMA PUBLICACIÓN: JULIO 2024

UN REFUGIO EN MOONLIGHT

(La historia de Mackenzie y Colt)

MAR FERNÁNDEZ

UN REFUGIO EN MOONLIGHT



MAR FERNÁNDEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

“Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor

y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.”

Mimi Romanz

Puedes encontrarme en:

Twitter, Facebook, Instagram...

<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Nunca te olvidé.
Atardecer contigo.
Viaje a los sentimientos.
Construyendo un amor.
Atrapado en tu recuerdo (Esencia Irlandesa).

Bilogía “Los chicos Bradford”

Atrapado en tu recuerdo.
Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”

Besos con sabor a lluvia.
Besos con sabor a esperanza.

Serie “Fast River”

La debilidad de Graig.
Un giro inesperado del destino.
La frontera del corazón.
Corazones esquivos.

Serie “White Valley”

Huyendo de mi destino.
Oscuros secretos en White Valley.
White Valley, un lugar para soñar.
Señor Rodeo.

Serie “Hidden Valley”

Latidos cautivos.
Honor de Conway.
Un abismo entre tú y yo.

Serie “Serene Falls”

Los silencios perdidos.
Mi corazón susurra tu nombre.
Un refugio en Moonlight.
Enredado en tu piel.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a lavanda.

*El corazón de Fiona.
Abrazando la tormenta.
Reflejos del pasado.
Una boda y cinco estados para enamorarme.*

Histórica:

(Saga Despertar)

*Despertar con tu amor.
Perdida en tus brazos.
El Halcón del Támesis.*

Victoriana:

(Serie Libertinos)

*Una apuesta desafortunada.
Conquistando a lady Helena.*

Trilogía “Destino”

(Género western)

*Dos hombres y un solo corazón.
La ingobernable señorita Peterson.
La impostora y el marqués.*

Colección tierras lejanas:

*Cruce de caminos.
El viaje de su vida.
Forajida.
La decisión de Elaine.
Amor rebelde.*

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.